



Mario Halley Mora

Ocho mujeres y los demás

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mario Halley Mora

Ocho mujeres y los demás

Prólogo

Mi intención no ha sido de ninguna manera escribir una novela feminista, sino apenas una novela con protagonistas femeninos, sin muchas cargas dramáticas, y acaso con la simpleza con que transcurre la vida misma, en la óptica de los personajes femeninos de diversa extracción, involucradas hoy en el acelerado cambio de nuestra Sociedad. Un distinguido amigo, ilustre crítico, me ha reprochado «haber abandonado el gran teatro por la pequeña novela». No creo haber abandonado el teatro, grande o pequeño, sino, con la justificación de un grande como José Luis Appleyard, incorporar los trazos de algún oficio teatral a la novela, ya que son, al fin de cuentas, géneros que se desenvuelven en el marco de la narrativa. En cuanto al tamaño del libro, que no es el tamaño que pueda alcanzar la novela, es el condicionamiento económico que asfixia todo intento de explayarse a lo largo de muchas páginas, y obliga a la economía del papel y del estilo al mismo tiempo. En todo caso, esos condicionamientos obligan al escritor paraguayo a hacer de cada trabajo de narrativa, un ejercicio de síntesis permanente, en el que quizás se pierda alguna substancia mensurable de méritos literarios. De todas maneras, en esta novela vuelvo con todo gusto a los temas recurrentes que son ya muy notorios en mi modesta producción: mi ciudad de Asunción, y la mujer.

Cumplo en aclarar que todos los personajes son ficticios, los nombres y apellidos y linajes familiares también son imaginarios, aunque enmarcadas dentro de la peculiar composición de la Sociedad paraguaya, de modo que todo parecido de aquellos con personas reales, vivas o muertas, es pura casualidad.

Finalmente, con el permiso del lector, dedico esta novela a Zunilda, mi esposa, cuya infinita paciencia y comprensión me han acompañado y alentado siempre, a mi hija Charito, y a mis nietas, Elisa, Jazmín, Pacita, Zulma, Luján, Michele, María Sol y Lucía.

Mayo de 1994

Mario Halley Mora

Uno

Celia

Mejor cierro las ventanas y aseguro las puertas -se dijo Celia- y miró afuera, al oscuro jardín como arrebuñado con el frío de agosto, lloviznoso y desagradable. Papá estará de parranda, como siempre y apuesto a que nuevamente olvidó la llave o se le cayó al quitarse o ponerse los pantalones quién sabe donde y con quién. Pues que toque el timbre, o según el grado etílico que trae, trate de abrir la puerta a puntapiés.

Para empeorar las cosas no se había llevado el auto, o para mejorarlas -se dijo- porque esta vez no estarían rezando con sus hermanas para que papá no maneje borracho, y de noche. Desde el día anterior el coche se estaba negando a arrancar, y el furioso papá andaba preguntando cómo se dice «hijo de puta» en japonés para escribirle al fabricante del auto.

Aseguró las cuatro ventanas que daban al jardín, y la puerta frontal, además de la que llevaba al garaje y la que daba acceso de la cocina al patio. Murmuró su queja de siempre, que todo el vecindario ya había puesto rejas de hierro por todo sitio previsible donde se colaran ladrones, pero papá lo dejaba pasar, indiferente a que en sus ausencias, bastante repetidas, quedaban en casa cuatro mujeres, algo no muy tranquilizante, si se tiene en cuenta que ahora los ladrones no solamente roban, sino también violan.

-Y aquí hay cuatro posible vírgenes jóvenes y apetitosas -se dijo- toda una tentación para los adictos a las películas del cine Victoria y a las revistas pornográficas.

Sus hermanas, Dina y Elida, ya estarían dormidas en su habitación, y María estaría leyendo en la que compartía con ella. Había conseguido la última novela de Isabel Allende. Fanática lectora, tendría la luz encendida hasta la madrugada, porque era de las que leen un libro de un tirón. Por eso ella había quedado abajo, en la sala, mirando en la televisión por cable un programa mejicano bastante idiota, con el premio de un auto cero kilómetro para el concursante menos torpe. Tenía sueño, pero la perspectiva de tratar de dormir con el poderoso velador de María inundando de luz toda la habitación no le pareció muy agradable, de modo que tuvo la tentación de quedarse a dormir en el diván, pero tuvo miedo. Los benditos ladrones nos están cambiando las costumbres -pensó- ahora las rejas ya no adornan, sino hacen fortaleza de las casas. Hay que poner rejas, papá. Además, ella, Celia, la hija menor y la preferida de papá por lo menos en la niñez, sentía el imperio de una soterrada responsabilidad, y solía esperarlo despierta.

Pensó que bien podía aprovechar el desvelo lector de María leyendo a su vez, el texto de Criminalística que era su obligación más inmediata en la Facultad, pero había descubierto que «lo que leo de noche no aprendo» y nunca se entregaba a lecturas nocturnas.

Con un suspiro decidió subir cuando le llamó la atención un ruido metálico en la puerta. Papá tratando de introducir la llave en la cerradura, en la obscuridad y con el pulso posiblemente temblón por el alcohol. Decidió ayudarlo abriendo la puerta accionando la cerradura interior, y allí estaba papá con esa nariz que se volvía cada vez más atomatada y surcada de venitas azules con los años y con los tragos, apuntando el vacío con una llave y sin tener mucho conciencia de que la puerta ya estaba abierta. El traje arrugado, la camisa

manchada. La bufanda de lana que se puso esa tarde para proteger su garganta del frío, había desaparecido.

-Entra, papá.

-¿Por qué diablos no hay luz en el porche? -Su voz era pastosa y la lengua parecía de gelatina.

-Hay una luz en el porche, papá.

-Deberían tenerla encendida, desconsideradas.

-Está encendida, papá.

El hombre se volvió y enfocó la mirada a la luz, como para convencerse de que estaba encendida.

-Creo que debo ir al oculista -murmuró su padre y entró.

Celia aseguró la puerta y se apresuró a tomar del brazo a su padre, para repetir la escena de siempre. Ella tratando de ayudarlo a subir la escalera, él rechazando indignado semejante ayuda ultrajante, murmurando cosas como «tu papá no es un inválido» o «¿crees que estoy borracho, por Dios?» y sólo aceptarla después del tropezón en el primer escalón.

Llevó a su padre hasta la habitación, que antes fuera de matrimonio y ahora era la melancólica estancia de un viudo. Pero nada había cambiado desde el fallecimiento de mamá. La gran cama, el tocador de ella con toda la parafernalia de frascos, polvos, cepillitos y afeites. Papá no había permitido que se tocara nada, ni siquiera el peine, que acaso tuviera aun algunos de los cabellos rubios ceniza de mamá. Una vez ella había arreglado la cama, llevando la almohada de él al centro, y se asombró de la furiosa reacción de su padre y de la energía con que volvió a poner su almohada a la derecha, en perfecta línea con la de la ausente, a la izquierda, como si esperara que ella regresara a ocupar su sitio.

-¡No vuelvas a hacerlo! -Había rugido.

-Es insano, papá.

-Sencillamente, no vuelvas a hacerlo. ¿Entendido?

-Sí, papá.

Ayudó a su padre, que soñoliento y con el estupor del beodo había claudicado de todas sus rebeldías dejaba hacer, a desvestirse. El saco húmedo por la llovizna, los pantalones que ya traían corrido el cierre de la bragueta, la camisa arrugada como una vieja bandera sin gloria, y la ropa interior que despedía olores cuya procedencia decidió no preguntarse. Le quitó los zapatos y las medias, pensó llevarlo a la ducha, pero papá ya se estaba durmiendo,

lo acostó y lo arropó. Empezó a roncar y a lanzar un acre vaho alcohólico, pero aún en la inconsciencia se movió bajos las frazadas, acomodándose a la derecha, en el lugar que le correspondía. Contempló a su padre con una mezcla de compasión y vergüenza. «Empezó a beber desde que mamá murió de aquella estúpida manera» se dijo, y apagó la luz.

Dos

María

Cuando entró Celia a la habitación, María leía a Isabel Allende, pero no lograba concentrarse en la lectura. Inconscientemente estaba con el oído atento a los ruidos de abajo, a los conocidos ruidos que hacía papá al regresar de sus francachelas cada vez más frecuentes. Además, debería estar practicando en la procesadora de palabras, porque el Director del diario le había dicho que la llamaría, porque quería cambiar a la redactora de Sociales, que al parecer había montado su propio negocio con las fotografías en colores de los baby-shower, los casamientos linajudos y los veraneantes de San Bernardino. Sociales, no era precisamente lo que soñaba en la Facultad de periodismo. Quería mucho más, un uniforme de combate y un casco, por ejemplo, y ser enviada en la línea de batalla. O cubrir un escándalo entre un General y una modelo, algo que conmoviera, que sacudiera. Y que le llenara de experiencias y apuntes para su gran novela, que se sentía capaz de escribirla, y leía a Isabel Allende, que de columnista pasó a una fama fulgurante de escritora. Isabel Allende, su ídolo. Lástima que su nombre, María Ibáñez, no traía evocaciones heroicas como el apellido de Isabel. Se preguntaba si no podía adaptar como escritora otro apellido, sonoro, relacionado con el martirio por la democracia aquí en el país, y desolada no encontró ninguno con la resonancia heroica de «Allende».

-¿Cómo llegó papá? -Preguntó.

-Como siempre -dijo Celia.

-Si quieres, apago la luz.

-Muy gentil de tu parte.

-¿Percibo una ironía?

-Perdón, María. Lo de papá me apena y enoja.

-¿Quieres hablarlo?

-Prefiero dormir.

Esperó que su hermana se desnudara y se acostara, y apagó el velador. Pero no tenía sueño. Al apagarse la luz se hizo visible a través de los cristales de la ventana el gran jardín

de la casa, aterido de frío y goteando llovizna. El gran jardín de la gran casa de la gran familia Ibáñez. La gran familia de Jaime Ibáñez, ahora compuesta por papá y las cuatro hermanas, porque mamá se había ido y el único hermano varón se mató (¿hace cuatro años ya?) en aquella monstruosa moto japonesa. Suerte, es un decir, que desde poco antes mamá estaba sumida ya en el no-mundo del coma, en el Sanatorio Panamericano, y no llegó a enterarse de la muerte de su querido Raúl.

-Es curioso -pensó María con los ojos abiertos en la obscuridad- que papá nunca mencionara que con la muerte de Raúl, se extinguía su largo linaje. Muy delicado de tu parte, gracias, papá. Aunque nosotras presentimos que vives con ese dolor de macho, pero no lo sacas afuera ni cuando el alcohol te suelta la lengua.

El apellido Ibáñez venía de muy hondo. Toda una novela en sí mismo, se dijo recordando sus apuntes destinados a escribir la historia de la familia. La bisabuela, Jacinta Velasco, había sobrevivido al exterminio de la Triple Alianza. Casi niña y huérfana, porque su padre había muerto en la masacre de las minas de hierro de Ybycuí y su madre, dicen, acompañó a Madama Lynch hasta el mismo Cerro Corá, pero allí se perdió todo rastro de ella. Jacinta quedó en Asunción, bajo la protección de su madrina, doña Iluminada Otazú de Peruzzi, que gozaba de inmunidad ante los dos bandos porque su marido, Giorgio Peruzzi, era suizo-italiano, comerciante y astuto, que primero abastecía a las tropas de López y después a las fuerzas de ocupación de la Alianza, sin olvidarse jamás de tener izada la bandera suiza en la azotea de su casa, en un asta suficientemente alta como obligar a los artilleros a apuntar sus cañones hacia otro rumbo. De esa casa de gente bondadosa salió Jacinta para casarse a los 18 años con Juscelino Moreira, un civil jefe de Intendencia de las fuerzas imperiales de ocupación que por la naturaleza de sus funciones conoció a Giorgio, y en su casa, más tarde, a Jacinta, de cuya belleza quedó prendado.

De Juscelino Moreira tuvo dos hijos varones, Baltazar y Matías Moreira, que llegarían a ser ilustres ciudadanos, Baltazar poeta que un día se marchó a París y nunca volvió, y Matías político liberal cuya memoria es hasta hoy venerada por sus correligionarios. Jacinta envió siendo muy joven, cuando los hijos habidos con Juscelino aún no habían entrado en la adolescencia. La muerte de Juscelino es un misterio en la historia de la familia -se dijo María- porque unos la atribuyeron a la picadura de un escorpión escondido entre fardos de alfalfa, otros a un envenenamiento criminal y apuntaban a una cortesana francesa a cuya casa al parecer concurría muy frecuentemente el apasionado Juscelino, pero a tenor de una carta de la bisabuela, conservada por la familia, Jacinta atribuía la muerte de Juscelino a una «pasmadura de la sangre» y describía unos síntomas que según el Doctor Acosta, el médico de los Ibáñez a quien mostraron la carta, era ni más ni menos que tétano.

Jacinta se consoló muy pronto de su viudez, que de paso, le había dejado en holgada posición económica, al casarse con Federico Ibáñez, un hacendado correntino de los que emigraron al Paraguay por persecuciones políticas en Corrientes, y se estableció en Misiones, y con el matrimonio, de hecho se unieron dos fortunas, íntegramente dedicadas después a hacer florecer la estancia misionera. Y no solamente acreció la fortuna, sino también la familia, pues la joven viuda fue prolífica como nueva esposa, concibiendo cinco varones, Timoteo, el mayor, un militar que llegó a Coronel y contra todas las reglas de una época de violencia murió de viejo y en su cama, dejando un tendal de hijos legítimos y

naturales, subproductos de sus campañas revolucionarias, a algunos de los cuales «reconoció» y llevaron el apellido Ibáñez, pero a otros no, teniendo que conformarse con sobrellevar el apellido de sus respectivas madres. Alfonso se entregó al sacerdocio, viajó a Roma, aprendió mucha Teología y terminó como Profesor de latín y castellano en los Colegios de Asunción. Prudencio fue el tercer hijo, que se ahogó muy joven en las aguas del Tebicuary tratando de salvar un ternero llevado por la creciente. Anacleto fue el cuarto, que curiosamente aparecía poco en los papeles de la familia, pero sí en uno de los cuadernos de la bisabuela donde copiaba poesías y anotaba sus pesares y pensamientos, y se refería a Anacleto como «mi cruz» o el «castigo de mis pecados», o a veces con torrencial ternura «mi pobrecito Anacleto» de todo lo cual, María deducía que al matrimonio le había salido un hijo disminuido mental, mogólico, probablemente. Finalmente, el hijo menor, Rosendo, que fue abuelo de papá, que sólo abandonó la estancia un tiempo para estudiar tres años Teneduría de Libros en Asunción, y volvió a Misiones donde trabajó toda su vida con su padre, hasta que el buen correntino murió, y el abuelo Rosendo heredó todo, con anuencia de Alfonso, el hermano cura que no ambicionaba las materialidades de este mundo, y del hermano soldado, Timoteo, que no cambiaría por nada del mundo su austera existencia cuartelera por las comodidades de una estancia, y se conformó con una suma de dinero que le entregó el abuelo Rosendo, y que al parecer, el buen soldado usó como bálsamo de su conciencia ayudando a algunos de sus hijos naturales a montar algunas actividades comerciales de provecho, o a estudiar. Papá suele mencionar que el doctor Máximo Morínigo, el más ilustre abogado y diplomático de las primeras décadas de este siglo, fue uno de los hijos naturales de Timoteo Ibáñez.

La bisabuela Jacinta, a los ochenta años, aburrída de su dieta senil de arroz blanco y leche, un mediodía de verano pidió que le prepararan un plato de locro con «ipocué». Almorzó opíparamente, se echó a hacer la siesta y con toda seguridad, despertó en el Cielo y a la diestra del Señor.

María se enorgullecía de la precisión de sus apuntes, que se fueron volviendo más fáciles cuando los documentos fueron más recientes, como cuando el abuelo Rosendo se casó con una dama de San Ignacio, Misiones, maestra de escuela y por añadidura, reina de belleza de la ciudad, coronada en el mismísimo palacete Municipal, Angelina del Espíritu Santo Añazco, cuyos padres se enorgullecían de un grado de parentesco con el General Caballero. Y en las extrañas circunstancias de este matrimonio se dan algunos toques recogidos por el espíritu milagrero de la gente. Rosendo y Angelina tuvieron un hijo varón, bautizado Federico en memoria del abuelo correntino. Todo indicaba que Federico sería hijo único porque Angelina, que viajaba a Asunción a hacer tratamientos para la infertilidad no lograba concebir otro hijo. Sobrevino la Guerra del Chaco y Federico se presentó y fue movilizado como oficial de infantería y marchó a la contienda. Murió en la desastrosa batalla de Strongest, la única derrota paraguaya en la guerra a la edad de 20 años. Y después, de esta muerte anonadante para el matrimonio, en rigor en 1936, Angelina, a los 41 años, quedó embarazada, y nació papá. De ahí su nombre de Bienvenido.

Dina

Dina tampoco podía dormir. Escuchó con resignación la bienvenida de borracho que hacía Celia a su padre, pero entre las cuatro hermanas, ella, la segunda, era la que mejor había asimilado la situación, con cierto fatalismo. Papá sabrá lo que hace con su vida, solía decirse, pero enseguida se arrepentía de su crueldad. Debería ser compasiva como Celia o como María, o maternal como Elida, pero tenía tendencia a dejarlo correr.

Por eso, lo que le causaba insomnio era sencillamente una obscura forma de resentimiento, que se coló en su conciencia cuando estaba viendo la televisión esa noche.

-¿Por qué ella y no yo?- Se había preguntado al ver y oír pontificar con aire sabihondo a la mujerona gorda, «mestiza de sargento y de cocinera» la calificó, que acababan de nombrar para un alto cargo en el Gobierno.

-Tengo 26 años -se analizó- dicen que soy hermosa, pero quedemos en bonita. Buena figura y todos los dientes. Licenciada en sicología, Licenciada en idioma inglés en la Universidad Nacional, curso de la Secretaria perfecta en Buenos Aires. Afiliada al Partido Dios sabe que me pasé horas sobre la máquina de escribir y cenando empanadas grasientas con café negro durante la campaña electoral. Pero no me valió de nada, sigo siendo la Secretaria decorativa de un oscuro Subsecretario tan anodino que pasó desapercibido con la epidemia de cambios desde 1989, y que dejó de preocuparse de mi promoción cuando le dije no a su invitación a pasar juntos un momento agradable. Debí decirle simplemente no y no ponerme en puritana provocándole el susto de su vida al decirle que llamaría a su señora a ver si aprobaba el momento agradable. Si aquello fue acoso sexual duró poco. Lo que dura mucho es la frustración de él, que a su vez me frustra en mi trabajo a mí. Debo ser víctima de una forma retorcida de acoso sexual abortado. Consultaré con Celia, que estudia Derecho.

Sonrió y trató de dormir, pero no pudo.

-Papá tiene razón cuando nota la nerviosidad que traigo del trabajo y me dice que «hija, no necesitas trabajar» -reflexionaba- y en cierto modo tiene razón, como la tiene cuando le dice a Celia, su bebita, que no necesita estudiar, y a María, cuando se refiere a sus diplomas de la Facultad de Filosofía como un ponderable esfuerzo, pero puro tiempo perdido. Su mentalidad de ganadero bastante próspero le hace concebir el bienestar de la familia a partir de las vacas y los toros. Quería que todas sus hijas vistieran a la moda (para eso hay plata...), se fotografiaran en Punta del Este y trabajaran en obra de caridad para beneficio de los pobres, y desde luego, tuvieran su cochecito, pero sólo lo aceptaron Elida y María, esta señalando con aire de disculpa a sus hermanas que como periodista, le sería muy útil, cuando tuviera tal empleo, claro. Sólo Elida, la mayor, se salva de sus críticas. Se encarga con alegría de la cocina, de la limpieza, y se pregunta si ya no es hora de encontrar marido y tener muchos hijos, a los 28 años. Ella aceptó tener la camioneta porque la necesitaba para ir al supermercado. Y realmente sólo la usa para eso.

-Papá, tienes tres hijas ambiciosas y una conformista -dijo a la oscuridad- mérito de mamá. Vos firmabas los cheques y mamá nos llevaba a la mejor Escuela, al mejor Colegio. Ella, sin mucha educación, era fanática de la educación. Nos quejábamos, mamá, pero no cedías un palmo, dulce como un hada, férrea como un sargento, a estudiar, a ser la mejor, la abanderada de los desfiles, el primer nombre en la lista de honor. Y lo lograste con casi todas, porque la cachazuda Elida se te empacaba con la mansedumbre invencible de una mula cansada. «No es para mí, mamá» se quejaba y se iba a leer a escondidas sus libros de poemas o andaba por la casa caminando o ayudando en las tareas domésticas como una zombie, con el audífono de una radio minúscula colgando de una cinta y sintonizada en FM incrustado en el oído. Sólo con ella te diste por vencida, mamá. Pero de todas maneras te agradecemos las cuatro. Somos lo que queremos ser, o por lo menos, mamá, estamos en camino.

-Lo que pudre es la caudilla rural esa con sus pechos de vaca y sus labios gruesos de lamesartenes. Dios, te pido humildemente perdón, pero sí me pudre. Tú, en tu infinita sabiduría, sabes que hay una escala de valores, que Tú mismo lo inventaste. ¿Cómo ella sí y yo no? ¿Cómo se llega y cuáles son las armas? Suelo imaginar que es la sabia manipulación del sexo, pero si fuera solamente el sexo, esa gorda estaría custodiando un archivo en un sótano polvoriento. Entonces... ¿Qué? Inteligencia, imagen, carisma, tener talento y demostrarlo, tener sentimientos altruistas y derramarlos, tener ambiciones y empujarlos, tener señorío, alcurnia moral, e imponerlos. Muy pocas han llegado no muy alto con esas armas. Entonces debe haber otra cosa. Algo que se resume en ser notoria. Notoria, puede ser la palabra mágica. Que las cámaras de TV te busquen, que los periodistas te enchufen la boca sus grabadoras, y cuando una cuestión se pone caliente, correr todo el mundo a preguntar que piensa Fulana, o mejor, que dice Fulana. Y lo que dice Fulana está ahí, importante, porque Fulana se da maña para andar por los pasillos, manejar pedigüeños, sentarse en el palco, dialogar con los monstruos, hablar en nombre de la mujer paraguaya, usar palabras adecuadas como «reivindicar», «redimir» y provocar el aplauso del mujerío cansado de oír vaciedades masculinas y hambrienta de que una de ellas tome por fin la larga posta.

-Soy una envidiosa de porquería -se dijo al fin. Pero desde mañana me pongo a trabajar para ser notoria. Ya descubriré cómo se hace, tal vez empezando a hacer olas. Algo se me ocurrirá. Como el asunto ese del acoso sexual.

Y se durmió por fin.

Cuatro

Elida

Elida dormía profundamente, y soñaba que una voz viril, suave y susurrante, le recitaba un poema de Rubén Darío, sobre el fondo de Sueño de Amor, de Lizt. Era la voz el Príncipe Azul que se aproximaba montado en un caballo blanco, y su voz lejana era la nube

del paisaje, y el verde y el brillo lunar de las montañas. El jinete glorioso se venía acercando, pero en medio de tanta dulzura, empezó a sentir la pena de siempre, porque en el momento justo en que el Príncipe desmontaba y se acercaba a su desmayada imagen de enamorada, pasaría de repente a otro mundo. A este mundo feo, porque lo maligno del sueño era que despertaba en el momento de mayor esplendor.

Despertó y en la oscuridad entreví a Dina dormida como siempre, acurrucada como un bebé y con el pulgar en la boca.

-Por lo menos debí hablarlo con ella -se dijo Elida pensando en su secreto. Su secreto era Marcelo, que quería casarse y era simpático, alto y fuerte y un poquito panzón y un poquito calvo y un poquito cerca de los 35. No exactamente el Príncipe Azul, pero aun siendo soltero tenía el aspecto de papá bonachón de numerosa familia que ella pensaba concebir como la culminación de sus sueños.

Había conocido a Marcelo en el supermercado. Primero lo conoció de vista, y pensó que era un esposo hacendoso haciendo las compras y examinando cuidadosamente cada frasco o paquete antes de ponerlo en el carrito de compras. En otra ocasión se atrevió a mirarle las manos, disimuladamente, y no tenía anillo de matrimonio. Sonrió con un extraño alivio y Marcelo creyó que le sonreía a él y le sonrió a ella, que esperó no haberse ruborizado tanto como para ser notado. El hielo se rompió en otro día en que coincidieron cuando a ella se le cayó una lata de durazno que fue rodando a parar bajo las estanterías. Se agachó a buscarlo cuando oyó por primera vez la voz de Marcelo.

-Déjeme ayudarla, señora.

Recogió el envase y galantemente lo puso en el carrito.

-Gracias, señor.

-A sus órdenes, señora.

Durante toda la semana, sintió vergüenza por la respuesta de buscona que diera a Marcelo.

-No soy señora.

-Es una agradable noticia -respondió Marcelo, con una gran sonrisa que descubrió una dentadura de diversos tonos de marfil, obra maestra de algún buen dentista.

Una corta conversación sirvió para que ella informara como quien no quiere la cosa que sus días preferidos de supermercado eran los jueves a las 18, lo que ocasionó que los días preferidos por Marcelo fueran también casualmente los jueves a las 18. Fueron madurando la amistad a lo largo del itinerario compartido de dos carritos de compras, y del formal intercambio de informaciones sobre la mejor leche en polvo, las calorías de la manteca vegetal, el buen sabor del aceite de oliva español y del queso de rallar italiano, amén de que

los fideos de sémola pueden comerlo -según Marcelo que tenía a su madre enferma de tal enfermedad- hasta los diabéticos.

Más tarde, terminadas sus compras, después de la estación en que Marcelo, con extrema cortesía (cortesía de tímido lanzado, se decía Elida con visceral sabiduría femenina) empujaba hasta la Caja los dos carritos, y cargadas las vituallas en la camionetita Nissan de ella y en el enorme Chevrolet negro de él, tomaban el fresco en el ancho estacionamiento, charlando y mirando correr el enloquecido tránsito de Mariscal López.

En esas charlas, Elida fue conociendo la historia bastante gris, pulida, rutinaria y sin aristas, de Marcelo, que se disculpaba de la lisura de su existencia, diciendo que «no hay nada heroico en mi vida, y ni siquiera fui al cuartel porque soy hijo único de madre viuda». Todo él -se decía Elida- muy lejos del Príncipe azul de coraza de plata y cabellera rubia al viento, con su calvicie que iba marchando desde la frente para atrás y su cara de angelote maduro. «Pero de todos modos, me agrada», se replicaba mensurando la distancia entre las imágenes del sueño y la carnadura de la realidad, y desde luego, desde la altura ya un poco melancólica de sus 28 años.

Fue hijo único del matrimonio de don Artemio Figueredo y de Judith Hoffman, hija a su vez de un Secretario de la Embajada de Alemania en Asunción, Erich Hoffman, en la década de los años 30. Cuando los Estados Unidos entraron en la II Guerra Mundial, los diplomáticos alemanes vieron cernirse nubarrones oscuros sobre su cómoda misión diplomática y como pudieron, se marcharon a la Madre Patria, menos Erich que con la desaprobación total de los miembros de la Embajada, había mezclado su sangre aria, matrimonio mediante, con la de una paraguaya, Emilce Segovia, que ya tenía una hija, Judith, cuando fue abandonada la misión diplomática. El bueno de Erich pensó y tuvo razón, que nadie le molestaría y así fue hasta cuando el Paraguay declaró la guerra al Eje, y no precisamente para contribuir decisivamente a su derrumbe. Por entonces, Erich había montado ya una fábrica de chacinados en Luque, tenía un buen pasar y Emilce le dio otro hijo, un varón, Enrique Hoffman, Enrique, por el padre de Emilce.

Judith, a la edad de 18 años, se enamoró del Contador de la fábrica de chacinados, Artemio Figueredo, cuyo deber era ir un día a la semana a poner en orden los libros de don Erich, pero a medida que la rubia Judith crecía y florecía, el serio y pacato Contador encontraba misteriosamente más tareas que realizar, y terminó concurriendo a la fábrica todos los días hábiles de la semana. Don Erich percibía el tímido coqueteo de los jóvenes, sus miradas, sus rubores y también el temor de provocar la furia del alemán, y decidió cortar todo por lo sano de la manera más germanamente práctica. «¿Por qué no se casan de una vez?» estalló un día.

Se casaron y sólo transcurridos seis años de la boda, Judith concibió a Marcelo, su único hijo. Pero el bueno de Erich no habría de ver a su nieto, porque hombre sanguíneo, goloso, de cuello de toro y bebedor de cerveza, no resistió a la tercera manija de chopp una calurosa tarde de diciembre y su corazón estalló. Emilce confió a su hijo Enrique la dirección de la fábrica que había crecido, modernizado y hasta tenía dos camiones de reparto, con la recomendación de dar su parte de alguna manera a Judith y a su marido. Enrique hizo algo más. Asoció a Artemio Figueredo por partes iguales, le entregó la dirección y la gerencia de

la fábrica, se hizo dar un sueldo y salió a vagar por las calles de Asunción en busca de gratificaciones homosexuales, hasta que un día amaneció muerto y molido a palos en la plaza Rodríguez de Francia, frente a los cuarteles de la Marina.

Artemio Figueredo hizo que la fábrica prosperara, tuviera su propio criadero de chanchos, un enorme criadero de pollos y su propio molino de alimentos balanceados, y cuando murió doña Emilce, le llevaron a un suntuoso Panteón en el Cementerio Alemán, donde le esperaban ya los restos mortales del marido, previsoramente trasladados de su humilde tumba original. «Juntos en la Vida y en la Muerte» hizo tallar en mármol Artemio para la sepultura de sus suegros, sin imaginar que pronto, él iría a acompañarlos. Marcelo tenía trece años cuando un día, en pleno trabajo, Artemio sintió unos agudos dolores de estómago, que atribuyó a algo que había comido, y pidió a Judith un tecito de yaguareté-ca'a. Pero los dolores persistieron, decidió que le llevaran a un Sanatorio, al que llegó muerto por una peritonitis fulminante.

Judith desnudó entonces su paciencia y su valentía alemanas, y se hizo cargo de la dirección de la fábrica, y con espíritu previsor apartó a Marcelo de todo lo que no fuera una carrera de Contador primero, y de Doctor en Ciencias Económicas después. Una vez a la vista de los dos diplomas, entregó la floreciente empresa a Marcelo, adquirió una casa en Asunción y decidió pasar su vejez en paz y volviendo a los inacabables trabajos de tejido y bordado de su infancia. Pero no alcanzó esa pacífica felicidad, porque enfermó de artritis en su forma más agresiva, y era casi una inválida.

De modo que el Marcelo que conoció Elida, era el hijo solterón y devoto de una anciana señora enferma, próspero propietario de una fábrica aséptica como un quirófano de chacinados, de un criadero de pollos superlativo y un molino de alimentos balanceados, sano de alma y de cuerpo, austero hasta el límite de encargarse él mismo de las compras, tímido y ansioso de casarse, con el entusiasta apoyo de mamá Judith.

Sólo que Elida no se decidía.

-No sé si lo amo -se decía- pero por lo menos le respeto. De alguna manera es el hombre ideal para una dama bastante pernilarga y flaca de 28 años, que sueña ser esposa y madre. Lo mejor que puedo encontrar, aunque acaso alcanzara algo mejor si cuido mi figura como Dina, o me maquillo como María o haga danza jazz como Celia. Pero eso no es para mí. Quiero un hogar para mí, hijos, muchos hijos. Y lo mejor que me ha pasado es conocer a Marcelo.

Pero... ¿Quién cuidará a las chicas y a papá si me voy?

Cinco

Bienvenido Ibáñez

Despertó cuando el resplandor del sol de agosto, brillante y frío, le dio en la cara. El mismo gusto amargo de siempre en la boca, el dolor palpitante de cabeza que lanzaba una aguda flecha de hielo cada vez que la movía. La resaca, se dijo con la conciencia rebosante de culpa. Apartó con un acto de valor las frazadas y se vio desnudo al mismo tiempo que escapaba un aroma agrio, de sudores y de hieles de su cuerpo.

-¿Quién demonios...? -imprecó al verse desnudo.

Celia -se dijo- mi linda y pobrecita Celia, el bebé de rizos dorados de papá. Me desnudó. Desnudó mi miseria y mi cuerpo. Linda tarea para una niña. Necesito una ducha. No, necesito un revólver para pegarme un tiro. Me está sucediendo lo peor. Tengo una familia hermosa y no la merezco. No soy un padre, ni un estandarte de orgullo. Soy una vergüenza. La gran...

-Pero consuélate, Bienvenido. Las has educado bien. O mejor, Niní las educó bien. Son chicas fuertes, macizas, cuerdas, juiciosas, alabado sea Dios. Me ven rodar por la pendiente, pero no serán arrastradas. No van conmigo hacia abajo. Me miran caer y se compadecen y lloran. Por mí, porque son tan maduras que no se compadecen de sí mismas, no lloran por sí mismas, porque ya están mas allá de la dependencia. Hurra las cuatro mosqueteras, y alabado sea Dios, otra vez.

-Niní, hoy amanecí religioso, vaya a saber por qué. Que Dios te tenga en la santa gloria que mereces. Te dí cuatro hijas y criaste cuatro amazonas.

Se levantó desnudo evitando mirarse a sí mismo, la pelambre gris de sus pelos en el pecho, en el pubis, hasta el ombligo, las piernas, la barba que enmarcaba unos ojos hundidos y rojizos. Abrió el agua fría que trajo la gelidez de la noche de agosto y le castigó con látigos helados. Aterido casi hasta el desmayo gritaba, rugía «alabado sea Dios». Salió de la ducha, murmurando que «me estoy volviendo masoquista, carajo», Alcohólico y masoquista, linda combinación, concluyó.

Hizo un esfuerzo supremo y se afeitó, y la maquineta de afeitar fue barriendo la espuma y al mismo tiempo devolviéndole su humanidad.

-Es grande el milagro que produce una afeitada. Es como salir de detrás de la barba donde estábamos escondidos, y volver a ser, volver a estar. Lástima que no puedo afeitarme la conciencia, porque allí crece la culpa. La gran culpa que no puedo compartir con nadie. Niní, perdón por mi brutalidad.

Encontró ropas interiores limpias en el ropero, blanquísimas, apiladas con un orden casi cuartelero, pero con el toque femenino de Elida, que ponía pétalos de jazmín entre las prendas que lavaba y planchaba. Elida, que casi con alegría apresurada había tomado el puesto de mamá, como si quisiera borrar con su cariño la imagen ausente que flotaba en toda la casa. Sintió fresca y perfumada la camiseta, suaves los calzoncillos vaya a saber con qué aderezo descubierto por Elida en el supermercado. Mejor que cuando Niní lo hacía.

-Niní. Espero me hayas perdonado. Me casé contigo, pero nunca te conocí. Eras hermosa, eras rubia, eras humilde, la flor de un barrio orillero.

Iba a nadar a la piscina del parque Caballero. Iba a bailar al Mbiguá. La vieja locomotora pasaba por su casa arrastrando lentamente los vagones de carga, desde la Estación hasta los andenes de Cambio Grande. Y los maquinistas la conocían, ponían las manos sobre las palancas del freno y le decían «cuidado» cuando subía de un salto a la cabina y reía con el calor de la caldera quemando su cara y dorando más sus cabellos. Niní, la de la casita con jazmines que trepidaba cuando pasaban los trenes de pasajeros. Niní, burguesita hermosa que dejó el tercer curso de la Escuela Normal para trabajar, porque papá ganaba poco como sastre y mamá nunca aprendió más que a cocinar, y fue dependiente en la «Mansión de las novias» de aquel turco mancón y su gorda mamá.

Venían las novias proletarias ansiosas del vestido blanco y la corona de azahares y los guantes de seda hasta el codo, y los vestidos una y mil veces casados esperaban en fila en la larga vara del vestidor. Cosidos y recosidos, ajustados y agrandados, manchados y cepillados con quitamanchas con olor a máquinas viejas, Niní era una fiesta anticipada, compartiendo la expectativa ruborosa de las novias que venían a alquilar los tirajes, midiendo, descosiendo, cosiendo, poniendo un pliegue aquí, fabricando una cintura gentil y virginal por allá, alfileres mordidos con sus dientes blancos y los labios generosos en amplia sonrisa. Con cada novia, Niní vivía una felicidad nupcial cómplice, sabiendo que alguna vez vendría el amado, y ella elegiría allí mismo, el traje de novia más trajinado, el que escuchara más veces la marcha nupcial y el que más gastado tuviera los ruedos por el baile del Vals de los Enamorados.

-Y llegué yo en mal momento para vos, Niní.

La vio caminando un casi anochecer de verano, del trabajo y rumbo a su casa, cruzando en diagonal la Plaza de San Roque, que entonces tenía aún una Iglesia ennoblecida por la carga del tiempo, y la siguió, admirando la gracia de su talle, el andar felino, y el vestido liviano que modelaba el cuerpo blanco, firme, fuerte y armonioso de una bailarina rusa. Un deseo intenso, hambre de la sangre y de la carne, circulaba por su cuerpo. «Esa mujer tiene que ser mía». La abordó ocultando sus prisas de animal en celo.

-¿La acompañó?

-¿Por qué no?

Su sonrisa era de una bienvenida cálida, inocente, confiada, de ser humano que tiene fe en la gente y encuentra amigos por todas partes. Se acostumbró a esperarla al terminar el día en las puertas de La Mansión de las Novias. Caminaban charlando hasta llegar a su casa. Cuando creyó maduro el momento, insinuó la aventura, el sexo, y ella se negó y no se ofendió, amable, comprensiva, escurridiza, segura de sí. Se devanaba los sesos tratando de encontrar el modo de alcanzar aquellas doradas primicias, y siempre chocaba con la negativa amable, con la desolación dulzona de un «no» envuelto en celofán.

Más tarde, ella le dijo que acostumbraba ir a bailar, con su hermana y con su primo, los sábados al Mbiguá, y él fue allí, bailó con ella, con la tortura de tener ese cuerpo tan próximo, tan firme y tan cálido y al mismo tiempo tan lejos. Persistió, conoció a los padres de ella, don Modesto y doña Rafaela, que se había cosido, de una tela que crujía, un vestido nuevo el día en que él inauguró sus visitas a la casa. Don Modesto le estrechó la mano y se fue a jugar a las damas con sus amigos, los peones ferroviarios de guardia.

Niní jamás cedió al acoso. La aventura de Bienvenido fue primero asedio, luego obsesión. Y terminó proponiendo matrimonio. No fue una ceremonia a todo lujo, en la Catedral, como permitía su fortuna de joven ganadero próspero, sino en la Iglesia de Trinidad, con pocos invitados, porque Niní, deslumbrada por ese marido que le había caído del cielo y estaba lleno de defectos pero aprendió a amar, no daba importancia al esplendor de una boda principesca, y porque Artemio no veía a doña Rafaela con sombrero y velo ante sus amigos. Incluso, Bienvenido cedió con cierta complacencia al capricho de Niní de ponerse uno de los trajes de boda de La Mansión de las Novias, algo extrañado de semejante contracción a la economía, y sin adivinar jamás las motivaciones líricas de Niní al ponerse el vestido que tantas novias humildes habían lucido en su noche de gloria.

La noche de bodas fue un asalto, un abordaje de pirata, que Niní consentía y acompañaba con suave entrega, quizás no feliz por aquella torna violenta de su cuerpo, pero sí feliz porque hacía feliz a su marido. Un resumen al fin, de su vida de casada.

Nació una niña, Elida, después Dina, y luego Raúl, que moriría tan joven. Después María y Celia, en ese orden.

Hasta que sobrevino la tragedia estúpida, debido a que nunca conoció realmente a Niní, y fue su brutalidad la que...

-Perdón, Niní.

Del piso de abajo ascendía el olor a café y a amor de la hacendosa Elida, y desvainando su mejor sonrisa con gran esfuerzo, bajó a desayunar.

Seis

Judith

-¿Y para cuando es el casamiento?

-Ella me pide un poco de paciencia, mamá.

-¡Paciencia! ¿Para qué?

-Para esperar, mamá.

-¿Esperar qué?

Marcelo suspiró con resignación. «Cuando empieza con sus preguntas no para».

-Bueno, el momento oportuno.

-¿Y cuándo es el momento oportuno?

-No sé, mamá. Ella tiene sus problemas.

-¿Cuántos años tiene?

-Veintiocho. Ya te lo dije.

-¿Quieres darle un mensaje de mi parte?

-Sí, mamá. ¿Cuál?

-A los 28 años, el momento oportuno ya pasó. Pescar un momento oportuno después de los 28 es como sacar la lotería. Decile eso, con todas las letras. ¿Me oíste?

-Sí, mamá.

-¿Le dijiste que somos ricos?

-Ya lo sabe.

-¿Y?

-Ella también es rica, mamá.

-Huelo algo raro. ¿Cómo es que siendo rica, a los 28 años no encontró marido? ¿Es fea?

-No, es una chica agradable.

-¿Y cómo no encontró marido?

Marcelo se sentó resignado. Mamá no descansaría hasta exprimirle hasta el último jugo de la información.

-Es una situación especial, mamá.

-¿Cómo de especial?

-Bueno, ella es la mayor de cuatro hermanas, la mamá murió y ella tomó el trabajo de ser mamá. Además está su papá.

-¿Son inválidas las hermanas?

-Por cierto que no, mamá.

-¿Y por qué no se ocupan de sí mismas y de su papá?

-Bueno, digamos que son chicas modernas.

-¿Y eso que significa?

Lo que más irritaba a Marcelo era que su buena mamá, a cada pregunta golpeaba el piso con el bastón. Pero por nada del mundo mostraría impaciencia. «Que siga el diluvio».

-Y... creo entender que estudiaron, se educaron, tienen muchas ambiciones y ninguna vocación de dedicarse a la cocina, supongo.

-¡Un trío de loquitas!

-Yo no diría eso, mamá.

-La mujer es para el hogar.

-Mamá, por diez años dirigiste una fábrica.

-Porque tu papá tuvo el mal gusto de morirse de repente. Volvamos a... ¿Con es que se llama?

-Elida.

Sí, Elida. Le vas a decir que la quiero conocer.

-Mamá, ya se lo dije tres veces. Dice que aún no.

-¡Es presuntuosa!

-No, ella dice que es prudencia. Que significa un compromiso que aún no está segura de tomar.

-¿Ella dice que no? ¿Siempre vas a venir a decirme lo que piensa ella, lo que hace ella y lo que dice ella? ¿Y que pasa contigo?

-¿Qué pasa conmigo?

-¿Sos el varón de la pareja, no?

-Así parece.

-Así no parece ¡Eso de «ella dice» ya me tiene harta! ¿Cuándo vas a tomar decisiones vos?. «Vamos a ver a mi mamá o te vas al diablo con tus remilgos de hermana mayor». Así se hace. Además el tiempo corre.

-Ya sé, mamá.

-No, no sabes. Dios sabe que vivimos una soledad compartida. Quiero nietos y dudo que una mujer de 28 años pueda concebir, aunque es muy posible, lo reconozco. Supongo que será virgen.

-¿Cómo voy a saberlo?

-No es curiosidad malsana, hijo. Pero se da el caso que a una virgen de 28 años se le seca los ovarios. Preferiría que no fuera virgen.

-¡Mamá!

-Le podemos permitir alguna aventurita en su pasado. Algo así como cargar combustible a mitad de camino.

-Mamá... ¿de dónde sacas ese cinismo?

-Yo me casé virgen a los 19 años y tardé seis en embarazarme de tu papá. ¡Y eso que tu papá era fogoso!

-No me gusta oírte hablar de eso, mamá. A tu edad...

Marcelo ya empezaba a sentirse molesto. «Me basta con los repetidos pretextos de Elida» se dijo, pero su madre le estaba mirando acusadora.

-¡No has heredado el temperamento de tu papá!

-Supongo que no.

-Ahora que recuerdo, tuve un hermano homosexual.

-¡Mamá!

-Oye. ¿Por qué no la llevas a la cama?

-Porque la respeto, mamá.

-¡Pamplinas! Si es tan pacata como dices, y suponiendo que no tenga experiencias sexuales, la llevas a la cama, descubre a los 28 años la gloria del orgasmo y manda al diablo a su papá y a sus tres hermanas.

-Tienes una mente retorcida, mamá.

-Creo que te eduqué mal. Demasiado puritano. La vida no es así, no es una cadena de pureza, sino de pecados. Además... ¡Quiero nietos! ¿Me oyes?

-Sí, mamá.

-Sí, mamá. Dices siempre sí, mamá. Pero no comprendes. Me oyes y no me comprendes. Estoy vieja, mira mis manos, parecen garras, no puedo manejar ni una aguja de zapatero. Es el infierno, me duelen las rodillas, los codos. Me duele todo. Me duelo toda. Y también la soledad es dolorosa. Quiero que traigas una mujer aquí, quiero ayudarla a parir mis nietos. ¿Es mucho pedir?

-No, mamá, lo que dices es justo.

-Pero la chica esa va postergando nuestra felicidad... o por lo menos nuestro consuelo. Marcelo, siempre has sido un buen hijo. Me has obedecido siempre y todo salió bien. ¿Es verdad?

-Así es, mamá.

-Pues me vas a obedecer nuevamente.

-¿En qué, mamá?

-¡Búscate otra!

Se levantó de su gran sillón trabajosamente, apoyada en el bastón. Marcelo intentó ayudarle, y ella lo rechazó con enojo. Se fue arrastrando su vencida humanidad rumbo a su dormitorio, envuelta en su vieja salida de baño ya sin color. Marcelo fue a la cocina, a preparar el vaso de cocoa caliente que su madre tomaba con sus pastillas para dormir, y mientras el brebaje humeaba, le entró la vieja sensación de alerta, porque veía venir un chantaje más de la larga cadena de chantajes que constituía su relación con su madre.

Siete

María

¿Cómo debía vestirse para la entrevista con el Director del diario? La noche antes había llamado por teléfono el Jefe de Redacción. Le pidió que confirmara la existencia de su

diploma de Licenciada en periodismo, y cuando ella le aseguró que sí la tenía, le concertó la cita. «Albricias, han echado a la de Sociales» se dijo con cierta perversidad. «Decidió ponerse un vestido de lana y botas, por el frío, y en la cabeza un gorrito ruso de piel que le habían regalado y le hacía parecer a Geraldine Chaplin en «Doctor Zhivago». A último momento se quitó el gorro.

-Voy a trabajar, no a seducir -se dijo.

Cuando esa mañana llegó al periódico, con su carpeta curricular y algunos trabajos hechos, la hicieron pasar de inmediato al despacho del Director, que se había cortado al afeitarse, tenía manchitas de sangre en el cuello de la camisa y lucía una expresión malhumorada. Sin responder a su saludo, le dijo:

-Sientese ahí.

«Ahí» era una silla frente a una mesita baja y en la mesita baja una máquina de escribir Underwood de por lo menos treinta años. «Jesús -se dijo- yo escribo con procesadora de palabras». Tomó coraje, al fin y al cabo era el mismo teclado. Sólo que la máquina aquella parecía pesada como un locomotora. Se sentó.

-Escriba algo que sea digerible -le dijo.

Llena de pánico, descubrió que tenía la mente en blanco. Creía que la cuestión era una entrevista protocolar, un test verbal o algo por el estilo, pero la ponían a escribir. Introdujo el papel sin tener idea de qué escribir.

-Cinco minutos -la voz del Director era tajante como el filo de un hacha.

Y empezó a escribir: «Señor Director, me gustaría trabajar en el diario. Sinceramente, Sociales no me gusta, pero por algo se empieza.

Déjeme mostrarle mi diploma, y el artículo que escribí sobre la supervivencia de las ballenas. Lo tengo en mi carpeta, verá que...»

-Es suficiente -dijo el Director- a ver eso.

Decía «eso» como si hubiera escrito en papel higiénico, y usado. Extrajo la cuartilla de la máquina, se lo pasó al Director y quedó de pie, frente al escritorio. El hombre leyó el breve escrito, frunció el labio y el bigote parecía querer explorar las profundidades de su nariz.

-Siéntese.

Obediente, se sentó, tiesa.

-No es para Sociales -dijo el Director- lo que queremos es reforzar las páginas de Policiales, donde andamos muy detrás de la competencia. Además, la sangre vende.

-Sí, señor Director.

-La tomamos a prueba por tres meses, señorita. Y ya tiene trabajo. Hable con Centurión. Él le informará.

-¿Quién es Centurión?

-Averiguar quien es Centurión es su primer trabajo de investigación -le respondió con una sonrisa de conejo, sin alegría- Buenos días.

Salió a la sala de Redacción. Inmensa y movida como un colmenar. En las paredes estaban fijados varios carteles de «gracias por no fumar» pero todo el mundo fumaba, todo el mundo con la corbata floja, y todos los escritorios con manchas verdes de tereré derramado. Una chica la miró amablemente.

-Busco al señor Centurión. La chica pegó un grito «¡Centú...!» y allá lejos un sujeto de lentes levantó la cabeza. La chica amable la señaló con el pulgar y Centurión la invitó a acercarse con el índice. «Vaya mundo periodístico» se dijo María, que tenía una idea distinta de como se hace un diario. Que esto parecía el mundo antes de la Creación, el caos. Le resultó difícil entender como de este caos salía un diario. Pero ya estaba metida. Centurión la miró con la indiferencia superior de veterano.

-¿La chica nueva?

-Sí, señor.

-No soy señor, soy Centurión. Por el momento su jefe.

Le señaló una mesa con una procesadora de palabras. A Dios gracias.

-Vas a trabajar allí... ¿Cómo te llamas?

-María.

-María, vas a trabajar allí. Supongo que sabes manejar eso.

-Sí, señor.

-¡Centurión! Y ahora a lo nuestro. Sentate.

Ella se sentó. Centurión revolvió unos papeles, encontró lo que buscaba.

-Sintonízame bien -dijo explorando sus intrincados apuntes- en fecha 2 de mayo, o sea hace un poco más de cuatro meses, a las tres de la mañana, pasó por la calle Herrera, esquina con México, un coche oscuro. Del coche partió un disparo de rifle y le dio a un travesti en la mitad del coco. El travesti ya estaba en el infierno antes de terminar de caer.

Hubo una testigo, Nicasio González, alias Pamela, otro degenerado, que estaba con la víctima, en la misma esquina. ¿Me sigues?

-Sí.

-¿Y por qué diablos no estás tomando notas?

Se apresuró en abrir su carpeta y anotar en el primer papel en blanco que encontró, al dorso del artículo sobre la supervivencia de las ballenas, y además decidió no interrumpirle, porque conocía aquel hecho por haberlo leído en los diarios y visto en la tele. Mejor dejarlo hablar. Le gustaba hablar, darse importancia, oírse a sí mismo.

-Bien. El 16 de Junio, la cuestión se repitió en Paraguarí y Teniente Fariña. Esta vez le tocó a Florindo Ortellado, Azucena según su nombre de guerra. Otro tiro en mitad de la frente. Sólo lo vio un chófer de taxi que pasaba por ahí, Marcelino Otazú. El mismo coche obscuro, se supone, el mismo rifle, se sabe. Cuando la Policía le preguntó por qué no persiguió al del rifle, dijo muy suelto de cuerpo que el tipo estaba haciendo un bien a la Sociedad y no deja de tener razón, para mi gusto. Y ahora viene lo lindo: anoche, o mejor esta madrugada, el tirador del coche obscuro intentó de nuevo y esta vez falló. El proyectil dio en el cuello a Ingrid, o Mamerto Sosa, como quieras, que está internado o internada, que se yo, en el Policlínico Policial y va a recibir la visita de una aprendiz de periodista que le va a hacer un reportaje.

-¿Yo?

-¿Con quién estoy hablando?

-Pero. ¿Qué le pregunto?

-¿No te enseñaron en la Facultad? Andá a verle a Romero que te va a dar una credencial. Y por si no has tomado nota, el reportaje es sólo el comienzo de un trabajo de investigación que vamos a hacer sobre este maloliente asunto. Volá.

Esta vez no preguntó quién era Romero. Se dio maña para ubicarlo en una cueva adosada a la Contaduría, que era otra cueva más grande adosada a la Administración. Y allí, en un cuartito obscuro, la Polaroid le tomó una foto horrible y en quince minutos ya tenía su credencial de periodista. Salió a la calle, con su credencial flamante en las manos. «Señor, en qué me he metido. Travestis asesinados. Yo no esperaba esto».

Sin embargo, sentía una extraña exaltación cuando puso la llave y el pequeño Honda arrancó.

Ocho

Celia

Ese mismo día, por la mañana, había escuchado a su padre hablando por teléfono con don Narciso, el Administrador de la Ganadera La Esperanza, como se denominaba el Establecimiento en Misiones de la familia. Al colgar el aparato, después de escuchar en silencio como cinco minutos de perorata de don Narciso, su padre disparó una palabrota y después «¡hasta esto más, maldición!». Subió a toda prisa la escalera rumbo a su habitación, con la obvia intención de vestirse y a correr a la oficina.

Adivinó que se trataba de problemas serios. Mejor dicho, supo que había problemas serios. «No puede ser de otra manera, con la vida que lleva papá y con las semanas que pasa sin ir a la oficina.»

Celia tomó una determinación y también se vistió apresuradamente, de modo que cuando su padre se dirigía al coche se pegó a él.

-¿Adónde vas?

-Voy contigo, papá.

-¿Para qué?

-Para ayudarte. Me aburro todo el día en casa.

-¿Y tu Facultad?

-Voy de noche, ya sabes.

Penetraron al subsuelo del edificio donde don Bienvenido tenía su propio lugar de estacionamiento y tomaron el ascensor al quinto piso. La Ganadera la Esperanza ocupaba la mitad del quinto piso. Su padre, con su llave, abrió el despacho de donde salió una bocanada de aire sucio, de encierro y de abandono. «¿Cuánto hace que no viene?». Tomó asiento en uno de los mullidos sillones y notó que su padre soplabá a puro pulmón el polvo acumulado sobre su ancho y labrado escritorio.

Poco después, entró don Narciso. El bueno de don Narciso, a quien desde niña conocía con su eterno aire de melancolía, de hombre que lleva sobre sus hombros el peso del mundo, ahora más viejo y más encorvado, pero siempre todo redondo, redonda la cabeza y la cara, redondos y caídos los hombros, redonda la panza, y con los años, parecía haber perdido unos centímetros de estatura, y ganado otro par de lentes, que ya no eran aquellos quevedos que se sostenían sobre la punta de la nariz, sino unos gruesos lentes de miope. Desde el momento mismo de su entrada a la oficina, con su gruesa carpeta bajo el brazo, mostró inquietud por la presencia de Celia, y Celia sintió inquietud por la inquietud del antiguo empleado, que se había sentado sobre la silla frente al escritorio, en los bordes de la silla, como preparado para salir a la disparada.

-Déme un resumen de la situación, don Narciso.

Don Narciso vaciló, se volvió a mirar a Celia, evidentemente molesto.

-No creo conveniente que la niña... -Susurró.

-¿Por qué no te vas a tomar un helado o a comprar un disco, Celia?

-Papá, ya crecí. ¿Recuerdas?

-Sí, claro, ya creciste. Adelante, don Narciso.

Don Narciso no claudicaba del pudor administrativo que le embargaba.

-Es que hay datos... -aventuró de nuevo.

-Adelante, don Narciso -cortó Bienvenido.

-Bien -suspiró don Narciso.

-¿Qué es eso de la notificación de la Financiera?

-Nos hemos atrasado en los pagos de capital e intereses, don Bienvenido, más de lo establecido en los contratos de préstamos, y... bueno, como sobre la masa de dinero hay una garantía hipotecaria de parte de las tierras, hay peligro de una ejecución por vía judicial.

-¡Qué se la lleven! -Estalló Bienvenido.

Don Narciso lo miró escandalizado.

-Pero don Bienvenido. Son las mejores tierras, donde hemos puesto la pastura artificial.

-Pues entonces el ganado tendrá que prescindir de la pastura artificial. Nos queda tres mil hectáreas, ¿verdad?

El viejo Administrador tenía una expresión incrédula.

-¿Pero no se ha enterado de la sequía, don Bienvenido, y de la quemazón? Allí no pueden pastar ni los conejos, con el debido respeto.

Del rumor de la conversación, Celia iba sacando sus conclusiones. El peligro de la ejecución de la hipoteca. Vamos a recurrir a los bancos a los que hemos hecho ganar mucho dinero. No se puede, don Bienvenido. En los dos ya estamos sobregirados. Vendamos 200 cabezas a como sea. Imposible, no es la temporada de feria, es invierno y no tienen peso, además el veterinario se fue porque le adeudamos seis meses de sueldo, y sabe Dios en que estado sanitario andamos con las reses.

-¿Pero que es esa historia de estar sobregirados?

En ese momento fue que don Narciso se encogió, se ruborizó y miró furtivamente a Celia. Y por fin se atrevió a responder.

-Usted ha venido librando cheques, don Bienvenido -vaciló- con mucha prodigalidad.

Su padre se levantó de un salto, rojo de ira. ¿O de vergüenza?

-Mis cuestiones personales... -dijo y se detuvo. Miró fugazmente a Celia y calló. Y volvió a sentarse, lentamente, «como se derrumba una casa antigua -se dijo Celia- como termina casi un siglo de historia de la familia».

El veterinario se marchó porque no le pagaban el sueldo. Pero su padre giraba cheques con prodigalidad. ¿A quién? Era razonable la vergüenza que torturaba a don Narciso, y demasiado obvia la referencia de su padre a las cuestiones personales. «Pongamos cuestiones sexuales» se dijo Celia. Pago de favores, francachelas, whisky, champaña, cenas, músicos, mujeres, obsequios.

-Queda el recurso de vender el Establecimiento... -murmuraba su padre y el tiempo se paralizó en la vieja oficina, y las personas quedaron quietas como en una fotografía. La cabeza baja de su padre, el rostro demudado del Administrador que tenía los perfiles del pánico que le embarga al hombre cuando le quitan la tierra que pisa, el aire que respira y el mundo en que nació y donde espera morir en paz.

-Estamos un poco sobrepasados, alterados -era la voz de su padre- vamos a darnos tiempo y reflexionar. Mañana será todo más claro.

Se había levantado, se arregló la corbata, abandonó el escritorio, dispuesto a marcharse, a dejar todo como está, y que el tiempo solucionara todo. Típico recurso de irresponsable - se dijo Celia-. Solo que el tiempo se había agotado.

-Vamos, Celia.

-Me quedo, papá.

-¿Cómo?

-Tienes un nuevo Gerente.

-Como quieras -dijo Bienvenido, evitando mirarla, y se marchó como huyendo, de sí mismo, de su hija, del Establecimiento de casi un siglo.

Celia se levantó y fue a sentarse en el escritorio paterno, miró a los ojos esperanzados de don Narciso.

Y se entendieron sin necesidad de palabras.

Nueve

La familia

La sala estaba iluminada por un velador grande, el televisor eternamente encendido, aunque nadie mirara, estaba apagado. Afuera, agosto se despedía con ráfagas heladas que hacían vibrar los cristales del ventanal. Una estufa eléctrica daba calor al ambiente, y allí estaban Celia, María, Dina y Elida, sintiendo que el frío de afuera se les había metido en los huesos, como si del mundo rosado y seguro que era el suyo, firme como una fortaleza apoyada en la inagotable prosperidad del Establecimiento, hubieran sido trasladadas a una estepa desolada del Canadá.

Celia, con voz neutra, terminaba de informar a sus hermanas que la ruina estaba cerca, que don Narciso había resuelto decir toda la verdad cuando su padre se marchó, y le informó, además de la práctica quiebra del Establecimiento, que también la casa estaba hipotecada. Celia esperó que sus hermanas asimilaran la calamidad y por fin dijo.

-He resuelto gerenciar el Establecimiento.

-¿Vos? -Incredulidad y amarga burla empañaban la voz de María.

-Sí, yo. ¿Hay alguna objeción?

-Pero... ¿podrás...? -Preguntó tímidamente Elida.

-No sé, lo intentaré. Lo que sé es que no voy a quedarme mirando como todo se viene abajo, papá incluido.

-Eso significa que debemos repartimos el trabajo -dijo Dina.

-No -respondió Celia- Eso significa que la única que no tiene trabajo soy yo. Y lo he encontrado. Tengo 21 años, soy mayor de edad. No sueño con ser periodista, como María, no tengo ambiciones políticas como Dina, ni vocación de ama de casa, como Elida.

-Pero sí sueñas con ser escritora -dijo Dina.

-Para serlo, creo que tengo mucho por vivir para escribir de veras.

-No estoy de acuerdo -dijo María, y agregó: -lo cuerdo es lanzarnos todos al trabajo.

Elida, como una espectadora de un partido de tennis volvía la cabeza una y otra vez cuando hablaban las demás, y sentía un frío en el corazón, pensando en Marcelo, que se alejaba más. Justo cuando meditaba una sugerencia a la familia de tomar un ama de llaves y cocinera, se le venía encima esto. Ahora estaba prisionera de la casa.

Dina pensaba en el restablecimiento de un orden lógico, de un escalón potable, donde el prestigio y la fama femeninos, vinieran de la mano de la inteligencia y la belleza, el decoro y el señorío en un mundo gobernado por hombres que ya debían ceder espacio y dejarse de las retóricas hipócritas, y que las gordas deformes, fueran a la cocina, donde merecían. Le dolería tremendamente renunciar a todo eso, «la ambición es una enfermedad, se dijo, o una adicción»

María recordaba al travesti en el Policlínico, con el cuello vendado y aún con trazos de lápiz labial en la boca. Grotesco -pensó- pero detrás de ese grotesco estaba el misterio que ya le había atrapado.

-Vamos a recapitular todo -dijo Dina.

-¿Para qué? -Preguntó María.

-Para llegar a una decisión. ¿No estamos aquí para eso?

-¿Y qué hay de papá?

-Papá está más allá de toda decisión cuerda -dijo Celia.

-Entonces hago una recapitulación, -habló Dina- todo se viene abajo. Celia cree poder intentar salvar algo. Magnífico. Le dejamos cargar a Celia toda la responsabilidad y las demás perseguimos nuestros sueños. Parece una resolución razonable, porque hace a nuestro propio destino, a la identidad que queremos asumir. Pero sucede que con tal decisión razonable, me siento una egoísta de mierda.

-No es así -replicó María- lo estuve pensando. Celia dice que no tiene trabajo y lo encontró. En cierto modo, se está comprometiendo a salvar tanto el Establecimiento como el pasado de la familia. Pero si todas ponemos el hombro con el mismo fin, descartamos nuestros sueños, y quedamos prisioneras del Establecimiento y del pasado. La pregunta es... ¿Vale la pena?. Enajenamos a una tradición, a una riqueza, vivir para sostener en pie un viejo castillo, que significa dinero, y comodidades, pero significa también que vamos a quedar vacías. Repito... ¿Vale la pena?

Callaban y se miraron, hasta que la voz tímida de Elida rompió el silencio, y lo que dijo, lo dijo consciente de que perdía a Marcelo.

-No vale la pena -señaló- mamá dijo que nos educaba para ser nosotras mismas. Quizás, porque ella nunca consiguió ser ella misma.

Estaría feliz en el Cielo si sus hijas se abren paso en la dirección que elijan. Chicas, salgan a buscar el sitio que anhelan, que yo ya estoy en el mío. Lo malo es que debo aprender a hacer economía.

-Entonces, está resuelto, -terminó María- ¡hurra por la nueva Gerente del Establecimiento La Esperanza!

El hielo se rompió y una sensación de que todo está en orden iluminó sonrisas en las jóvenes y bonitas caras de las hermanas Ibáñez.

Diez

Dina

La nota que había recibido y leído la mañana anterior, y que le llevó toda una noche concebir su plan, decía: «El Comité del Coordinador del Congreso de la Juventud Partidaria, que se refiere en un marco general a la problemática de la juventud frente al cambio, ha resuelto solicitarle, en su calidad de ilustrado intelectual del Partido, su participación como disertante del tema que se sirva elegir dentro de la temática del Congreso. En caso de aceptar le rogamos enviarnos el tema de su conferencia, de no más de 15 minutos, a fin de incluirlo en el programa que estamos elaborando y a la brevedad posible. Al mismo tiempo, y en razón de los gastos que demandan la realización de este Congreso, solicitamos de su generosidad de siempre y de su especial preocupación por los jóvenes, un aporte de acuerdo a su reconocida generosidad».

La nota iba dirigida al Señor Subsecretario, doctor Hermenegildo Santacruz, es decir su Jefe.

Se sentó frente a la máquina electrónica de escribir, y redactó la respuesta: «Estimados jóvenes. En primer lugar, mis calurosas felicitaciones por la iniciativa de llevar adelante el Congreso que mencionan en su amable invitación. El tema en general es de suma oportunidad en los momentos políticos que vive el Partido y el país. Lamentablemente, razones de trabajo, como la elaboración del Plan Quinquenal de Defensa Forestal y Preservación del Medio Ambiente Dentro del Marco del Desarrollo Sostenible, que me han encargado insume todo mi tiempo, por lo que permito recomendar a la señorita Licenciada Dina Ibáñez, activa correligionaria y culta exponente de la feminidad de nuestro Partido, para que intervenga en el Congreso en nombre de la juventud femenina, abarcando el tema «Ficción y realidad de la participación femenina en la construcción de la Democracia». Con respecto a la solicitud de fondos, que la considero muy atendible, me satisface extenderles un cheque por Gs. 500.000 -modesto aporte que espero contribuya al éxito del evento. Salúdoles cordialmente. Hermenegildo Santacruz.»

Extrajo el papel de la máquina, se dijo «ahora o nunca» y fue a golpear la puerta del despacho del Subsecretario. La voz dijo adelante, y ella entró, consciente de las apretaduras de la minifalda que se había puesto esa mañana con deliberada intención, de la blusa ajustada y del maquillaje un poquitín recargado.

-¿Qué hay, señorita? -dijo el doctor Santacruz recorriendo con la vista el armonioso espectáculo de aquel cuerpo joven y esbelto, generalmente envuelto en un severo traje sastre con la falda hasta la más decorosa largura, pero ahora luciendo inusitado esplendor.

-Una nota a contestar, Hermenegildo.

Nunca le había llamado a su jefe por su nombre. A veces doctor, a veces señor Subsecretario, y hasta Su Excelencia, pero esta vez lo llamó Hermenegildo con el agregado de un susurro íntimo, y notó que el sonido inesperado de su nombre en labios de su atractiva secretaria, enrojecía un poco las mejillas del hombre, con un rubor que se acentuaba en sus grandes orejas. «Blanco perfecto», se dijo Dina a sí misma. El tipo empieza a sentir las urgencias del cielo.

-Sí, sí, a ver, a ver.

Dina le alcanzó la nota invitación, que el Subsecretario desplegaba sin mirar el papel sino la turgencia de sus bustos bajo la blusa tensa. Por fin la leyó. Frunció la nariz, y siguió leyendo. Dina lo miraba y caía en la cuenta de que era en cierto modo atractivo, cerca de los cuarenta, moreno, con una barba que aún afeitada dejaba un rastro azulado en sus mejillas y los cabellos lisos, peinados como Carlos Gardel. «Sería atractivo si no fuera tan petulante. En todo caso, una víctima perfecta». Terminó la lectura y dijo:

-Tome nota para contestar esta invitación...

-Ya está contestada, Hermenegildo.

-¿Cómo?

Dina le alcanzó la respuesta que había elaborado. El funcionario la leyó con sorpresa primero, con incredulidad después, la miró con una expresión desconcertada.

-Que yo sepa, no me han encargado ningún plan de no sé qué ambiental. En rigor, parece que en el Ministerio se han olvidado de encargarme nada. Usted lo sabe, Dina.

-¡Vamos! Lo inventé yo. De todos modos hubiéramos tenido que inventar algún pretexto, Hermenegildo. Conozco su pánico de hablar en público.

-Pero aquí dice que Ud. va a desarrollar no sé que tema.

-Se lo pido y si me dice que sí, le deberé un favor, Hermenegildo.

-¿Favor?

-Claro. Un favor, algo personal. Digamos un secreto compartido. Eso fortifica las relaciones humanas. Nada une más a las personas que compartir secretos, creo que eso es de Freud -inventó.

-Claro, por cierto, por supuesto. Pero... ¿Se atreve?

-¿A qué?

-A hablar en público.

-Ojalá fuera a oírme, Jefe.

Era también la primera vez que le decía Jefe, con una connotación cómplice.

-Bueno, visto de ese modo, no me puedo negar.

Firmó la nota y se la pasó con el aire de quien está obsequiando un estuche de terciopelo con una pulsera de brillantes adentro.

-Por cierto que iré a escucharla.

-Gracias, Hermenegildo.

-Buena suerte.

-¿No se olvidó de algo?

-¿De qué?

-El cheque, Hermenegildo.

-¿Pero de dónde voy a sacar 500 mil...? El presupuesto está mas que...

-¿Presupuesto?. Yo pensaba que esto andaba sobre carriles puramente amistosos, de persona a persona.

El hombre la miró intensamente. Ella infló todo lo que pudo el busto. «Lástima que tengo pezones chatos» se dijo.

Vio que el Subsecretario abrió el cajón inferior de la izquierda, aquel donde tenía sus objetos personales y que ella había abierto una vez por descuido, para ver la tapa de una revista Play Boy. Pero esta vez extrajo su chequera, formuló un cheque por 500 mil, y se lo pasó. Dina tomó el papel, pero el Doctor no lo soltaba, mirándola a los ojos. Sólo lo soltó cuando ella le hizo un guiño.

Volvió a su escritorio a escribir el sobre. Una voz interior le hizo una pregunta:

-Vamos, Dina, nunca te creí tan manipuladora.

-Sólo uso mis recursos -se contestó.

-No son de buena ley, provocaste deseos malsanos.

-Sólo provoqué deseos. Lo de malsano corre por cuenta del tipo.

-¿Era necesario provocar deseos? -insistió la voz acusadora.

-¿No leíste que primero el poder, después el dinero y finalmente el deseo mueven el mundo?.

-Sí, pero en todo caso estás cayendo en alguna forma de acoso sexual -se dijo.

-Sí, pero para variar, esta vez es al revés -se contestó, y metió la nota y el cheque en el sobre.

Once

Elida

Volvió a leer la carta que terminara de escribir: «Mi querido Marcelo. Espero me perdones, pero debo decirte con gran dolor de mi corazón que me siento en la obligación moral de declinar tu hermosa oferta de matrimonio, que en otras circunstancias me hubiera hecho muy feliz de aceptar, como haría dichosa a cualquier muchacha a quien le realizaras ese pedido, dado tu buen carácter y tu acrisolada honradez. Por favor no me busques y olvídate, que espero te sea fácil y pronto encuentres una buena chica que llene el vacío de tu corazón. Te lo digo por escrito porque no tengo el valor de decírtelo personalmente. No me creas una ingrata ni una consentida. Mis razones son de familia y difíciles de explicar, pero aun así te suplico que las respetes. No me verás más porque he decidido hacer mis compras en otro sitio que no fuera ese supermercado donde creí encontrar la felicidad y el Destino dijo que no. Tu amiga para siempre. Elida»

Firmó la carta con un suspiro, la metió en un sobre, pasó la lengua sobre la goma que tenía para ella el amargo sabor del fracaso, y cerró el sobre. Lo dejó sobre la mesa contemplándolo como el condenado contemplaría el filo de la guillotina, olió un aroma a quemado en la cocina, y salió disparada.

Doce

María

El primer recorte de su álbum profesional fue el reportaje que le hiciera al travesti herido, Mamerto Sosa, o Ingrid. El Director le había felicitado, aunque deslizó una crítica.

«Es un poco literario, sea más periodística», y la envió a hablar con el Jefe de Redacción, Don Carlos Rueda, un hombre maduro y bondadoso, cuya simpatía María ya había conquistado. «Me recuerdas a mi hija» le había dicho, y más tarde averiguó que la hija, y la madre, vivían en Estados Unidos, tras una separación cuyas causas no quería averiguar. El Jefe de Redacción también le felicitó, aunque con una recomendación distinta a la del Director. «Conserva ese toquecito literario -le dijo- y serás conocida por tu estilo, aunque no firmes, lo que en periodismo es mucho».

-Lo que sigue es bastante serio -le dijo- te vas a dedicar completamente a este caso de los travestis. Yo le dije al Director que podría ser peligroso para una chica, de modo que consintió en que cuando salgas fuera de la redacción a buscar material, te va a acompañar Centurión. Centurión ya está al tanto y vas a coordinar con él este negocio. ¿Tienes coche?

-Sí, lo tengo.

-Te va a ser útil. El Administrador te proporcionará un cupo de nafta.

Fue a sentarse en su pequeño escritorio, esperando a Centurión, que no aparecía, y revisando nuevamente las notas que había tomado en su entrevista a Ingrid, o Nicasio. La habitación del herido en el Policlínico tenía una custodia, un joven suboficial de Policía con cara de adolescente. Nuevos tiempos -se dijo- es increíble el efecto que hace en los policías una credencial de periodista. Tardó segundos en entrar en la habitación, y allí estaba el travesti herido, con algunos restos de rouge en la boca, que la miraba con ojos calculadores.

-¿Mamerto Sosa?

-Ingrid, si no te es molestia. ¿Que quieres?

-Soy periodista, quisiera hacerte algunas preguntas.

Apretó el botón «récord» de su pequeño grabador.

-¿Voy a salir en el diario?

-Esa es la idea.

-¿Con fotos?

-No creo.

-Si no es con fotos, no digo nada.

-No creo que en una foto tomada ahora, salgas muy favorecido. Vio la mirada rencorosa del herido, y se corrigió.

-Favorecida.

-Tengo una postal en colores, con las chicas.

-Si dan permiso, la publicamos.

-Mejor no. El loco suelto ese puede usarlo para conocernos.

-¿Por qué crees que dispara y mata a los tra...

-¿A las chicas? No tengo ni idea, hija.

-Voy a hacerte la pregunta de otra manera. ¿Las mata porque son... lo que son, o es que tiene algo personal contra cada una de las víctimas?

-Ni idea, mujer.

-¿Hay alguna persona que tenga algo personal contra ti?

-¿Por qué?

-Te disparó, ¿no?

-De eso no hay duda. ¡Lo que duele! Voy entendiendo. Pero si tiene algo personal contra mí, también la debe tener contra Pamela y Azucena. Y yo no me trataba con ellas, eran del Barrio Pelopincho, un basurero, mi hija. Mi grupo es del barrio Republicano.

-Luego, no hay relación entre las víctimas -dijo María, recordando las series policiales de la televisión.

-¡Ninguna!

-¿Pero realmente no tienes enemigos?

-No podría decir eso, en nuestra profesión hay mucha competencia, y celos.

María se estaba sintiendo levemente asqueada. «Aprende a ser dura» se dijo.

-¿Recuerdas un caso especial?

-No te voy a decir los nombres.

-No importa.

-Hace unos días nos tiramos de los pelos con Susana. La loca dice que es parecida a Susana Traverso. Se enojó tanto que quería clavarme una tijera. Bueno, le tenía loco al viejito.

-¿Viejito?

-Sin nombres, hija, sin nombres.

-Está bien. Era un viejito.

-Vicioso como el demonio, profesor de no sé que Universidad, y abuelo de una escritora que hace libros de versos. Tira la plata a raudales.

-Con Susana.

-Hasta que se lo quité. Susana juró matarme.

-¡De modo que se lo quitaste!

-No era justo que una sola se quede con toda la plata. Además, Susana no merecía. No tiene arte. En esta profesión hay que tener arte, hija.

-Especialmente con los viejitos.

-¡Tienen cada exigencia!

-¿Crees que haya sido Susana, o alguien contratado por Susana?

-No creo.

-Vamos al momento en que te dispararon. ¿Estabas sola?

-Sí, sola en la esquina.

-¿Cómo fue?

-Bueno, el auto negro venía lentamente. Y yo me engañé. A ese paso vienen los clientes, dándose tiempo para elegir. Pensé que tenía buena suerte, porque esa noche no había embocado ni una. Además el viejito está enfermo. Algo de los riñones, parece. De repente, el auto aceleró y oí un pum y me dolió horriblemente el cuello. Creo que no me dio en la cabeza porque en ese momento me moví para salir al encuentro del auto. Y no me acuerdo más.

-Pero recuerdas el auto.

El herido meditó un momento.

-Aprendemos a reconocer las marcas de los autos, y a los que vienen, adentro por la marca. No sé me entiendes. Los mejores clientes son los que vienen en Mercedes o en Volvo, ya es gente de edad, responsables y no hacen mucho escándalo, por la familia, seguramente. Los patoteros vienen en autos mau, aunque ahora están apareciendo en Mitsubishi Montero. Bueno, el auto ese no era Mercedes ni Volvo. No creo que sea un auto

japonés. Era demasiado grande para ser un auto japonés. Parecía unos de esos Chevrolets negros que usaba Stroessner.

-¿Le dijiste eso a la Policía?

-¡Ni loca! ¡No voy a ser yo la que les ayude en su trabajo! ¡Chantajistas que son! Todavía no están enterados que tenemos nuestros derechos, humanos, los puercos.

Desgrabando aquella cinta, con algunos agregados de su cosecha

sobre los vicios de la Sociedad hipócrita, ella había elaborado el artículo, que mereció las felicitaciones del Director y del Jefe de Redacción, y que -lo sabía- había puesto de malhumor a Centurión. «Suerte de principiante» le dijeron que dijo.

No incluyó en el artículo el episodio que siguió a su salida de la habitación de Ingrid, cuando el suboficial jovencito le dijo que «El Comisario quiere hablar con usted» y lo encontró esperándola, sentado en una cubículo que hacía de sala de espera. Un hombre maduro de impecable uniforme planchado, sin ninguna arruga, y con un cuerpo de atleta arruinado por una panza naciente, cruelmente apretado por un grueso cinturón.

-Soy el Comisario Riveros -le dijo- Mucho gusto, señorita.

-Lo mismo digo. ¿Me necesita?

-No se trata de interferir en su labor de prensa -recitó el Comisario- sólo quería preguntarle si el sujeto le dio una información nueva.

-No sé lo que es para usted una información nueva, señor Comisario.

-Algo que le haya llamado la atención. Con la Policía estos dege... estos sujetos se cierran.

-No creo que me haya dicho nada que no haya dicho a la Policía -mintió descaradamente.

-Con los periodistas se sueltan. Buscan publicidad.

Sintió un poco de piedad y soltó una pequeña información. De todos modos, lo leería en el diario, si publicaban su artículo.

-Ingrid tuvo un conflicto con otro travesti llamado Susana.

-Interesante -dijo el Comisario.

-Y algo más, Comisario, el coche negro no era japonés. Cree que es de marca americana.

Y dejó al Comisario tornando apuntes en su libreta y murmurando para sí algo sobre los degenerados de mierda.

Cuando llegó Centurión, ya tenía un plan de acción, sólo que no encontraba la forma de hacer que el plan pareciera elaborado por Centurión, cuyo ego parecía andar bastante lastimado.

Trece

Celia

Esa mañana tuvo tiempo para recoger de la Escribanía el poder general irrevocable que le había firmado mansamente su padre, hasta con expresión de alivio, recordaba Celia, como contento de transferir sobre los delicados hombros de su hija menor, todo el peso de su catástrofe. Con el documento certificado en la mano, se encaminó de inmediato a la Financiera, a demostrar su personería legal para ocuparse de los bienes, y de los males, de su padre, y solicitar algún tipo de plazo, un respiro para organizarse mejor.

Después de una corta espera, accedió al despacho del Presidente, que la invitó cortésmente a sentarse en un diván demasiado profundo, le ofreció café, le escuchó, no cesaba de mirarle las piernas, y le dijo que la cuestión ya escapaba de su control y estaba ya en la Asesoría Jurídica. «Pero veremos...».

Como de cincuenta años, canoso y con los abundantes cabellos plateados peinados con secador de pelo, bronceado y con un cuerpo sorprendentemente joven y esbelto, el Presidente no cesaba de sonreír mostrando una dentadura demasiado perfecta para ser natural. «El tipo se cree todo un galán maduro, un seductor», se dijo Celia, fatigada ya de tener apretadas las rodillas en ese asiento profundo que las hacía apuntar al techo.

-Naturalmente, hay alternativas, señorita -decía el Presidente, abriendo diestramente un resquicio de esperanza después de la negativa rotunda inicial.

Con sabiduría femenina, Celia adivinó que casi literalmente, el resquicio de esperanza estaba entre sus piernas, pero decidió seguir el juego, recordando el carnaval que vivieron la noche anterior, con el relato de Dina de la seducción ejercida sobre Hermenegildo.

-No esperaré menos de un caballero como usted doctor. Usted hace honor a la publicidad su Financiera. Una Financiera con Corazón, ¿no?

-Tiene buena memoria, señorita.

-Es que el que inventó el lema es un genio -contestó, y vio como el Presidente se henchía de orgullo. «Acerté, el brulote lo inventó él» se dijo Celia.

Con gesto de soberbia autoridad (parece un gallo, se dijo Celia) el Presidente se acercó a su escritorio se sentó con media nalga dejando colgar un pie con medias de seda y mocasines de punta fina, levantó el tubo del teléfono, y marcó una sola tecla.

-Oiga, doctor Rodríguez -dijo- el expediente de Bienvenido Ibáñez. Me lo tiene en congeladora hasta nuevo aviso.

Colgó sin decir gracias, y se volvió a ella como John Wayne después de haber liquidado él solo un batallón de vietnamitas.

-Ha conseguido su tiempo, señorita.

-Le agradezco mucho, doctor.

-A propósito de tiempo, tal vez encuentre un momento para aceptar una invitación a cenar.

-Ya que hablamos de tiempo, doctor, déme usted un poco de tiempo.

-¿Para qué?

-Para asimilar el honor que me hace.

-Espero que no le lleve mucho. A propósito, vea ahora mismo al doctor Rodríguez, nuestro asesor jurídico. Es una persona bien dispuesta a ayudar. Le ayudará a plantear una solicitud de refinanciación de capital e intereses. Le prometo que la presentaré al Directorio.

-Otra vez gracias, doctor.

-Jaime.

-Don Jaime.

-Sin el «don» por favor es demasiado formal.

-Buenos días, doctor, perdón, Jaime.

-Y no se olvide de mi invitación.

«Viejo verde» murmuró al salir y buscar por el largo pasillo la puerta que dijera Asesoría Jurídica. La encontró. Entre sin golpear. Entró sin golpear y vio sentado en un escritorio atestado de papeles a un joven de cabello rebelde, robusto y lleno de músculos y de mirada alerta.

-Busco al doctor Rodríguez -le dijo.

-Yo soy el doctor Rodríguez. Déjeme adivinar. ¿Usted es algo de Bienvenido Ibáñez?

-No soy algo, soy su hija, y por añadidura apoderada. ¿Pero es usted el doctor Rodríguez?

-Parezco un jugador de fútbol, ya me lo dijeron. Mi madre quiere que tenga el cabello más corto y que use lentes. Es la idea que tiene de un abogado serio.

-Pues el Presidente me ha dicho que el abogado despeinado me va a ayudar a solicitar...

-Una refinanciación de capital más intereses.

-Eso mismo.

-Y además te invitó a cenar.

No le molestó el tuteo. Todo en él parecía espontáneo.

-¿Cómo lo sabes?

-Dios sabe que estoy cometiendo traición a la sacrosanta empresa, pero me caes simpática y nada debilita tanto mi corazón como ver a una chica simpática, que digo, hermosa, y en líos.

-Creo que me estás queriendo decir algo.

-Sí. Lo único consistente que te dijo Casanova, es la invitación a cenar.

Se sintió consternada.

-Pero... ¿y la solicitud de refinanciación?

-Mirá, muchacha. Hace sólo dos años que estoy aquí, pero conozco la Empresa. En veinte años, jamás aceptó refinanciar nada. Además he estudiado el expediente. Sumando la deuda de capital e intereses más intereses moratorios y gastos administrativos extras, llegas a una suma enorme, muy superior a todo lo que puedas ofrecer en garantía. Ni aún hipotecando tu casa, que según entiendo, ya está hipotecada a otra financiera. Es imposible por donde se lo mire...

La miró intensamente a los ojos.

-Claro que si aceptas su invitación a cenar tienes una posibilidad remota.

-¡Ni loca!

-¡Bravo! Todavía hay decencia en el mundo. Mi mamá ya no lo cree.

-¿Pero qué voy a hacer?

-Por de pronto aceptar mi invitación. A tomar café, se entiende, y en un lugar tan inocente como el copetín Alberdi. ¿Me acompañas?

Se levantó dando por sentado que ella aceptaba la invitación y se dirigió a la puerta tomándola del brazo.

-¿Vas en camisa?

-Caray, siempre me olvido.

Se volvió y se puso el saco. Se sentaron en una mesa tan pequeña que las rodillas se tocaban.

-No te veo como el abogado de una Financiera.

-Yo tampoco me veo, pero ocurre que papá es accionista importante y... ¿Por qué me miras así?

-Dijiste que tu padre es accionista importante.

-Y crees que voy a influir a mi papá para que papá influya sobre Casanova. Desecha esa idea, mi papá es tan pelotudamente empresario como Casanova. La única diferencia es que mi papá es muy católico y muy fiel a mi mamá. En lo demás son iguales.

-Así que tu padre te colocó como asesor jurídico.

-Cuando el anterior murió de un síncope. Pero no pienso eternizarme allí. Me doy tiempo y preparo mi tesis doctoral «La Humanización del Crédito en el marco de la Humanización del Capital».

-¿Me estás tomando del pelo? Sería muy cruel de tu parte.

-Es la purísima verdad. Quiero ser Profesor Doctor, y después profesor, con minúscula. Quiero enseñar.

Cuando se despidieron ya cerca del mediodía, él conocía la historia de la familia Ibáñez, y ella la de la familia Rodríguez. Él prometió «estudiar en serio» el expediente de Bienvenido Ibáñez y ella le anotó su teléfono en una servilleta. Se despidieron como viejos amigos. Sólo al llegar a su casa se dio cuenta que no conocía el nombre de pila de Rodríguez.

Bienvenido

Cuando firmó aquella escritura designando apoderada a su hija menor, sintió como que estaba firmando su propio certificado de defunción, de muerte civil. «Y de muerte moral», se dijo, levantándose desnudo de la cama, abrió las ventanas para que el fresco viento de setiembre arrastrara el olor a sudor, almizcle y sexualidad fatigada que llenaba la habitación. Aspiró la brisa nocturna con intensidad y su cabeza se despejaba. Miró su reloj pulsera, que no se lo sacaba ni para hacer el amor. Las dos de la mañana. En la ancha cama dormía Loretta (¿o era Nora, o Daniela o Jessica? No recordaba bien a cual de las chicas había llevado a la cama), con el cabello rubio (teñido, claro) derramado sobre la ampulosa almohada de raso o vaya a saber qué sustituto plástico del raso. Muebles pesados, torneados, espejos por todas partes, hasta en el techo, y rojo, mucho rojo en las cortinas, lazos, moños, tapices y pompones. Buscó su ropa y pisó algo de extraña blandura. El condón que le había obligado a usar Loretta, o Nora o quien sea, alargado y flácido, derramando su contenido lechoso sobre la alfombra al ser oprimido por su pie. Se vistió sintiendo asco de sí mismo, no se lavó la cara ni se puso la corbata, perdida en alguna parte. Salió afuera, al estacionamiento donde estaba su coche, lo abrió y arrancó, saliendo a la calle.

No iría a su casa. No tenía intención de irse a su casa. En rigor, tenía vergüenza de irse a su casa, porque ya no era suya.

-Con todo el contenido de hijas de expresión sería -se dijo- que lo herían de una manera atroz porque no le herían de ninguna manera, no reprochaban, no pedían explicaciones, silenciosas, sólo le daban de tomar tazas y tazas de café cargado para despejar la borrachera, y limpiaban sus vómitos de la alfombra sin siquiera mostrar una expresión de asco. Sólo de pena, de lástima, de fatalista conformidad.

A esa etapa habían llegado, a la de aceptación resignada, después del ruego, del estímulo, de los besos, de los valientes «arriba, papá, que todavía sos joven». Y del perdón, de una cadena de perdones cuando llegaba a casa con las huellas de aquella disipación suicida.

-Algo te atormenta, papá. -Le había dicho una vez Elida, la paciente, la sufrida Elida- ¿Por qué no lo hablamos? Haz de cuenta que en mí te oye mamá.

-Pobrecita, -murmuró mientras conducía sin rumbo por las calles desiertas- mamá no necesita escuchar nada. Lo sabe todo. Porque ella es la víctima de todo. Mi víctima que empezó a serlo aquella noche del domingo que regresé después de pasar todo el fin de semana con Eloísa, la divorciada, loca de porquería que ya el sábado de mañana había llamado por teléfono a Niní.

-¿Sabe que voy a pasar el fin de semana en San Bernardino con su marido?

Niní, lejos de las maldades de este mundo, habría quedado muda con el teléfono pegado a la oreja.

-¿No me dice nada, vieja?

Niní habría colgado el teléfono, despavorida por la intrusión de la perversidad en su mundo feliz mamá de cuatro niñas y un varón esbelto que eran la luz de sus ojos.

-Debí preverlo -se dijo mientras el coche saltaba y trepidaba sobre un empedrado hostil de una calle desconocida que lo llevaba a ninguna parte- Eloísa lo había dicho en serio y yo lo tomé en broma.

-Voy a hacer que saltes de tu casa como si tuvieras un resorte en el culo, y vas a aterrizar en mi casa.

El sueño de todas las queridas, de todas las amantes. Volver a ser señora, a cualquier costo.

-Y si con estanciero calentón y boludo, mejor.

La encontró llorando aquella noche de domingo. En los últimos tiempos, Niní lloraba mucho, a escondidas, que no vieran sus hijos. En realidad, vivió su dolor tan discretamente que los hijos nunca se enteraron.

-No estuviste en el Establecimiento.

-Estuve, quiero darme una ducha.

-No estuviste en el Establecimiento -repetía llorando mansamente.

-¿Dónde podría ir? Me mato trabajando y...

-¡No estuviste! Ni siquiera llevaste tu ropa de trabajo. Además, ella me llamó.

-¿Ella? -con sobresalto, intuyó que Eloísa había hablado en serio.

-Estuviste con ella en San Bernardino. Ni siquiera llevaste tu ropa de trabajo.

Le dolía a Niní que no hubiera hecho esfuerzo alguno para disimular esta aventura, y tantas otras aventuras de donde regresaba con manchas de rouge y aromas extraños en la ropa. Niní no desencadenaba tormentas conyugales. Sólo amargas brisas de temerosos reproches. Ni siquiera gritaba, porque las niñas dormían...

-Le dolía a Niní que no me importara mucho -susurró pasando frente a la masa oscura de una Iglesia desconocida.- Pobre Niní.

-¿Es más joven que yo?

-¿Cómo?

-Te pregunto si es más joven que yo.

-¿Quién?

-La mujer con quien estuviste.

-¡Estuve en el Establecimiento! ¡Estoy cansado, necesito una ducha y te vas a dejar de romper las pelotas!

Había entrado a la ducha, y cuando salió, Niní estaba sentada frente al espejo de su tocador, tenía encendida todas las luces del mueble, cuyo resplandor despiadado, como de reflector de tortura que se ve en las películas, le mostraba la magnitud de toda la pérdida de su antigua frescura, la boca caída, las bolsas bajo los ojos, la piel lavada mostrando la aspereza de los poros, el pelo de antaño rubio esplendor, grisáceo y ceniciento. Seis poderosas bombillas desnudando su vejez.

-¿Es más joven que yo?

Síntesis de todos los miedos que arrugan el corazón de las mamás prolíficas y hacendosas, y que asoman demasiado tarde.

El tiempo siguió su marcha. Nunca supo -o lo supo demasiado tarde- que esa noche había estallado una crisis en el corazón de Niní. Supo vagamente que se torturaba en sesiones de gimnasia, que recortaba maniáticamente de revistas y diarios las dietas milagrosas para adelgazar, los ejercicios para reducir el glúteo, recuperar la cintura, devolver la tersura a la piel, notaba que comía como un pajarito, y que alguna tintura milagrosa le había devuelto la juventud de sus cabellos, aunque con un brillo demasiado metálico.

Sus sucesivas escapadas continuaron, y la desesperación de Niní por equipararse a las jóvenes que les ofrecían sus primicias, se traducían en una angustiada competencia contra el tiempo que se había llevado su lozanía y su belleza.

Hasta que decidió someterse a la cirugía estética, sin decirle nada. Sólo se enteró cuando sus hijos, Raúl aún vivía, le llamaron y le informaron que no había salido de alguna torpe anestesia, y había entrado en coma.

-Perdóname, Niní.

Siguió conduciendo, ahora sabiendo ya adonde se dirigía. Calles de barrio silenciosas, alguna ventana de la que salía el resplandor azulado de un televisor encendido por un angustiado anciano insomne, perros vagos que perseguían ladrando al automóvil, y un patrullero policial que le siguió por algunas cuadras, y después se dijeron que no valía la pena y doblaron en una esquina, dejando que siguiera su camino. La ruta asfaltada, el suave ronroneo del motor del coche. Una curva, una cuesta empinada, y allá lejos, la silueta del puente recortado contra el cielo de setiembre. Enfiló al puente, aceleró y frenó exactamente

donde la suave joroba del puente era más alta. Paró, y descendió del coche. Miró las aguas color acero. Puente Remanso. Remanso. Reposo.

-Perdón, Niní. Perdón, chicas.

A la madrugada, la Policía acudió a recoger el coche abandonado.

Quince

La familia

No sabían si hacer oficiar un funeral. El cuerpo no aparecía. Las cuatro decidieron no vestir luto, ni atenuado, aunque lo sentían en la profundidad del alma.

La cuestión legal se volvió complicada, y acudió en auxilio de las hermanas, el doctor Rodríguez, Cayo Rodríguez desde el segundo encuentro con Celia, y que mientras mantenía en la «congeladora» las deudas de Bienvenido Ibáñez con la Financiera, había ayudado a Celia a encontrar un respiro con las cuentas corrientes bancarias en rojo y estudiado la hipoteca sobre la casa, que aún tenía dos meses antes de los vencimientos. Otro respiro muy pequeñito.

-No puede haber sucesión sin un certificado de defunción. Si el cuerpo no aparece en siete años, recién lo darán por muerto. De modo, Celia, que tu poder general es absolutamente válido.

-Por favor, vamos a mantenemos unidas -rogó Elida, con la nariz enrojecida de tanto llorar.

-Es lo más razonable que podamos hacer -dijo Dina.

-Vamos a apoyarnos mutuamente, ahora más que nunca -dijo María.

-Van a encontrar el cuerpo de papá -dijo Celia- el río siempre devuelve. Si aparece...

-Los mismos acreedores pueden abrir la sucesión, y habrá una carnicería. Ojalá quede enredado en el fondo.

Se arrugó intimidado por las severas miradas de las cuatro chicas Ibáñez.

Más tarde, mientras tomaban café, hizo una reflexión.

-No estoy haciendo de abogado del diablo -dijo- pero esta especie de juramento de permanecer unidas me parece un tiro al aire.

Lo miraron interrogantes.

-Ya contra la naturaleza misma de las cosas -continúa- son chicas solteras, educadas, atractivas. Pronto empezarán a dispersarse. Las chicas están destinadas a casarse, formar familia. Y empiezan a tener otros intereses. Al menos, eso dice mi mamá.

Diez y seis

Judith

-Espero que ya hayas reflexionado sobre la impertinencia de esa señorita que al parecer no conoce el honor que le hacés.

-Sí, mamá.

-Me alegro. ¿Y... hay otra? Con tu aspecto y nuestro dinero, has de encontrar candidatas a montones. La Brunilda esa me interesa. ¿Cómo es?

Marcelo había decidido decir «sí mamá» a todo. Ganaba tranquilidad y tiempo. Sobre todo tiempo, porque había leído la carta de Elida y no se convenció en absoluto. Lo que sí supo, era que Elida lo necesitaba. Además, había leído en los diarios la noticia del al parecer, seguro suicidio de su padre. Elida estaba necesitando ayuda, y no sería él quien la dejara en la estacada. Solo que se negaba a hablar por teléfono con él, y como decía su carta, no iba más al supermercado acostumbrado. Pero él estaba haciendo sus investigaciones, y todo se reducía ahora a mantener apaciguada a su madre, obsesionada en ser abuela en el más breve tiempo posible. De modo que por primera vez en su vida mentía a su madre. Se inventó una novia al gusto materno.

-Ya te dije, mamá, como vos, hija de un alemán.

-Ya me lo dijiste, y me parece espléndido. Nosotras las alemanas somos hacendosas. A veces creo que demasiado. Suelo creer que la muerte de tu padre se debió al exceso de colesterol y azúcar. Una no tarda en aprender, y le vas a decir a esa chica...

-Brunilda.

-Sí, Brunilda, que no ande mucho por la cocina, que el cerdo y el strudel no viene bien con nuestro clima. Es rubia, me dijiste.

-Sí, mamá, rubia y un poquito pecosa, aquí en la nariz.

-Me alegro. Da posibilidad a mis nietos de salir rubios, como mi papá. Ya ando soñando con una pandilla de nietos rubios. ¿Cuándo la voy a conocer?

-Ya te dije, cuando regrese de Europa.

-Ah, sí, claro. De Europa.

-Donde fue a conocer a su abuela paterna.

-Brunilda... ¿cómo?

-¿Qué preguntas?

-El apellido.

Casi tomó de sorpresa a Marcelo. Inventó a la carrera el primer apellido alemán que le vino a la mente.

-Beckembauer.

-Bien, bien. Espero que regrese pronto de Europa. Llévame a la cama.

Ayudó a su madre a arrastrarse hasta su cama.

-Espero que no vivas apenado, hijo.

-¿Por qué?

-Por la chica esa a quien pusiste en su lugar en buena hora.

-¿Apenarme? ¡Pisch!

-Así me gusta, hijo. Con cuidado, con cuidado.

La ayudó a acostarse, con la delicadeza con que se deposita una flor sobre un almohadón de raso.

-Sos un buen hijo.

-Gracias, mamá.

-Espero ser una buena abuela.

-Seguro, mamá. Buenas noches.

Apagó la luz y salió de la habitación, yendo a la suya. Por enésima vez sacó del cajón de la mesita de luz la carta de Elida.

-No, mi querida Elida. Nada ha terminado.

Volvió al dorso la carta. Allí había anotado apresuradamente el nombre de aquel joven a quien había visto visitar la casa que se acostumbró a espiar, algo nada decoroso, pero el fin justifica los medios -se dijo. El nombre estaba ahí. Lo conocía porque había seguido al joven hasta su casa (el fin... etc.) y averiguó que se trataba del doctor Cayo Rodríguez, abogado.

Diez y siete

Dina

Le había tocado ser la última oradora del día, cuando todo el mundo ya estaba harto de oír a los ocho oradores precedentes. Ante semejante concurrencia adormilada, con fatiga y con hambre, desarrolló su tema de «Ficción y Realidad de la Participación femenina en la Democracia». La ovación de sus sueños se redujo a un pequeño aplauso aislado, en el fondo de la sala, proveniente de su Jefe, Hermenegildo Santacruz. Se sintió desolada. Había esperado una entrada triunfal en el mundo de la política, y estaba sucediendo todo lo contrario.

El Presidente de mesa cerró el programa del día, y vio que la concurrencia y los congresistas se retiraban con alivio. Se dirigió a su vez a la salida, donde le esperaba Hermenegildo. No podía ocultar su contento que le bailaba entre los ojos y la sonrisa. «Piensa que me han puesto en mi lugar» se dijo enojada, de modo que rechazó cortésmente el ofrecimiento de llevarla a su casa.

-Me vienen a buscar unos amigos -mintió, y se quedó a esperar a los hipotéticos amigos hasta que vio alejarse el Toyota Crown de Hermenegildo. Obscurecía rápidamente aquel día de Octubre, con el primer viento cálido del Norte anunciando el verano y arrastrando hojarasca sobre el asfalto.

Decidió ir caminando hasta su casa, para darse tiempo a pensar.

-Demasiado lugares comunes -oyó que decía una voz masculina.

-¿Me habla a mí?

-Sí, señorita. La estuve escuchando. Demasiado lugares comunes. Usted parece haber reciclado toda la basura que venimos escuchando hace cuarenta años.

-No es muy gentil de su parte.

-Me llamo Braulio.

Observó al hombre, que vestía un pantalón vaquero arruinado, más por el tiempo que por la moda. Una remera con la leyenda de Marlboro, y en los pies, mocasines sin medias.

La barba de tres días por lo menos no ocultaba un hermoso perfil griego. «Es lo único agradable que tiene. Ese perfil de Adonis» concluyó Dina, contemplando una especie de cartera de mujer que el hombre llevaba en las manos, y que por su aspecto debió contener las cartas de Josefina a Napoleón y ahora contenía vaya a saber qué, acaso un trozo de salame y pan para la cena.

-Está bien, se llama Braulio. Mi exposición es basura reciclada. ¿Y qué más?

-Puede mejorar.

-¿Quién lo dice?

-Yo. Y antes que me pregunte con qué títulos, le cuento que soy Doctor en Filosofía, estuve becado dando un curso de dos años en la Sorbona. No soy escritor ni poeta porque soy bastante holgazán para escribir. En realidad soy holgazán para todo. Además soy honesto y no quiero engañar a la gente que cree porque uno estuvo en Francia ya tiene patente de genio. Vivo en una pensión donde llevo dos meses de atraso, y si usted me invitara a cenar podríamos ahondar un poco más el tema de su analfabetismo político.

-Usted no tiene pelos en la lengua, Braulio.

-La verdad nos hará libres.

-De modo que es místico.

-No, soy ateo a mi manera. No creo que Dios no exista, sino que ya no existe. París, 1968. ¿No ve como anda el mundo? ¿Me invita a cenar? Tengo hambre.

Dina paseó una mirada crítica sobre la facha lamentable del hombre. Braulio se dio cuenta del dudoso escrutinio.

-Sí -dijo -pero no huelo mal.

-También lee el pensamiento.

-Conozco a la gente.

De alguna manera, al ser descubierta con su prejuicio a flor de piel, avergonzó a Dina. Decidió creer a Braulio. Y también invitarlo a cenar. Lo que vendría después sería tomar un taxi y volver a casa con cierta seguridad. El Doctor en Filosofía podría ser un violador en potencia.

Caminaron hasta el Restaurant San Miguel, donde ocuparon una mesa al aire libre. Acudió el mozo, y sin cortesía alguna, Braulio hizo el pedido para él.

-Una milanesa napolitana a caballo, con tres huevos fritos, ensalada rusa y papas fritas.

-¿Para beber, señor?

Dina esperó que pidiera por lo menos una damajuana de vino, y se sorprendió cuando Braulio pidió una gaseosa. ¿Quería impresionarla?

-¿La señorita? -Era el mozo.

-Sólo papas fritas y una cola.

-Hábleme de la basura reciclada -pidió ella, cuando el mozo se retiró.

Braulio habló como para sí.

-Cuando creemos que creamos, sólo memorizamos. Cuando creemos que imaginamos, sólo recordamos. No hemos sido educados para que la mente actúe con la libertad de un águila joven sino para que la memoria sea una alcancía que lo guarde todo. Y cada vez que necesitamos un pensamiento, lo desempolvamos y lo sacamos afuera. Hemos cerrado nuestro horno...

-¿Horno?

-Sí, horno ardiente, horno interior donde fraguamos nuestras propias ideas, y con nuestras propias ideas, nuestra libertad personal.

En este punto, Dina se convencía de que la abundante cena era una buena inversión. Tuvo que esperar el resto, porque el mozo apareció con las viandas solicitadas, y observó cómo Braulio devoraba con el ansia del náufrago acabado de rescatar. «Cuando dijo tengo hambre, lo dijo en sentido real» -reflexionó.

Cuando terminó la cena, Braulio se echó atrás, con aire satisfecho.

-Dios, que no eructe ni se dé palmadas en la panza -rogó en voz baja Dina, y Dios le escuchó. «Tampoco se hurga los lindos dientes con un palillo» observó Dina.

-Creo que tenemos que vivir juntos.

-¿Qué?

-En pareja, somos adultos. Provechoso para los dos. Yo le enseño lo mucho que sé, y usted paga la pensión.

-No, gracias, soy una chica algo anticuada.

-Ya me parecía. Pero no es una mala idea.

-Es brillante.

-Sin ironías, señorita.

-Me llamo Dina.

-Pues bien, Dina. Parece que usted ha decidido ser feminista. La felicito, pero tiene una idea equivocada de lo que es el feminismo. Para empezar, no es esa especie de fanatismo mahometano que se percibía en su exposición. Con esa postura sólo logrará que las esposas anden cortando el pene del marido. No, no, no me hable, no me corte la inspiración. Usted ha caído en una trampa semántica. Confunde feminismo con activismo. Y confunde el activismo como agresión al varón, al macho.

Parece que anduve bastante confundida...

-Sin ironías, Dina, sin ironías. Tiene que volver a instalar su feminismo en un marco adecuado, y reorganizar todas sus ideas, y también su acción. Ya veo en sus ojos que se está preguntando donde diablos está ese marco.

-¡Caray! ¡Usted ve todo en mis ojos!

-Veo mucho, como que piensa que soy atractivo pero sucio. Otro prejuicio. Soy haraposo, no sucio. Pero dejemos eso. ¿En qué estábamos? Ah, sí, hay que instalar el feminismo en el marco adecuado. ¿Y cuál es el marco?.

-¿Cuál es la respuesta?

-El humanismo, mujer. La mujer debe sentirse hombre.

-¿Qué dice?

-Debe sentirse Hombre, con mayúsculas. La liberación femenina pasa por la liberación del Hombre, que estamos muy lejos de alcanzar. Mientras el Hombre no sea libre de la injusticia, de la pobreza y de la ignorancia, la mujer no será libre. Y el hombre, con minúscula seguirá consolándose tiranizando a la mujer.

-Pero si el varón no nos da espacio para...

-Es parte de la enfermedad que la Humanidad debe curar. Espero me entienda, se lo estoy diciendo con las palabras más elementales posibles.

-No necesita concebirme como un párvulo del pre-escolar -Contestó amoscada Dina, aunque veía abrirse un territorio nuevo frente a ella.

-En cierto modo lo es -respondió Braulio- porque si quiere saltar a la notoriedad política, aprenda todo de nuevo. ¿Quiere ser una buena líder política? Luche por el Hombre, con mayúscula. Creo que por hoy me he ganado mi cena.

-Le aseguro que sí, Braulio.

-Mi nombre suena con sílabas de miel en sus labios.

-No empecemos de nuevo.

Pagó la cuenta, y decidió no darse por enterada cuando depositó la propina para el mozo sobre el mantel, y vio que Braulio se lo metía furtivamente en el bolsillo.

Él se ofreció a acompañarla hasta su casa. Dina desechó la idea inicial de refugiarse en un taxi y caminaron por la calle España primero, después por las más silenciosas que llevaban a Las Mercedes, donde ella vivía. Mientras caminaban, él no cesaba de perorar, como si sus nubes interiores fueran liberando una torrencial sabiduría. Hablaba y hablaba, para sí mismo y hasta para las estrellas, casi ajeno al hecho de que acompañaba a una dama. Y llegaron por fin.

-Esa es mi casa. Gracias por todo, Braulio. Me siento un poco más enriquecida. A propósito de la deuda en la pensión... -abría la cartera y se paralizó. Por primera vez vio el enojo en los ojos del hombre.

-Buenas noches -dijo, y se marchaba.

-¡Braulio! -llamó ella.

El hombre se volvió.

-¿Dónde puedo verle de nuevo?

-No se preocupe. La encontraré yo.

Y se fue silbando por la calle, arrojando al aire su vieja cartera de mujer, y cazándola al vuelo.

-Vaya tipo extraño -se dijo Dina, y entró a su casa.

Dieciocho

María

María conducía su pequeño Honda, bastante irritada. La teoría de trabajo fue que saldrían juntos con Centurión, y efectivamente Centurión subió a su lado, le dijo que condujera por Palmas, y en la esquina de 14 de Mayo le pidió que se detuviera, le dijo que era una chica inteligente y podía bastarse sola, y bajó a reunirse con sus amigos en un ruidoso copetín. Por añadidura le dijo que «si encuentras algo nuevo, mañana lo escribimos juntos».

Ella sabía adónde debía ir, no temía a la noche temprana que caía. A la Parada de taxis donde Marcelino Otazú tenía su vehículo. El testigo ocular de la muerte de Azucena, o Florindo Ortellado. Metió el automóvil en un estacionamiento y fue caminando hasta la Parada de taxis, sin grabador, sin nada que revelara su condición de periodista.

Cuando llegó a la fila de coches amarillos se preguntó cómo haría para conocer a Marcelino Otazú, y decidió que la vía más rápida era sencillamente preguntar.

-¿Quién es Marcelino Otazú?

-Es aquel del Peugeot 504, señorita.

Fue abordar el automóvil.

-Debe subir al primero de la fila, señorita.

-Me gusta este, es flamante.

Sin mayores explicaciones se instaló en el asiento trasero.

-¿Adónde vamos?

-A la Terminal de ómnibus, pero despacio, no tengo prisa.

Marcelino arrancó, y el motor diesel hizo su característico ruido de masticar tuercas.

-La ciudad es tranquila de día -dijo María.

-Ujúm.

-Dicen que de noche es un infierno.

-Si le cuento, señorita.

El hombre era canoso, moreno, de manos nervudas y firmes sobre el volante.

-Los travestis, y todo eso.

-Hay cada vez más degenerados, señorita. Yo no sé cómo no les fusilan a todos. Me contaron que el General Ibáñez...

-¿Quién?

-Un Presidente de Chile, sabe. Metió a todos los pu... a los homosexuales en un barco, para llevarlos a una isla. En el mar vino un acorazado y hundió el barco a cañonazos.

Cierto, me contó mi hijo, que estudia Derecho. A los travestis hay que mandarlos al Chaco, para que sean hombres. O se arreglen entre ellos y se mueran todos de Sida.

«El hombre es definitivamente moralista» pensó María.

-Mi papá dice que hay que matarlos a todos -mintió.

-Hay uno que ya lo está haciendo, señorita.

-¿De veras?

-¿No lee los diarios?

-Sólo la página de Sociales. ¿Dice usted que están matando a los travestis?

El coche había salido por fin del descomunal enredo del microcentro, y enfilaba por Pettrossi, a la busca del otro infierno del Mercado 4.

-Con un rifle.

-Noo. Eso solo sucede en la tele.

-¡Sucedió!

-No lo puedo creer.

-Yo vi. Salió mi nombre en el diario. Vinieron cantidad de periodistas impertinentes. Pero no les dije nada, ni a los periodistas ni a la Policía. Sólo que era un coche negro.

-¿Pero por qué?

-No estoy loco. Si el tirador ese sabe lo que yo sé, capaz que me tire a mí con su rifle.

-Tiene razón, señor. Con esta clase de gente hay que ser prudentes.

-Yo vi cuando le tiraron desde un coche negro. Hace unos días salió en el diario que era un Chevrolet como el blindado que Stroessner. No es cierto. No era Chevrolet. Era Buick.

-¡Mire que es observador usted!

-Estoy en el oficio. Era mecánico antes de comprar este Peugeot.

-¿No le siguió al coche negro?

-A la Policía le dije que no. No quiero compromiso.

María sintió que se le erizaban los cabellos. «A la Policía le dije que no...» Luego...

-¿De modo que...?

Seguí al coche negro.

«Encontró por fin a quien mostrar su valentía» se dijo María.

-¿Y por qué me lo dice a mí?

-Por su carita de escuelera. Y si va a la Policía y le dice...

-¡Jesús! Le tengo terror a los policías. Un tío mío murió torturado. Yo le quería mucho. Me traía revistas y libros, ¡pobrecito! ¡Qué valiente haber seguido al coche asesino!

-Quería saber quién era el tipo que tenía las bolas tan bien puestas para salir a hacer limpieza nocturna. Ellos no se dieron cuenta de que les seguía.

-¿Ellos? ¿No era una especie de vengador solitario, como en el cine?

-Eran entre dos. Pareja.

-Un hombre y una mujer. Vaya. ¿Jóvenes?

-Eso ya no pude ver más. Pero el coche era un Buick automático de ocho cilindros.

-No veo la relación.

-Es un coche de señores, de gente vieja.

El corazón le latía desordenadamente a María. Sólo le faltaba un dato, y antes de formular la pregunta, se encomendó a la Divina Providencia.

-¿Los siguió hasta su casa?

-No pude. Doblaron en Mariscal López a la izquierda, por una calle oscura, a la altura de una Estación de Servicio, por cerca de la Municipalidad. Y entonces encontré un pasajero bastante borracho.

Ya estamos llegando a la Terminal, señorita. ¿Dónde quiere bajarse?

-En la acera, nada más.

Descendió del auto, deslumbrada por lo que acaba de obtener del dicharachero de Marcelino Otazú. Buscó un papel en la cartera, y agachándose en el pupitre de una teléfono público que ya no tenía tubo, escribió afanosamente todo lo que había oído, cuando sintió que le tocaban indecorosamente el trasero. Se volvió de un respingo. Tres caras juveniles que olían a cerveza la miraban sonrientes. Las mejillas arreboladas y los ojos turbios,

perversos. El siguiente toque fue en uno de los pechos, que una mano tosca aprisionó como si fuera una manzana. Propinó un arañazo al sujeto y echó a correr, para refugiarse en una atestada casilla donde una señora gorda freía hamburguesas.

-Entrá adentro, mi hija -le dijo la señora gorda.

Penetró en la estrecha casilla, detrás de la dueña de la casilla, suspirando de alivio, al ver el volumen de su protectora, que salió afuera armada de una espumadera de hierro.

-Patotero de mierda, si quieren puta vaya a la discoteca.

Los tres se fueron prefiriendo «palabras irreproducibles» como dicen los cronistas sin imaginación.

-Gracias, señora.

-No tenés que andar sola por aquí, mi hija.

-¡Pero si todavía no son las nueve!

-Este infierno funciona continuado, mi hija. ¿Perdiste algún ónibu?

-No, solo vine a esperar a mi mamá, que no llegó -mintió intuyendo que si decía que era periodista, perdería la maternal protección de la hamburguesera.

¿Cómo puedo conseguir un taxi?

-Mi marido tiene un taxi mau. Esperá.

Llamó con un vozarrón a un chiquillo de nomás de once años que miraba embobado las portadas de un centenar de revistas pornográficas exhibidas en un puesto.

-¡Camellito!

El chico llamado Camellito acudió con paso vacilante y los ojos velados.

-¿Está enfermo?

-No, ya olió ya otra vez cola de zapatero. ¿Tenés dinero para el taxi?

-Claro, tengo dinero.

-Es diez mil hasta el centro.

-Está bien -pagaría cien mil para salirse de ahí.

Encargó el mandado al chico que cruzó la atestada avenida Fernando de la Mora sin tomar en consideración de que a cada minuto corría el peligro de morir aplastado.

-La cola de zapatero le lleva a otro mundo -rió la señora.

Mientras esperaba, María observaba aquel mundo que no conocía, y de donde el chico escapaba aspirando cola de zapatero. Ruido infernal en las discotecas, pobres mujerucas, algunas niñas maquilladas como para jugar a las mamás, teñidas con todos los colores del arco iris en la cabeza y con minifalda o shorts que apretaban sus desvaídas carnes. Vendedores ambulantes, borrachos, miríadas de pollos decapitados girando sobre los fuegos de la parrilla y un omnipresente olor a carne asada, a cloaca reventada, a humo de gasoil, que le penetraba hasta por los poros, y por los oídos, el estruendo de la música-cachaca, escapando de altavoces cuyos bajos como cañonazos le hacían trepidar las orejas.

Por fin apareció el taxi mau, o ilegal, que merecía de lejos tal denominación, porque era un viejo Brasilia que se caía a pedazos, con los tapizados con manchas de carne cruda y restos de verduras. El hombre que lo manejaba, increíblemente peludo, sólo vestía una camiseta, shorts y unas zapatillas japonesas enganchadas al dedo gordo.

-Para salir de aquí, esto es como la carroza de la Cenicienta -se dijo María, y se dejó conducir hasta el centro, en busca de su anhelado Honda.

Condujo hasta su casa recordando la conversación con el Comisario Riveros, en su despacho pulcrísimo y reluciente, con grandes fotos del Presidente y del Ministro del interior en la pared, tomando mate cocido caliente en tacitas de café y con las ventanas abiertas a un cuidado jardín que más parecía de un convento de laboriosas monjas que de una Comisaría. Sólo el planchado uniforme del Comisario rivalizaba en pulcritud con el ambiente.

-Comisario, usted debe tener mucha experiencia en estas cosas.

-¿Va a salir en su diario lo que le digo?

-Sólo en forma general.

-¿Sin mencionarme, señorita?

-Palabra.

-Entonces apague el grabador. Vamos a tener una charla de amigos.

Me gusta usted, señorita. No, no se ponga a la defensiva. Soy casado y con hijos. Me gusta su inteligencia. Usted debería ser Policía.

-Gracias.

-¿Que decía de mi experiencia?

-¿Quién mata a los travestis?

-¿Cómo voy a saberlo?

-Hice mal la pregunta. Le pido un perfil. Un perfil de la persona que se siente impelido a matar travestis.

El Comisario reflexionó. Se echó atrás en su sillón y cruzó las manos en la nuca.

-La misma pregunta me hice yo. Hay varias respuestas posibles. La primera, esos degenerados tienen su propia mafia, sus territorios, sus protectores y sus propias leyes violentas. ¿Sabe usted que la violencia de un homosexual es mucho más feroz que la de una mujer enfurecida?

-Si usted lo dice.

-Es estadístico. Cuando encontramos un crimen especialmente, atroz, empezamos a buscar a putos involucrados, perdón, homosexuales.

-Vaya una novedad.

-Anótela como regla, señorita.

-Luego, estos crímenes...

-Puede ser arreglo de cuentas entre ellos. Es una posibilidad. Otra posibilidad que barajamos es que algún fanático, harto de tanta podredumbre y miseria, saliera a exterminarlos en buena hora.

-Ese fanático puede ser usted, comisario.

-¿Por qué lo dice?

-Los odia, ¿no?

-Con toda el alma, pero eso no me hace asesino. Estoy a este lado de la Ley.

-¿Por qué los odia?

-¡Son unos degenerados!

-Leí que son enfermos, errores de la Naturaleza. Que nacieron síquicamente femeninos. Y se sienten mujer.

-Dígame, señorita periodista... ¿Usted se siente mujer?

-¡Por supuesto que sí!

-Entonces... ¿Por qué no se dedica a la prostitución?

-¡Señor Comisario!

-Se ofende, en buena hora. Antes de dedicarse a la prostitución usted podría ser cocinera, o peinadora, o pedicura. ¿No? Entonces no me venga a decir que esos dege... enfermos, digamos, ¡sólo por sentirse mujer, tienen que andar por ahí ofreciendo el intestino como órgano sexual!

-¡No sea grosero, señor Comisario!

-¡No sea inocente, señorita periodista!

-Les tiene rabia de veras.

-Tengo tres hijos varones. El menor entrando en la adolescencia y el mayor saliendo. Mi señora está feliz con esta barrida que está haciendo el del rifle.

María no recordaba más de aquella conversación. A la mañana siguiente, escribió un artículo, sin dar intervención alguna a Centurión poniendo como interrogantes las opiniones del Comisario, sin mencionarlo, sino como de su cosecha, y luego se extendió a la exploración del sub-mundo de la Terminal de ómnibus, como raíz de tanto descalabro social y moral. No mencionó para nada el Buick, ni la pareja en el coche, ni la persecución de Otazú ni el área residencial donde Otazú había perdido la pista. Fue felicitada nuevamente por el artículo, y cuando saboreaba el éxito sin tener en cuenta las torvas miradas de Centurión, tuvo una inspiración. Llamó por teléfono al Comisario Riveros.

-¡Hola!

-Señor Comisario, soy María.

-¿Qué me ordena?

-¿Tiene usted un Buick como vehículo de la familia?

-¿Buick? Que disparate. Tengo un Paratí, legal, sí quiere saberlo.

Diecinueve

Celia

Se sentía desolada. La muerte sin cadáver de Bienvenido Ibáñez resultó más una trampa que un alivio. La Financiera, nada dispuesta a esperar siete años, embistió con toda furia sobre el blanco más apropiado, la apoderada del desaparecido. Ella, a quien aterrizzaba todo lo que se refería a tribunales y jueces. Su amigo, Cayo Rodríguez, renunció a su cargo de asesor jurídico de la Financiera, y con el disgusto de su padre y el aplauso de su madre, cuya única felicidad en esta vida era llevarle la contraria a su augusto marido, asumió la defensa de los herederos sin herencia de Bienvenido Ibáñez.

La renuncia de Cayo resultó en cierta manera, una renuncia o una rebeldía a la autoridad paterna, y el padre enfurecido decidió darle una lección al hijo claudicante, y juró que la Financiera le iba a aplastar en los tribunales, contratando a dos especialistas.

-Una lección no le vendrá mal a ese mocoso -dijo a su esposa, y su esposa le contó a Cayo y Cayo se lo contó a Celia.

-Me tienes que dar un poder. Soy tu abogado defensor -le había dicho Cayo, sentados en la misma mesita del copetín Alberdi donde sus respectivas rodillas habían intimado más que sus respectivos propietarios.

-¿Tenemos alguna posibilidad, Cayo?

-Absolutamente ninguna. Tu papá firmaba papeles sin leerlos. Especialmente en las letritas pequeñitas. Ponía mansamente la cabeza en la guillotina.

Más tarde, Cayo la invitó a cenar.

-¿Dónde?

-En casa, con mi mamá. Quiere conocerte.

-Es un honor. ¿Pero por qué?

-Sos la causa de la furia de papá y se volvió tu entusiasta partidaria. Además cree que entre nosotros hay romance.

-¿La hay?

-¿No la hay?

-No sé. Se lo voy a preguntar a mamá.

-Cayo... ¿No tienes por casualidad alguna manía edípica?

-¡Señorita!

-A cada paso mencionas a tu mamá. Pareces un hijo sobreprotegido.

-Sólo parece. Mamá no es sobreprotectora. Es mi compinche.

-¿En qué?

-En hacer rabiar a papá.

-Nunca sé si hablas en serio o en broma.

Aceptó la invitación de Cayo. Y conoció a la encantadora mamá de su amigo. Todavía joven y hermosa, con el espeso cabello teñido de un sentador platinado. «Parece una Lady inglesa», fue la primera impresión de Celia. Vital, sonriente y espontánea, realmente más parecía una compinche que una madre. «Ni siquiera parece madre de este grandullón» concluyó la muchacha.

Beatriz, que así se llamaba la dama, sirvió a los jóvenes abundante porción de lomito al horno mechado con deliciosas hierbas, y vino, y ella solo consumió unas tiritas de carne magra sobre pan tostado.

-Es por la figura, hija -dijo a Celia- a propósito de figura, Celia, la tienes espléndida. Mi muchacho ha tenido buen ojo. Aunque no tienes el aspecto de princesita desvalida que yo creía.

-Mamá, aún no hemos llegado a la etapa de evaluar la figura -dijo Cayo.

-¡Pamplinas, hijo! Todo comienza por la figura. La flecha de Cupido tiene las mismas curvas que una cadera apetitosa.

-Mamá, la estás haciendo ruborizar.

-Buena señal. Una chica que en esta época se ruboriza es una rareza. Has encontrado un tesoro, hijo. Bueno... ¿Cuál es nuestro plan para hacerle infeliz a tu papá?

-¿Plan? -preguntó sorprendida Celia.

-Mamá dice que tiene un plan.

-Bueno, esto parece un asunto de familia.

-No, Celia, no es asunto de familia. Es tu problema financiero.

-¿Pero qué plan...?

-No empieces a preguntar. Mamá no es abogada, desde luego. Pero es la reencarnación de Lucrecia Borgia.

-A propósito, hijo, he puesto en tu vino un afrodisíaco fabricado en el Amazonas. Creo que lo necesitas para ser un poco más atrevido con esta niña que pide caricias a gritos.

Celia admiró la relación entre la deshinibida madre y el desenvuelto hijo. «Quisiera ser una mamá como ella» pensó.

-¡Reencarnación de Lucrecia Borgia! -rió Celia.

-Sólo Dios, o más bien el diablo, sabe lo que estará maquinando contra papá.

-No veo la razón...

-¿Se lo cuento? -preguntaba Beatriz a su hijo.

-¡Contale!

-Claro, total pronto va ser de la familia -dijo Beatriz- acuso a mi augusto marido, doctor Miguel Rodríguez, de haberse casado conmigo.

-¡Grave delito! -exclamó Cayo.

-¿Me están tomando del pelo? -preguntó Celia.

-Nada de eso, hija mía. Me casé con Miguel Rodríguez, a los 18 años, deslumbrada por los versos que me escribía. Apasionados, románticos. Me transportaban al cielo. Después de la noche nupcial, desaparecieron los versos. Nunca los escribió él. Le pagaba a un poeta para que los escribiera, y a un calígrafo para que los copiara con primorosa letra. Descubrí todo, y llegué a conocer al poeta que me había enamorado. Un churro de novela, hija.

-¡Mamá!

-No te preocupes, ya murió de Sida. Por mi parte, he vivido sintiéndome engañada. Y vivo para hacerle la vida imposible. ¿Qué te parece, hija?

-No sé que decir. Es tan íntimo.

-Inocente. No veo la hora que seas mi nuera. A propósito, nunca me llames suegra. Es feo. Me vas a llamar mamá, ¿entendido?

-Cayo, tu mamá es un torbellino -dijo Celia riendo.

-Tampoco abuela. Mejor es mamá grande como en francés, sólo el castellano tiene esa palabra envejecedora. ¡Abuela! No me sienta.

De pronto, Celia se sentía cómoda y feliz en ese ambiente absolutamente liberado. Persistía sus dudas, porque de la misma manera que no sabía si tomar en serio o no a Cayo, tampoco sabía a que atenerse con su madre.

-Mañana regresa tu papá -decía Beatriz a su hijo- y yo empiezo mi conspiración Borgiana.

Más tarde él la llevó a su casa, en su moderno BMW que se deslizaba por las calles silenciosas.

-¿Hablabas en serio tu mamá de no sé que plan?

-Puedo jurarlo.

-¿Qué es?

-No tengo la menor idea, pero debe ser algo retorcido si viene de mamá.

-No sé si tomarte en serio. A vos y a tu mamá, pero he pasado un momento feliz, tan feliz que me olvidé de todo este drama de la hipoteca sobre el Establecimiento. Y la hipoteca de la casa.

-Ya está pagada.

-¿Cómo?

-Que la hipoteca de la casa está pagada.

-¿Pero quién la pagó?

-Juré guardar el secreto. No, no me mires así, no fui yo, que soy hijo de rico, pero irremediablemente insolvente.

-¡Fue tu mamá! -exclamó ofendida -de ninguna manera...

-¡No fue mamá! -la interrumpió Cayo.

-¿Quién fue?

-Es un secreto.

-¡Quiero saberlo!

-Dime, Celia. ¿Me respetas?

-Por supuesto.

Por primera vez había dureza en la mirada de Cayo.

-Entonces, si me respetas, ¡no me obligues a faltar a mi palabra de honor!

-Pero... por lo menos, dime... ¿es alguien que yo conozco?

-No sé.

-¿Está relacionado con mi familia?

-Creo.

-¿Quieres dejar de hablar como un gángster?

-Okey.

Condujo en silencio hasta la casa de las hermanas Ibáñez. Descendieron y ella se despedía en el portal.

-Quisiera contarle a mi mamá que nos despedimos con un beso.

-Contale.

-No le puedo mentir a mi mamá.

Celia se dejó besar. Después le gustó. Y besó.

Veinte

La familia

-Quisiera saber de donde salió nuestro misterioso benefactor -decía Celia, en la sala familiar donde se había reunido las cuatro hermanas Ibáñez, después de la ligera cena que tomaron.

Les había contado que la hipoteca estaba pagada, que la escritura de levantamiento de hipoteca estaba en la Escribanía Pérez, y sólo faltaba que ella, haciendo valer el poder general, fuera suscribirla.

-¿No será Hermenegildo, Dina?

-¿Él? Si cuando tuvo que aflojar quinientos mil para el Congreso casi lloraba sangre. María, inquieta periodista...

-¿Quién, yo?

-¿No te habrás vuelto demasiado inquieta?

-¿Qué quieres decir?

-Dicen que las periodistas bonitas terminan en líos con el Director o el Administrador.

-Aire, hermanita -dijo María-. Además, ese dinero no viene de un amante, suponiendo que una de nosotras tenga un amante.

-¿Qué hay con los amantes? -preguntó Celia.

-No hay amante en el mundo actual tan generoso como para desprenderse de tanto dinero. La cotización de las cortesanas bellas ha bajado mucho.

-Entonces fue Cayo, Celia.

-Me juró que no fue él, y le creo, porque si hubiera sido él ya se hubiera estado exhibiendo como un pavo real.

-¿Por qué estás tan callada, Elida?

-No tengo la menor idea que aportar. Pero Cayo sabe quién es.

-No lo dirá ni si le torturan -dijo Celia.

-Hay una manera de hacerlo confesar -dijo Dina-, todo depende de vos, Celia.

-¿Qué tengo que hacer, acostarme con él?

-No. Comunícale que las decorosas hermanas Ibáñez se niegan a recibir ayuda de un extraño. Que en el plazo de un mes muestre la cara y las intenciones, o abandonamos la casa.

-¿Y si se lo cree?

-Nos vamos.

-¿Adónde?

-Dios proveerá -dijo María- ya somos adultas y Cayo tiene razón cuando dice que esto de permanecer unidas, es puro lirismo.

-Yo por lo menos, ya tengo solución. Un hippie tardío me ofreció vivir en pareja en una pensión -rió Dina.

-Quiero creer que estás hablando en broma -exclamó Elida con severidad.

-Claro que es broma, tranquilízate, Elida.

-¿Le vas a dar el ultimátum a Cayo? -preguntó María a Celia.

-Se la daré, y voy a dormir -respondió Celia- y no se olviden que el sábado es el aniversario de mamá. Debemos ir todas al cementerio.

Convinieron en ir el domingo, y cada una de las hermanas Ibáñez se fue a la cama llevando para el insomnio, la misteriosa identidad del benefactor que había salvado la casa de un seguro remate.

Veintiuno

Dina

«Parece que no fue un fracaso total» se dijo Dina, recordando la llamada telefónica del doctor Aparicio Montes.

-La escuché en el Congreso, tiene posibilidades, señorita.

Al principio supuso una broma de los compañeros del Ministerio, pero después se convenció de que por lo menos la llamada era seria.

-Desearía hablar con usted. ¿Puede venir a mi despacho?

Dijo que sí, sin tener idea de quien era el doctor Aparicio Montes, y anotó la dirección y la hora. Quinto piso del Edificio Alaska. Oficinas 22, 23 y 24. «El doctor Aparicio Montes ocupa mucho espacio, debe ser importante» se dijo. Viernes a las cinco de la tarde. No había peligro. Ningún seductor acecha a esa hora.

Buscó en su memoria algo relacionado con el doctor Aparicio Montes, y sólo encontró un vago recuerdo de un panel en la televisión, y algunas informaciones espaciadas en los diarios. Preguntó a su propio Jefe, Hermenegildo Santacruz, sobre la persona que le había llamado.

-¿Cómo se llama?

-El doctor Aparicio Montes.

-No es algo en el Gobierno. Ni del Partido, que yo sepa.

Profundizó su investigación y apuntó al edificio Alaska. Llamó a Cayo Rodríguez y le pidió datos.

-No, Dina. Es un edificio serio. No es de esos que se vinieron a menos y se convirtieron en un colmenar de bulines. Eso está de moda. Uno se esconde mejor entre la multitud.

Sin necesidad alguna, Cayo se explayó sobre las casitas de extramuros que ya pasaron de moda como nidos de amor. «Las viejas del vecindario montan todo un sistema de espionaje» concluyó.

También tenía informaciones sobre el doctor Aparicio Montes.

-Es un buen tipo -le dijo- aunque no debe ser muy feliz. Es el padre de la niñita que se soltó de la niñera y se lanzó a cruzar la calle, hace como un año. Murió atropellada. No, no sé a qué se dedica, pero tiene montada una oficina muy completa. No. No creo que sea del Partido. Nunca lo conocí como político.

Con todas esas informaciones, se sintió más tranquila y también más curiosa, cuando el viernes de tarde, a las cinco en punto, descendió del ascensor en el quinto piso. «Si no hubiera tanto lujo, tanto mármol y tanta alfombra muelle en el pasillo, este silencio sería el de un convento», pensó, contemplando el largo e iluminado túnel del quinto piso. Las oficinas 22, 23 y 24 estaban juntas, y vaciló entre ubicar al doctor Aparicio en la primera o en la última puerta. Se decidió por la del 24, pulsó un botón y sintió adentro un discreto toque electrónico, con los decibelios justos para no sobresaltar. Le abrió una secretaria elegante y rubia como un maniquí. Detrás de la rubia se coló hacia afuera un aire frío que la hizo estremecer.

-¿La señorita Dina Ibáñez? La están esperando. La atienden en un minuto, siéntese. ¿Un café?

-No, gracias.

Se sentó en un mullido sillón y observó que las oficinas 21, 22 y 23 no estaban separadas, sino eliminadas las paredes divisorias formaban una larga nave donde numerosos muchachos, pantalón negro, camisa blanca y corbata gris, y chicas, con una variante del uniforme masculino sólo en la falda, trabajaban en silencio, manipulando computadoras, escribiendo en veloces máquinas de escribir electrónicas, o clasificando fichas de plástico en casillero de acero. «Deben estar helados con este aire acondicionado», pensó Dina, aunque más tarde, averiguó que la temperatura polar era más bien por la seguridad de las computadoras que para el bienestar de sus operadores.

-El Doctor la recibirá ahora -anunció la secretaria rubia, y la acompañó hasta una maciza puerta que golpeó con tres matemáticos y cortesés toquecitos de nudillos y la abrió a Dina.

El doctor Aparicio Montes tuvo la deferencia de ponerse de pie detrás de su escritorio, recibió a Dina con un apretón de manos y le señaló una cómoda silla ubicada estratégicamente delante del mueble.

-Le agradezco mucho que haya venido.

«Está recitando el manual del Perfecto Ejecutivo -se dijo Dina- a renglón siguiente viene: no le quitaré mucho tiempo».

-No le quitaré mucho tiempo, señorita -acertó Dina.

Se echó atrás en su sillón, formó con ambas manos unidas una cúpula para sostener su nariz, y la observó por unos segundos. «Mostrar aplomo, según el manual -dijo para sí Dina- ¿Por qué es tan artificioso? Si no adoptara esa pose de robot humanoide sería hasta atractivo, con sus cabellos grises y su cara de Omar Shariff. Y los ojos tristes y húmedos de Omar Shariff».

-¿Le gustaría trabajar con nosotros?

-Por cierto, doctor, ¿pero quienes son «nosotros»?

-¿No le han dicho? Caramba, que olvido, somos de la Fundación Goethe. Y ya se está preguntando qué es la fundación Goethe.

-Eso mismo, doctor.

-Es una Fundación alemana, sin fines de lucro.

Dijo «sin fines de lucro», con un aire de superioridad moral que dejaba muy abajo a todos los que trabajaban con fines de lucro. Pero intuyó que todo en él era artificio, mimetismo, ocultando detrás de una fachada fría a un hombre distinto.

-La Fundación proporciona ayuda a los países del Tercer Mundo, especialmente en programas de salud, educación y calidad de vida para las clases más carenciadas.

-¿Estamos en el Tercer Mundo?

-¿No miró a su alrededor?

-Ahora que lo dice, miré. Tiene razón, estamos en el Tercer Mundo.

-Tengo una vacancia, y como le dije por teléfono, usted tiene posibilidades. A propósito. ¿Trajo su currículum?

-Nadie me lo pidió.

-No importa. Me lo trae después, con su diploma universitario, si lo tiene.

-Los tengo.

-Magnífico. ¿Dónde queda Malmoe?

-¿Cómo dice?

-Que donde queda Malmoe.

-¿En Suecia?

-Sí. ¿Y que es el producto interno bruto?

-Supongo que la suma de todos los bienes producidos en un país.

-Bien bien. ¿Y la explosión demográfica?

-La población que aumenta sin control.

-Lo ha dicho bien, señorita. Pero me gustaría saber que pasa cuando el índice de explosión demográfica es superior al índice del producto interno bruto.

-La gente andará con hambre, me parece.

-Mas o menos correcto. Veo que es soltera.

-Así es.

-¿Vive en pareja con algún... varón?

-¿No le parece la pregunta demasiado personal? Pero le contestaré. Vivo castamente con mis tres hermanas solteras.

-¿La raíz cuadrada de 26?

-¿Qué?

-La raíz cuadrada de 26.

Con pánico, porque se reconocía ramplona en matemáticas de toda la vida, hizo rápidos cálculos mentales. Tardó, pero respondió.

-Cinco y alguna fracción pequeñita.

-Está bien. ¿Cuánto gana en su trabajo?

-¿No es otra pregunta personal, doctor?

-No, puede ser para hacer más atractiva nuestra oferta de trabajo. Dina le dijo la cifra de su sueldo mensual. El doctor Aparicio Montes le ofreció el triple y un poco más. Tuvo la intención de aceptarlo a la carrera. Pero decidió ser tan ejecutiva como el doctor.

-Es un sueldo atractivo -dijo pacatamente- pero no sería honesta si no conociera la naturaleza de mi trabajo.

«Esta frase debería estar en un manual» se dijo.

-Tiene razón, señorita. Se trata de hacer una investigación sobre las condiciones de vida de la gente rural y ciudadana de este país, caída en la extrema pobreza. Las causas económicas, sociales, culturales, y en un informe final, la magnitud del problema. ¿Se cree capaz?

-Sí tengo los recursos, sí, doctor.

-¿Recursos?

-Una investigación seria requiere de viajes. Y los datos recogidos computarizados. Este no es un trabajo para una persona sola. A lo sumo, para un equipo de dos o tres.

-La oficina le podrá todos los recursos. Y la felicito.

-En ese caso, acepto.

-Me complace mucho.

-¿Puedo preguntarle algo, Doctor?

-Por supuesto.

-¿Por qué me eligió a mí?

-No entiendo la pregunta.

-Veo que la oficina de la Fundación es un templo a la Diosa Eficiencia.

Por primera vez, la cara de Omar Shariff mostró la humanidad de un sonrisa divertida.

-¿Y?

-Supongo que con tantas computadoras, tendrán un listado completo de especialistas, con su currículum al día, en una especie de lista de espera para ser llamados cuando se los necesite.

-Tenemos ese listado.

-¿Y por qué a mí? ¿Elegida al azar, porque me vio como lamentable oradora y obligada a responder un cuestionario tonto que se le venía ocurriendo a usted sin orden ni lógica? ¿Está peleado con la Diosa Eficiencia, doctor?

-Digamos que de vez en cuando me gusta ser humano y jugarme por instinto.

-A propósito de instinto, doctor. Que quede bien sentado.

-Bien sentado qué.

-Que soy una chica honesta.

Se había puesto serio, con expresión casi hosca.

-Bien, que quede bien sentado también, señorita, que le estoy ofreciendo trabajo, no la estoy comprando.

Llamó por el interno.

-Edith, la señorita se marcha.

Apareció Edith con tal velocidad que Dina sospechó que había estado parada detrás de la puerta, con el oído pegado a la madera.

-La secretaria le entregará una carpeta para que la estudie, y vuelva el lunes. Estamos felices de tenerla con nosotros.

«Otra vez el Manual del buen Ejecutivo», se dijo Dina, aceptó el apretón de manos del doctor Aparicio Montes, y acompañó a la rubia Edith.

Edith se afanaba ordenando en una carpeta una variedad de folletos y manuales de distinto tamaño y color.

-Esto es para ti -le dijo-. Tienes en la carpeta todo lo que es y hace en el planeta la todopoderosa Fundación Goethe.

No le extrañó a Dina la repentina familiaridad de la chica. Era de su misma edad y no cabían mucho los formulismos.

-¿Qué te parece el Jefe?

-Un hombre muy correcto.

-¿Es atractivo, no?

-A su manera -dijo prudentemente.

-Además, muchacha, eso no cuenta para mí. Tengo entendido que voy a ser empleada de un Jefe casado.

-Ya no. Se divorció. O mejor, ella se divorció de él. ¿No lo sabías?

-No lo he averiguado.

-Después de la muerte de una hijita, ella volvió a los Estados Unidos. Es norteamericana.

Simuló no dar mucha importancia a la información, aunque se confesó que de pronto, muchos de sus puntos de vista habían cambiado con respecto a Omar Shariff. Pero nada radicalmente.

Cuando salía con la carpeta bajo el brazo, rememoró la naturaleza de la investigación que debía hacer. «Condiciones de vida de la gente rural y ciudadana de este país, caída en la extrema pobreza. Las causas económicas, sociales, culturales, y en un informe final, la magnitud del problema.» Nada menos.

-¡Dios, tengo que pagar otra cena a Braulio! -Se dijo.

Veintidós

Beatriz

El doctor Miguel Rodríguez sudaba pedaleando la bicicleta fija. Su obsesión por la cintura fina y la esbeltez crecía en la medida en que abultaba inevitablemente la panza, y los muslos antes todo fibra muscular se iba pareciendo cada vez más a un jamón carnosos y de sanguíneo color rosado.

-Es el momento oportuno -se dijo Beatriz.

Iba envuelta en su informe túnica hawaiana, recostada en la puerta del gimnasio particular de su marido, con los brazos cruzados en calma actitud.

-Hoy tuve un alegrón enorme -dijo.

Su marido siguió pedaleando y sudando.

-Hoy tuve un alegrón enorme -repitió.

El pedaleo se volvió más lento.

-No te creo. Hoy no tuve ninguna desgracia.

-Es lo que crees. ¡Ja!

-Estás esperando a que te pregunte de donde viene tu felicidad. Considera hecha la pregunta -decía Miguel volviendo a acelerar.

-Estuve hablando con Cayo.

La bicicleta se detuvo. Parecía jadear como su jinete.

-¡Ese mequetrefe!

-Claro que le prometí no decirte nada, pero me hace infeliz verte tan seguro de ti mismo. Así que voy a decirte. Y si no estoy equivocada, esta noche te agarra tu insomnio.

-¿Qué es lo que le dijiste a Cayo?

-Nada. Me lo dijo él. En confidencia. Me siento culpable al contártelo. Es sobre la cuestión de la demanda a la chica esa que parece le ha chupado los sesos.

-Cayo no puede decir nada al respecto. Lo único que le queda es retirarse prudentemente.

-¡Que raro! ¡Es lo mismo que dijo Cayo!

-¡Se va a retirar del caso!

-Nooo, querido. Él piensa lo contrario. Que la Financiera debe retirar la demanda.

-¡Qué loco!

-Eso mismo le dije yo. ¡Qué loco! Si la Financiera jamás perdió un pleito. ¿Sabes lo que me dijo? ¡Que esta vez va a perder!

-¿Perder? Me reiría si no estuviera tan cansado. ¿Por qué habríamos de perder?

-No sé, no entendí bien. Ya sabes que en estas cuestiones soy pavota como una recién nacida. Lo que no entiendo es cómo un expediente puede tener vicios. Yo creía que sólo las personas tienen vicios.

-¿Vicios?. ¿Cayo dijo que el expediente tiene vicios?

-Sí, no sé que informalidad fiscal en el expediente, que un abogado alerta como él descubrió. No sé. Son tan complicados ustedes los abogados.

«Estoy poniendo mi mejor cara de analfabeta -se dijo- y ya empiezo a detectar cierta inquietud en el tipo».

-¿Dijo la palabra «fiscal»?

-Sí, querido, lo oí bien. Además es una linda palabra. Todas las palabras que terminan en ele son sonoras. Cristal, rosal, clavel. ¿Viste?

-Fiscal no es una linda palabra.

-¿Se refiere a las patentes, verdad?

-No, a los impuestos.

-Ahora que lo mencionas, querido. Cayo dijo que la demanda es como un Caballo de Troya. En ese orden ya no soy burra que digamos. El Caballo de Troya, es meterse adentro de la fortaleza del enemigo, y hacerle más daño de lo que él piensa hacerte.

-¿Y dijo la palabra «fiscal»?

-Lo oí bien querido. Creo que si ustedes ganan la demanda por un lado, por otro van a perder igual cantidad de dinero.

-¡Eso es chantaje!

-No me hables en términos legales, que no entiendo nada. Yo sólo te cuento lo que saqué en limpio y para que te agarre un lindo y sudoroso insomnio.

-¿Y dijo que en el expediente...?

-Algo como una Espada de Damocles. Fiscal.

Exactamente como había previsto, secándose el sudor con una toalla, Miguel se dirigió al teléfono de la sala, dejando la huella de sus pies húmedos en la alfombra. Llamó. - ¿Caballero? Suerte que aun está en la oficina. Mire, si su auto aun está en el taller tome un taxi y vaya a casa del doctor Espínola. Él tiene el expediente del caso de Bienvenido Ibáñez. Dígame que postergue su devolución al Secretario. Y me lo trae a mí, esta misma noche. Esta misma noche, a cualquier hora. Dígame que posiblemente algunos documentos fiscales arimados al expediente contienen algún tipo de error, y que confíe en mí. Que hablaremos mañana.

Colgó, y Beatriz ya no parecía una fina dama inglesa, sino una maligna bruja de cuento de hadas que sonreía de oreja a oreja. Había conseguido su objetivo.

Veintitrés

María

Era la cuarta vez que vagaba por los alrededores de una «estación de servicio, sobre la Avenida Mariscal López, a la altura de la Municipalidad» donde Marcelino Otazú había perdido al Buick negro. Encontró dos instalaciones del género, pero ninguno tenía enfrente los semáforos que prohibían doblar a la izquierda como había dicho el chófer de taxi.

Eran ya las 9 de la noche y el tránsito se había atenuado un poco, de modo que las idas y vueltas en su pequeño Honda Civic de 10 años no era muy complicado. En la segunda incursión, había descubierto que frente a la primera de las gasolineras no existía calle que doblara a la izquierda. En la tercera, sí había calle pero podía doblarse a la izquierda, dobló y exploró como ocho manzanas. Primero se detuvo en una casilla a beber una gaseosa y preguntó al vendedor ambulante sobre algún vecino que tuviera un Buick negro. Nada. Después hizo sucesivamente la misma pregunta al almacenero de la esquina.

-Debe estar equivocada, señorita, esos coches ya no se usan, tragan nafta una barbaridad.

Más tarde se detuvo frente a un taller mecánico silencioso e inactivo en la noche, donde un sereno cenaba empanaditas con pan y gaseosas y su perro dormía en una casillita. El hombre era viejo y las manos se sacudían con el mal de Parkinson. «Un antiguo mecánico a quien por piedad le hacen trabajar de sereno» se dijo María. El hombre era toda una mina de información.

-No existe en diez cuadras a la redonda un auto así -le dijo- y no creo que en Asunción exista.

-Consumen mucha nafta -le alentó María.

-Sí, tiene razón, señorita.

-Pero un amigo lo vio sin lugar a dudas.

-¿Le preguntó a su amigo el modelo?

-No.

-Debe ser un modelo antiguo.

El perro había despertado, se desperezó mirando indiferencia a María, y aceptando el resto de la cena de su amo.

-Esos autos no se fabrican más, señorita. O a lo mejor, no se importan más desde que la nafta es muy cara. Así que el auto debe ser muy antiguo, modelo setenta por ahí. Ha de ser uno de esos autos que la gente conserva por cariño, y salen sólo de vez en cuando.

«Para matar travestis»

-Un auto de gente vieja, seguramente.

-Eso mismo. Yo conozco al doctor Jovellanos, aquel que fue Secretario del Presidente Chaves, que tiene un Packard de 1956 que todavía anda como una seda. Únicamente el dueño es más viejo que el auto -rió.

María anotó mentalmente, que se ratificaba lo dicho por Otazú. «Un auto de gente vieja» y por añadidura, un auto de modelo antiguo. Una mujer y un hombre en el vehículo. ¿Una pareja de ancianos en el viejo coche conservado por sentimentalismo? Imposible, las parejas de ancianos sentimentales no salen con un rifle a matar travestis. Se sintió desolada y evocó al Comisario Riveros como una fuente de consulta. Pero el Comisario había leído su artículo anterior y estaba disgustado porque ella le estaba ocultando información.

Ahora estaba indagando en su cuarta exploración de la zona. Volvió a una reflexión de Otazú que ella había pasado por alto. Que el Buick dobló a la izquierda en forma antirreglamentaria. Por lo tanto, dobló en una esquina con semáforo. Buscó la esquina con semáforo, cerca de una estación de servicio, y lo halló. La calle Denis Roa. Comprobó que efectivamente, viniendo del centro por Mariscal López, una señal prohibía el giro a la izquierda. Se adelantó una cuadra, volvió por el carril contrario y dobló por Denis Roa, hacia el norte. Una calle ancha, asfaltada, la suntuosa Iglesia de San Cristóbal, un cruce de semáforos, una zona residencial bastante oscura, y ya completamente desorientada, se encontró con los edificios del Colegio Goethe, huertas húmedas de plantas para jardinería, y sorprendentemente, la autopista.

«Zona residencial oscura» anotó mentalmente. Valía la pena explorarla de día.

Desanduvo la misma calle hasta alcanzar nuevamente el semáforo que controlaba el cruce con la calle Lilio. La luz roja lo detuvo. Esperó el paso. Luz verde. Avanzó y oyó un rugido a sus espaldas. Alguien con prisa, se dijo y dio paso. A su lado pasó enorme, trepidante como una bestia, un auto de modelo antiguo, negro y reluciente, enorme como una catedral rodante que se alejaba como una flecha oscura en la noche. Con desesperación, hundió el pie en el acelerador del fatigado Honda Civic. El pequeño coche tosió, se sacudió y se detuvo, con el motor ahogado.

Se reprochó furiosa. Pero se tranquilizó. Aquel coche (no sabía si era Buick) era negro, antiguo, casi una reliquia familiar conservada brillante y pulida. Pero en el volante no iba un viejo, sino un hombre joven.

A la mañana siguiente concurrió temprano a la Redacción. Le esperaba una sorpresa. El Asesino del Rifle había atacado de nuevo esa madrugada. La víctima, enviada al otro mundo por un preciso disparo entre los ojos, era Mafalda, o Mateo Ruiz.

Concluyó que ella había visto el siniestro coche de la muerte, sólo unas horas antes de que saliera a cazar travestis. Pero manejado por un hombre joven. Otazú había seguido a una pareja posiblemente madura.

-Que lío -se dijo, y llamó por teléfono al Comisario Riveros, tapando el tubo para que las atentas orejas de Centurión no captaran la conversación.

La familia

Fueron las cuatro al cementerio en el aniversario de la madre. Pasaron la mañana allí, limpiando, puliendo, rezando a veces, liberando los arruinados candelabros de sus capas de cera de velas. Cerca del mediodía se retiraban caminando por la fúnebre avenida, cuando observaron que Dina se detenía abruptamente, mirando a un hombre que había depositado flores frente a un tumba blanca y reluciente, y parecía meditar frente a la misma, con la cabeza inclinada.

-Es él -había dicho Dina.

-¿Quién es él?

-El doctor Aparicio Montes, el hombre que me ha dado mi nuevo empleo en la Fundación Goethe.

-Parece un viudo desconsolado -dijo María.

-Es un padre desconsolado -corrigió Dina- debe ser la tumba de su hijita, que murió atropellada. Me da pena.

-¿Por qué no está con su esposa?

-Es divorciado.

-Tu deber es ir a saludarlo -pontificó María.

-Claro, porque es mi patrón.

-Y también porque es divorciado -agregó Celia, con picardía en la mirada.

-¡Chica!

-Celia tiene razón -dijo María- nunca un varón es más vulnerable que cuando sufre.

-¿Dónde aprendiste eso, chiquilina?

-En mi manual de periodismo.

-¡Mentira! -exclamó Dina, y agregó-, además, no es precisamente el hombre de mis sueños.

-De todos modos, debes ser cortés -decía Elida, que por fin había hablado.

-Tienes razón -concedió Dina.

Se encaminó hacia el hombre que se había arrodillado para acomodar las flores.

-Buenos días, doctor. -Saludó pensando en la importunidad de decir «buenos días» en un cementerio y a un padre doliente.

-Hola -respondió el doctor, levantándose y sacudiendo la tierra de sus rodillas.

Dina observó la fotografía en colores de una niña extraordinariamente rubia y sonriente. La sonrisa infantil aprisionó su mirada y le hizo un nudo en la garganta.

-¿Verdad que era hermosa?

-Sí -apenas pudo responder con la mandíbula dura y temblorosa.

«Vamos, Dina, no te conocía tan flojona» se dijo.

-¿Algún deudo? -preguntaba cortésmente Aparicio.

-Es el aniversario de mi madre.

-No sé que decirle. Mis pésames queda mal.

-Queda bien, doctor. Me marcho, mis hermanas me esperan.

-¿Van a un lugar especial, señorita Dina?

-No, a casa, a comer tallarines.

«Tiene una mirada de súplica, como si estuviera solo y espera que lo inviten» observó Dina. «O es mi imaginación funcionando sensiblemente en el cementerio»

-¿No querría almorzar conmigo, señorita?

Dudó un momento, sólo un momento.

-Con mucho gusto.

Poco después, subió al coche de Aparicio Montes, viendo de reojo a sus tres hermanas que como pájaros curiosos la observaban desde la altura de la alta acera de la Recoleta.

Veinticinco

Elida

Elida había aceptado rápidamente su suerte, con esa capacidad de resignación que la acompañaba desde niña. Marcelo empezaba a ser un recuerdo que dolía, pero a ese dolor ella encontraba un bálsamo en la convicción de que era útil a sus hermanas, tan madre para ellas como podía serlo una hermana mayor.

Las chicas habían discutido la situación con ella. Dina había dicho que no es justo. Celia que todas eran grandecitas y podían cuidarse solas. María, que Cayo tenía razón cuando decía que sostener la casa y la unidad era una ficción, porque de una u otra manera, todas se habían ya asumido a sí mismas, y lo inevitable era que cada una buscara su propia realización.

-Estar atadas a la casa y a la familia es atarnos al pasado -había dicho María.

-Y a valores que funcionan como ancla.

-No queremos decir -le consolaba Dina- que renunciamos a ser familia, sino que es hora de que todos empecemos a volar solas.

-En cierta manera -había agregado Celia- ya lo hemos hecho. Estamos viviendo nuestras vidas, ganamos nuestro dinero, aunque eso por mi parte es una ficción. No sé de donde saca don Narciso la suma mensual que me corresponde como Gerente del Establecimiento.

-Da igual -era Dina- ya hemos soltado amarras, Elida. Poco a poco tu vocación maternal va quedando sin objetos. Deberías salir, ir a la peluquería, maquillarte un poco, conocer gente.

-No -había replicado ella con enojo-. No deben pensar así. Papá se ha ido. Debemos mantenernos unidas.

-No es racional, es una obsesión, Elida -dijo María.

-Es lo que mamá les hubiera dicho -replicó Elida-, ustedes son jóvenes, inexpertas, inocentes y creen que el mundo se conquista así nomás. Chicas, son mujeres, son jóvenes, son hermosas. Buscan el éxito. No se lo alcanzarán. Rezo por ustedes cuando pienso en...

-¿En qué? -inquirió María.

-En el sexo -respondió Elida con una vocecita.

-¿Qué quieres decir?

-¿No pagan con sexo las mujeres todos sus éxitos?

-¡No es una regla! -protestó Celia.

-Entiendo lo que Elida quiere decir -dijo Dina-, somos tres vírgenes lanzándose a un mundo de lobos. Es lo que pensaría mamá, pero mamá ya no está. Y si estuviera, no diría

eso. Ella confiaría en nosotras, y hasta comprendería que jóvenes y sanas como somos, si tenemos oportunidad y ganas, podemos disfrutar del sexo.

-¡Jesús! -exclamó Elida.

-Hermana querida -seguía argumentando Dina- dije disfrutar del sexo, no manipular el sexo. Eso nos haría cortesanas, y ninguna pensamos serlo. ¿Verdad, chicas?

-¡Jamás! -dijeron a coro, María y Celia.

Elida rememoraba aquella charla para su gusto de tono bastante subido, cuando a hora inesperada apareció Cayo, con un gran paquete envuelto en papel madera en la mano.

-No encuentro a Celia por ninguna parte, Elida.

-¿Pasa algo?

-Que anoche entraron ladrones en casa. Se llevaron casi todas las joyas de mamá. Una verdadera fortuna.

-¿Y qué tiene que ver Celia con eso?

-No lo comprenderías.

-Yo nunca comprendo nada.

-Perdón si te ofendí. Pero desearía que entregaras este paquete a Celia. Y no lo abras, por favor.

-Nunca lo hago.

-Hoy amanecí muy torpe. Bueno, me voy. Mi casa está lleno de Policías y mamá debe estar desolada.

Se fue sin dar mayores explicaciones dejando el desprolijo paquete en manos de Elida.

Cuando acababa de marcharse sonó el teléfono. Era Celia, que avisaba que se quedaría en la oficina y no vendría a almorzar.

-Oye, Celia, acaba de pasar por aquí Cayo como un huracán despeinado. No sé. Dijo que entraron ladrones en su casa y se llevaron una fortuna en joyas. Te buscaba. No sé. Dejó un paquete para vos. No sé, me dijo que no lo abriera como si yo fuera una curiosa. ¿Qué dices? ¿Que lo abra? ¿Estás segura? Bueno.

Depositó el tubo sobre la mesita y abrió el paquete. Volvió al teléfono.

-Son papeles -dijo- sí, papeles en una carpeta. Si no me equivoco es un expediente. A ver. Sí, tiene una tapa. Dice Juicio por Cobro de Guaraníes y Ejecución Hipotecaria a Bienvenido Ibáñez.

Veinticinco

Dina

La cooperación que le prestó Braulio fue inapreciable. Le diseñó formularios, cuestionarios y tablas, y hasta consiguió o fabricó, Dina no sabía a qué atenerse, un programa de computación que según las operadoras de la Fundación facilitaban enormemente el trabajo de análisis y recopilación del resbaladizo tema de la investigación. Aún más, Braulio la acompañó en sus incursiones por los barrios pobres y por caseríos de cartón y plástico marginales. De su mano fue conociendo los perfiles más crudos de la pobreza. Vivió, palpó y quiso llorar de pena al ver a niños caminando descalzo o jugando sobre los arroyos de las aguas servidas.

-¿Dónde está tu papá?

-Yo no tengo papá.

Sólo habían mamás resignadas a su suerte, manipulando sin remedio el abandono de sus hijos y organizándolos para mendigar o robar. Chozas primarias que no protegían del frío, de la lluvia ni de los mosquitos, y una fatalista conformidad materna por la muerte por diarreas o infecciones bronquiales.

-Me arreglo como puedo nomás -decía una mujer sin «hombre que cuide por mí» pero rotundamente embarazada.

Aspiró aquel clima que no era ya de desesperación, sino de acomodo a la desesperación. Una ciudad primaria de sobrevivientes, con chicas que salían al anochecer, pintadas y arregladas para ejercer la prostitución, que se cruzaban con hombres rudos y generalmente borrachos que venían a recoger la cosecha de monedas de los chicos en los semáforos, y a eyacular en la vagina ruinosa de las mujeres enflaquecidas y agotadas que concebirían así una nueva vida condenada al abandono.

Recorrió con Braulio las sendas tortuosas de esas ciudades del sufrimiento, entró en las chozas alumbradas por velas, interrogó a la miseria y recogió los datos del espanto.

-Te pedirán una conclusión final de todo esto -le decía Braulio- no es nada difícil, querida mía. Escribe sobre la descompensación social, sobre el dinero acumulado en los bolsillos de unos pocos y la miseria aplastando la espalda de los muchos. Y debes poner que existe una cultura perdida, la virtud de la maternidad naufragada en la necesidad, y los vientres sagrados profanados por el comercio de niños para la adopción de innumerables

propósitos, la paternidad borracha porque los hombres ya no buscan responsabilidades sino se fugan de la realidad. Tienes ahí la tasa de desempleo. Úsala. Ya sabes las causas. Los ricos tienen miedo de invertir donde la pobreza ha dejado de ser un paisaje conocido para convertirse en amenaza. En realidad, querida Dina, no necesitas escribirlo. Ya lo hice yo.

Y sacaba del bolsillo una mugrienta libreta de cincuenta páginas con un manuscrito de prolija letra pequeña y perfecta.

-Braulio. No sería honesto de mi parte...

-Sólo te doy en préstamo mis ideas, o mejor, conozco tus ideas pero sé expresarlas mejor. En cuanto a la honestidad, piensa que el fin justifica los medios, muchacha, al menos si es cierto que los teutones ricos van a mandar ayuda para esta gente.

-Braulio, no sé como pagarte.

-Ven a vivir conmigo en la pensión.

-Braulio, sólo tienes hacia mí una obsesión sexual.

-Mentira. Te amo.

-¡Braulio!

-Está bien, no te amo, pero debes ser maravillosa en la cama. ¿Sí?

-No.

-Entonces me pagas una cena en el San Roque.

No recordaba ya cuantas veces negó favores sexuales a Braulio y terminó pagando copiosas cenas. Pero con Braulio había recogido un rico material. Y Braulio le ayudó también a ordenar, clasificar y extraer estadísticas y conclusiones sobre la pobreza en el campo, adonde habían viajado dos chicas jóvenes y precisas acopiadoras de datos, idealistas y entusiasmadas por el trabajo que estaban realizando, y que ella, Dina, había seleccionado en los cursos superiores de la Facultad de Derecho, con la aprobación de Aparicio. Hasta que estaba llegando a la etapa de elaboración final del informe, con la ayuda de las veloces dactilógrafas y operadoras de computación que había puesto a su disposición la Fundación Goethe.

El problema ético solía producir irritantes mordeduras en su conciencia. El trabajo era en un 70% de Braulio. Pero Braulio mismo había dicho que ningún ser humano es autónomo por sí mismo, y que recoger ayuda y experiencia en un libro o varios libros o en una sola persona, eran exactamente, la misma cosa. Y que además, ningún trabajo valía por el «quién lo hizo» sino «para qué sirve» y si servía para sacar del pozo al prójimo, todo estaba justificado.

-Además, querida mía, no te has acostado un sola vez conmigo, y por ahí empieza la purificación de tu conciencia -decía masticando un enorme muslo de pollo.

Lo que entonces no preveía Dina, eran los abruptos cambios en su destino que se originarían en el trabajo que estaba haciendo.

Tampoco preveía, pero si le consternaba, la evidente atracción que ejercía sobre el doctor Aparicio Montes, que no ocultaba su interés en ella. Se lo había comentado a María, y su hermana era partidaria de alentar las ilusiones del hombre, siempre que apuntaran al matrimonio, porque se sabía que era bastante rico.

-Es que no está en mis proyectos casarme, ser una ama de casa -respondía Dina-, tengo mis ambiciones. Además, si yo fuera una aspirante a esposa, Aparicio está usando la táctica equivocada. Es casi repelente en la continua mención de su desgracia. Su soledad, su sufrimiento. Se compadece mucho a sí mismo y parece que no busca amor, sino la compasión de otro. Ni de lejos quiero ser una esposa que le ponga el hombro al marido para que se pase la vida llorando.

-¿No será que mi hermanita es una mujer frígida?

-En absoluto. Sólo que al final de cuentas, las mujeres también tenemos que administrar nuestras pasiones, hijita. No soy absolutamente frígida.

Y al decirlo, evocaba los agresivos avances de Braulio, y una que otra tentación de decirle que sí.

Veintiséis

Judith

-¿Cuándo regresa Brunilda de Europa?

-En unas semanas más, mamá.

-A este paso, creo que no voy a ver mis nietos.

-Es cuestión de tiempo nada más, mamá.

-Tiempo es lo que se va acabando, hijo.

-¿Qué estás diciendo, mamá?

-Le prohibí al médico que te lo dijera. Prefiero decírtelo yo. Tengo que internarme, hijo.

-¿Pero por qué? ¿Qué pasa?

-Son los riñones, hijo. Empiezan a fallar, y cuando falla el riñón, envenena la sangre, y el corazón... bueno, al menos eso entendí

-Mamá, en esta época hay trasplantes que se hacen como si se sacara una uña encarnada.

-Eso mismo dijo el médico.

-¿Y qué esperamos? ¿Qué prefieres? Houston, San Pablo, Buenos Aires.

-No, he vivido con lo que Dios me puso adentro. Voy a morir con eso, sí voy a morir. No es que sea Testigo de Jehová, hijo. Le tengo terror a la cirugía. Además, ya he vivido lo suficiente.

-Pero mamá.

-Voy a aceptar la internación, si eso calma tu conciencia, pero de una vez por todas, pastillitas e inyecciones sí, pero nada de carnicería. ¿Me prometes?

-No, mamá.

-Entonces no me interno nada.

-Está bien, mamá.

-Hazme la promesa.

-Te prometo, mamá. Pero déjame decirte que tengo la sensación de que quieres morir.

-Puede ser. A lo mejor pensaba otra cosa si tuviera nietos.

La ayudó a acostarse. No le estaba ayudando a vivir a su madre y le pesaba la conciencia. Ya podía haber una mujer fecundada con la panza superlativa caminando por la casa, si no anduviera perdiendo tiempo esperando una decisión de Elida y pagando hipotecas. Y para empeorar las cosas, el ultimátum de la familia Ibáñez para que se diera a conocer, que le transmitiera el doctor Cayo Rodríguez, estaba por cumplirse.

Veintisiete

La familia

-El hecho es -decía Celia a sus hermanas una noche de domingo- que está en nuestro poder el expediente judicial contra papá. Lo ha traído Cayo después de una incursión de

ladrones a su casa. Yo no sé aún la razón de que el expediente estuviera en casa de Cayo, pero la conclusión que he sacado es que la mamá de Cayo, una señora obsesionada en hacerle la vida imposible al marido, y creo que con alguna razón, inventó lo de los ladrones, escondió sus joyas en alguna parte, y entregó el expediente a Cayo.

El grueso expediente objeto de la asamblea familiar reposaba sobre el oscuro piano que presidía la sala, y que no sonaba desde que mamá -Niní la había cerrado hacía mucho tiempo, después de ensayar vanamente un Nocturno de Chopin.

-¿Quiere decir que el Establecimiento se salva si no aparece el expediente? -preguntó Elida.

-No del todo, según entiendo con mi tercer curso de Derecho. Pienso que la Financiera puede reconstruir todas las operaciones que hizo papá, con las escrituras de las hipotecas, los registros de prendas y esas cosas. Pero no sé a qué atenerme con respecto a los pagarés. Están en el expediente, firmados de puño y letra por papá. Sólo tendrán fotocopias que imagino no tienen valor legal. En todo caso, chicas, si guardamos el expediente, vamos a tener un largo plazo de respiro, creo yo.

-¿Por qué no consultamos a un abogado? -preguntó María.

-Cayo es abogado -dijo Dina.

-No puedo complicarlo más. Técnicamente, él y su mamá son ladrones -explicó Celia.

-Entonces, algún otro abogado -sugirió Elida.

-Es que no se trata de eso -dijo Dina- me parece que le leo el pensamiento a Celia, y que me corrija si me equivoco. El problema es ético.

-¿Que es qué? -saltó Elida.

-Ético -respondió Celia- papá ha contraído deudas legalmente documentadas. Ha dilapidado todo. La posición de la Financiera es legal, aunque no sé si es justa. Reclama sus derechos.

-Y aquí entra en juego la moral de la familia Ibáñez -dijo María- ¿Se queda con el expediente? Somos una familia de tramposos que a lo mejor logra conservar el patrimonio familiar con un buen abogado. Y no nos educaron para eso. ¿Devolvemos el expediente?. Ni el Papa nos salva del remate del Establecimiento.

-¡Hay una diferencia! -exclamó Elida, sorprendente exaltada.

-Decinos cual -preguntó Dina.

-Que si la Financiera pierde lo que prestó a papá no va a la ruina, y si nosotras devolvemos el expediente, quedamos en la calle.

-No tanto. Nos queda la casa -dijo María.

-Que pagó Mandrake el Mago y moralmente le pertenece. Ya nos hemos puesto de acuerdo al respecto -respondió con acritud Elida.

-Hay un punto -dijo Dina- que debemos tomar en consideración. Hablamos de conservar el Establecimiento, aún a costa de la trampa. ¿Qué es para lo que queda de la familia Ibáñez el Establecimiento? ¿Estamos inclinadas a ser cuatro hermanas ganaderas y oligarcas o hemos decidido abrimos paso con nuestro propio impulso? No sé bien cómo expresarme. Papá ya ha perdido el establecimiento, moral y legalmente. ¿Por qué no nos resignarnos y seguimos adelante?

-Antes de decidir -habló en tono reflexivo Celia- quiero pensar en voz alta sobre este asunto. Hablamos de abrimos paso en este mundo por nuestros propios medios, por nuestro propio impulso, como dijo Dina. Perfecto, decoroso, decente. ¿Pero abrimos paso en qué mundo?. En un mundo absolutamente corrupto, y en un país que en ese orden parece ir a la cabeza. Fortunas, rangos, excelencias, figuraciones, fama, todo empieza con el que robó, engañó, pasó sobre el cadáver del competidor, saqueó lo que no es suyo. Y que incluso, torció la ley y corrompió la justicia para quedarse con la mayor tajada.

-Lo estoy viendo yo, cada día, en el trabajo que estoy haciendo -agregó Dina-, lo podrido y lo inmoral es la norma. La honestidad es la excepción. Los magnates se unen y los pobres se dispersan por un territorio cada vez más grande de miseria, pobreza, enfermedad y derrotismo. Braulio me lo hizo ver, me ha explicado las razones de tantos sufrimientos, y siempre encontramos como la principal la codicia, el lujo exagerado, el pirata disfrazado de político, el idealista arrinconado.

-Al parecer tu Braulio te ha venido cantando al oído el tango Cambalache -comentó María, con aire divertido.

-Más que eso, hermanita, todos estamos bailando el tango Cambalache. Pero quiero seguir la ocurrencia de Celia. Ella se pregunta si es posible ser un cuarteto de mariposas blancas en una selva de vampiros. Y yo me pregunto también. Y en especial, debo preguntarme adónde conduce volar contra viento y nadar contra la corriente. Y de pronto voy más allá y me interrogo si es justa la Ley que nos va a dejar sin el Establecimiento, si es recto el Juez que va a ordenar el remate, si es honesto todo el sistema que hace que la Financiera arrebate a una familia un patrimonio de cien años. Y si contienen la verdad todos esos papelotes del expediente que en cada letra nos condena a la pobreza. ¡Tenemos el derecho de dudar de todo!

-Y a rebelarnos -dijo Elida.

-Y a volvernos sinvergüenzas para vivir en un mundo de sinvergüenzas -dijo María-. ¿Es esa la conclusión?

-No creo que sea esa la conclusión, chicas. Porque está de por medio lo que mamá, sin saberlo la pobrecita, nos enseñó durante toda su vida. La autoestima. No sé si hubiéramos estado deliberando y dudando si hubiéramos sido cuatro varones. Pero somos cuatro mujeres jóvenes, en el principio de su carrera y de su vida útil. Los varones tapan una mancha con otra mancha más grande, y no pasa nada. Les palmean las espaldas, les felicitan. Mirá que sos vivo. Así se hace, hermano. Esta es la época de los astutos. Adelante, compinche, mirá que el poder vale la pena, socio. El corrupto flota y sobrevive. La corrupta se hunde sin remedio. Somos mujeres. Y una mancha en la mujer llama a la ferocidad de la condena.

-Parece que vamos a ser honestas por el temor al qué dirán. ¿Será honesta esa honestidad, entonces? -preguntó Dina.

-Estamos entrando en honduras filosóficas inútiles, Dina -contestó María- yo no me atrevo mucho a ser corrupta. Dios sabrá si le temo a mi conciencia o le temo a la Sociedad. En todo caso, no quiero vivir escondiéndome ni de mi misma ni de los demás.

-Yo tampoco -subrayó Dina-. Devolvamos el expediente entonces. Y adiós el Establecimiento. Es un lindo intento buscar nuestra realización por nosotras mismas.

-¿Sin raíces? -inquirió Elida.

-Nuestras raíces están en la familia -dijo Dina- en papá, mamá, nuestros abuelos. No están en el Establecimiento. Además, nos consideramos chicas liberadas, ambiciosas, capaces de abrirnos paso. Hagámoslo limpiamente. Es un falso punto de partida conservar lo que ya no es nuestro.

-Yo, al menos, no quiero ser rica. Quiero ser famosa -dijo María.

-¡Que moralista de telenovela! -reprochó Elida.

-Creo que debemos devolver el expediente -dijo Celia.

-¿Cómo lo hacemos? -preguntó Dina-. No podemos hacerlo sin desatar el escándalo en casa de Cayo.

-Se lo devolvemos a Cayo, su mamá encontrará la forma de su reaparición -dijo Celia.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Dina fue a ver y volvió con Cayo.

-Cayo, caes en el momento justo. Es sobre el expediente -saludó Celia.

-Yo no venía por eso.

-Cualquiera sea la razón de tu venida lo más importante es que te devolvemos el expediente -dijo Celia, depositando el grueso paquete en las manos de Cayo.

-Me inclino reverente ante la honestidad de las hermanas Ibáñez. Y es más, creo que nos han dado una lección, a mi mamá y a mí. No sé qué haremos con estos papeles, pero la razón de mi venida es otra.

-¿Cuál? -preguntó Dina.

-Han encontrado el cuerpo de Bienvenido Ibáñez -informó Cayo.

Veintiocho

María

La caravana fúnebre que llevaba al Cementerio de Lambaré los restos de Mateo Ruiz, o Mafalda, evocó en el recuerdo de María una escena parecida que viera en una película de Fellini. La vieja madre de riguroso luto que lloraba con aullidos, y cada vez que amagaba un desmayo, el viejecito esmirriado de cara endurecida que le ponía diestramente bajo el trasero una silla que previsoramente portaba en el lento avance hacia el camposanto.

-¿Es necesaria esta actitud de desafío? -se preguntaba al ver otros

travestis, compañeros o compañeras, según se mire, de la cofradía del muerto. Maquillados, con atuendos femeninos acentuados, desafiantes y conscientes de la presencia de fotógrafos de prensa, caminaban detrás del ataúd como queriendo llevar hasta los bordes de la tumba la razón de sus existencias ambiguas y de la profesión que el Comisario Riveros condenaba con tanta ferocidad.

Había ido al entierro, con una creencia no muy firme en ella, pero que solía leer en las novelas policiales en el sentido de que el asesino siempre se complace en el acto final de su crueldad, y estaría merodeando el sitio, pero observó la concurrencia, más de curiosos divertidos que de dolientes, y por cierto, no vio bajo la sombra oscura de algún árbol, un Buick negro y antiguo.

Decidió que no valía la pena ver más, y subiendo a su Honda Civic volvió a la ciudad, recapitulando los últimos acontecimientos de la familia. El doloroso momento de ir las cuatro a identificar, más por los restos de ropa, el reloj Rolex y los documentos plastificados de la billetera que por algún rasgo humano en aquellos girones, lo que quedaba de Bienvenido Ibáñez, el rápido sepelio y el funeral que mandaron officiar ese mismo día, y la emoción de depositar aquel ataúd demasiado grande para lo poco que contenía, junto al de mamá -Niní. Todo de prisa, sin solemnidad y hasta sin llantos, como si todas se pusieran de acuerdo en superar la emergencia con la mayor discreción posible.

Sin embargo, recordó aquella anécdota que lo intrigaba, y que sucediera cuando acababan de cerrar el panteón y salían a la alta acera del Cementerio de la Recoleta. Para

las tres hermanas, fue sorprendente la emoción de Elida, que hasta entonces se había conservada serena y casi dura y de pronto casi sufre un desmayo, apoyándose en Dina para no caer y exhibiendo una palidez extrema. Todas atribuyeron la debilidad repentina de Elida a la cadena de sobresaltos que venían sufriendo y que culminaba en el poco ceremonioso entierro, pero ella, María, había observado que lo que produjo aquella reacción de Elida estaba ocurriendo en la otra acera de la avenida, donde Cayo conversaba con un hombre aún joven, alto, que hubiera sido esbelto si no tuviera una panza incipiente. Se había olvidado de preguntar a Elida, si conocía a aquel amigo de Cayo, y por qué lo conmovió tanto.

Más tarde, Cayo se confesó con la familia en pleno. Su madre había fingido el robo para apropiarse del expediente, y a su madre había devuelto aquel fajo de papeles, pero al parecer, la combativa dama había opinado que las hermanas Ibáñez no sabían lo que les convenía, y se estaba negando a hacer reaparecer el expediente, cuya pérdida habría producido un amago de ataque cardíaco al doctor Miguel Rodríguez sin que la buena señora se conmoviera. Ante estas noticias, las hermanas Ibáñez habían decidido que la cuestión ya salía de su control, y literalmente, que se viera el doctor Miguel Rodríguez con su esposa. Decidieron también que no llevarían su sentido del deber moral a correr a avisar al doctor Rodríguez que el expediente estaba oculto en su propia casa, o vaya a saber donde lo tenía la vengativa doña Beatriz.

Finalmente, Cayo les había explicado el cambio en la cuestión legal.

-De hecho -había dicho Cayo- la Financiera nunca anduvo detrás de los restos de Bienvenido Ibáñez, sino de su dinero. Ahora que está certificada la defunción de vuestro padre, creo que van a pedir la apertura de la sucesión, o están a la pesca que la abrieran ustedes para reclamar lo suyo, sin mucha perspectiva si mamá se emperrea en ocultar los papelotes.

También les recomendó que ellas abrieran la sucesión, de la cual se encargó y estaba tramitando que provisoriamente, Celia siguiera administrando los bienes, con el consentimiento de sus hermanas.

Entretanto, Celia seguía en la gerencia del Establecimiento, y al parecer, con el doble apoyo de don Narciso, el Administrador General, y también de Cayo, estaban sacando a flote la Empresa, hasta el punto de que algunos depósitos modestos de dinero pusieron bálsamo a la cautela de los bancos donde habían saldos en rojo.

Finalmente, Cayo informó que le había hecho a Celia el honor de pedir su mano, que ella contestó con un rotundo no, y Cayo solicitaba el apoyo de María, Dina y Elida para convencer a Celia de la suerte que tenía al pescar un candidato tan atractivo como él, y que se lo preguntaran a su mamá.

Recordó con gratitud las muestras de solidaridad de la gente del diario, y hasta Centurión escribió una nota necrológica que la sorprendió sobre el ilustre caballero don Bienvenido Ibáñez, último descendiente de una familia de hondo linaje que dejaba cuatro huérfanas en valiente actitud ante la orfandad inesperada, pero al mismo tiempo un ejemplo

de vida y trabajo que constituía la más rica herencia moral para su acongojada familia, y otras frases hechas que marginaron piadosamente el suicidio y los antecedentes morales nada recomendables del occiso. Además, entre frases de consuelo, Carlos Rueda, el bonachón Jefe de Redacción, le había dicho que ya estaba en el periodismo, que su estilo «vendía» y que allí, a falta de un padre, tenía dos, a lo que el Director asentía mientras masticaba su cigarro apagado.

Sólo cuando el Honda pasaba frente a la Embajada norteamericana, María tomó conciencia de que se estaba dirigiendo a la zona donde había visto el automóvil antiguo y negro, y en pleno día. Y cuando alcanzó el semáforo sobre Lilio y Denis Roa, donde había entrevisto el coche aquel, estacionó su pequeño vehículo y entró en un copetín, se sentó en un alto taburete, pidió una empanada que no comió, y una gaseosa que sí bebió. Atendió el limpio local, un señor mayor, pulcramente afeitado, con un fino bigote negro como alquitranado y con el cabello posiblemente ya completamente cano teñido toscamente, hasta el punto de que no sólo los cabellos sino también el cuero cabelludo tenían un acentuado brillo cobrizo. Desde su entrada al local, María había observado que el caballero aquel estaba haciendo un gran esfuerzo para inflar el tórax y chupar la barriga. «Todo un viejo gallo que no se da por vencido» se dijo María.

Fue fácil entrar en conversación con él, porque el hombre estaba ansioso de comunicarle que atendía el copetín sólo porque la hermana estaba enferma y que él tenía altas responsabilidades mucho más importantes.

-Usted no es del barrio, señorita.

-No. Pasa que estoy investigando. Ocurre que enseñé en el Colegio Goethe -mintió- y hace unos días, frente a este mismo semáforo, rozó mi cochecito un coche negro, grandote. Me rompió los faros traseros que me costaron carísimo, con la miseria que gano. Hoy no hay clases y se me ocurrió que el mal conductor debe vivir en el barrio. Si le encuentro, le voy a reclamar el gasto.

-¿Un coche negro, dice?

-Creo que era un Buick antiguo. Muy parecido al que tenía mi abuelo.

-¡Ah! El Buick.

Al oír «el Buick» su corazón casi deja de latir. No «un Buick» impersonal, sino «el Buick» un auto concreto, conocido, instalado en el paisaje.

-¿Conoce a su dueño?

-Vive aquí, a tres cuadras, hacia la autopista. Es el Coronel Corvalán.

«Un Coronel, un profesional de la buena puntería»

-¿El Coronel Corvalán es joven?

-¡Por favor! debe andar cerca de los ochenta. Hace rato que se retiró. Es muy respetado, porque fue de subteniente a la guerra del Chaco y parece que ganó algunas medallas.

-Pero el que me rozó era un hombre joven. Lo vi bien.

-Debe ser Ricardo. Ricardo es su nieto.

¿Y el Coronel Corvalán todavía tiene esposa?

-¿Que tiene que ver con el roce?

-Es que soy muy emotiva. No quisiera poner en aprietos a dos ancianitos. Y menos a un guerrero glorioso.

-Sí, su esposa vive. Doña Teresa. Fue por mucho tiempo profesora de Castellano y Literatura en los Colegios, hasta que se jubiló o no pudo más, no sé. Me cuentan que sigue enseñando en su casa a alumnos atrasados. Y algunos dicen que no cobra. Usted sabe, el placer de enseñar que se hace vicio en las viejas maestras y todo eso.

-¿Me puede indicar la casa?

-Sí, claro, señorita. Si quiere cierro un ratito y le acompaño.

-Oh, no, es mucho pedir. Sólo dígame cómo llego allá.

-Bien, conduzca exactamente tres cuadras hacia la autopista, a la tercera doble a la derecha como cincuenta metros. Está en esa calle. No puede dejar de verla, es una casa antigua, con galería al frente y rejas de hierro en las ventanas.

Abordó su viejo Honda Civic y minutos después, encontró la casa. Casa vieja, de gente vieja que anda en un coche viejo. El jardín delantero bien cuidado, con crotos y rosales, una pérgola sosteniendo un inmenso jazminero, y el sendero que llevaba al portón bordeado de margaritas en flor. En la galería del frente, gordos pilares sosteniendo imponentes vigas cuadradas de alguna madera extinta de los bosques, y grandes macetas sosteniendo plantas de ornamento, primorosamente cuidados «Una postal antigua» susurró recorriendo con la vista la larga muralla frontal que terminaba en una entrada para autos, cerrado con un recio portón de planchas de chapas y pintadas de verde.

Con sobresalto, notó que un hombre que conducía un Mercedes algo estropeado, la había sorprendido fisgoneando. El coche se detuvo y de él descendió un joven de 25 años, cabello rizado oscuro y espesas cejas negras.

-¿Se le ofrece algo, señorita?

-¿Es su casa?

-Digamos que sí.

La seguía mirando con aire interrogante.

-Soy estudiante de arquitectura -mintió por segunda vez preguntándose si la velocidad para mentir formaba parte de su mentalidad periodística-, me han encargado un trabajo sobre la arquitectura paraguaya de los primeros años de este siglo. Perdón si le he parecido indiscreta o curiosa.

-Por favor, no esperarías eso de una chica de carita tan angelical -replicó el joven que le pasaba la mano, presentándose- soy Ricardo.

-Me llamo María.

-Hola, María.

-Hola, Ricardo.

-Creo que desde adentro observarás mejor la arquitectura. Oye, no veo que traigas tablas de dibujar ni lápices de colores.

-Sólo estaba explorando.

-Bien, adelante.

Le abrió el portón de entrada, y María, con el corazón en la boca, se preguntó que iría a encontrar allí.

Veintinueve

Beatriz

-Mamá, creo que estás llevando las cosas a extremos peligrosos. Además tu gran acto de beneficencia ha caído en falso. Las hermanas Ibáñez se han negado a ser deshonestas, como bien lo sabes.

-Ya te lo he dicho, son unas infelices idealistas que no saben lo que les conviene.

-Creo que debes devolver el expediente a papá, y que siga el curso normal de las cosas.

-Piratear los bienes de una familia no es curso normal de nada.

-Es perfectamente legal.

-Es endemoniadamente injusto. Además, te vas casar con la Celia y no está de más una buena dote.

-Celia me dijo que no.

-¿No te ama?

-No sé, pero se deja besar.

-¿Se deja besar o te besa?

-Las dos cosas.

-¿Y entonces?

-Es una chica muy independiente, mamá. Creo que quiere demostrarse algo a sí misma. Realizarse.

-Que yo sepa, una mujer que se casa no se mete en un calabozo. ¿No le dijiste eso?

-No de esa manera, mamá.

-Decile que esta vieja arpía conoce muchas madres de familia que son juezas, diputadas, senadoras y qué sé yo.

-Además hay otras cosas, como que las hermanas Ibáñez parecen no querer romper la unidad de la familia.

-Pero se dejan arrebatar el Establecimiento.

-Dicen que el Establecimiento no es la familia.

-Que tipas raras, hijo.

-¿Vas a devolverle a papá el expediente, mamá?

-No.

-Comprometes mi profesión de abogado, mamá.

-Limítate a ejercer tu profesión de hijo. Y si quieres hacer de abogado, en buena hora. Trabaja la sucesión de Bienvenido Ibáñez y si te hace falta dinero para sobornar a un Juez que adjudique todo a la carrera a las hermanas Ibáñez, vende mis joyas.

-Teóricamente están robadas.

-Prácticamente las tengo escondidas. Además, le dí a la Policía una lista distinta a la que guardé. Se volverán locos buscando collares, pendientes, anillos, medallones y guardapelos de oro que no existen.

-Mamá, no juegues con eso. El comisario que vino a investigar ya desconfía. Dice que nunca conoció un ladrón que rompa un vidrio para entrar.

-Lo hacen todos los ladrones.

-Sí, pero lo hacen desde afuera hacia adentro. Este ladrón rompió el vidrio desde adentro.

-¡Lo hizo para salir!

-¿Y por donde entró?

-Que lo averigüe la Policía.

-El comisario sospecha algo raro. Se lo comunicó a papá y papá sospecha de mí. Y me hace mal, mamá. Las chicas Ibáñez me dieron una lección de firmeza de carácter. Sospecho que no estoy a la altura de ellas.

Treinta

Elida

La vehemente sospecha que había despertado en ella cuando sorprendió la furtiva presencia de Marcelo en el sepelio de su padre, y la conversación con Cayo, fueron los factores que despertaron una desconocida audacia en Elida, que se vistió con severidad, con nada llamativo ni seductor encima, y se dirigió a casa de Marcelo, con la barbilla alta y el gesto decidido de poner las cosas en su lugar.

Una anciana criada de ojos celestes desvaídos, con la boca hundida por falta de los dientes, le anunció con un leve acento alemán que los años no habían borrado, que el «señor no estaba porque había ido al sanatorio a acompañar a la señora». Y después de pensarlo mucho, creyó recordar que era en el Sanatorio Alemán.

Celia vaciló ante la inconveniencia de ir al Sanatorio Alemán, en momentos que podrían ser difíciles para Marcelo, pero venció escrúpulos y tomó un taxi hacia la apartada zona de Puerto Sajonia donde funcionaba la casa de salud.

En el resplandeciente vestíbulo, todo mármol y cromo, absoluta limpieza y empleadas de guardapolvos blancos que se deslizaban silenciosas calzadas con zapatillas de goma, preguntó en la recepción sobre la habitación de la señora de Figueredo.

-Habitación 601. Piso sexto, galería sur -le respondió una recepcionista con voz neutra, sin mirarla siquiera.

Al descender del ascensor, descubrió que el ala sur era en sí misma todo un Hospital completo, y tenía una ventilada sala de descanso con cómodos sillones, gruesa alfombra, la consabida enfermera pidiendo silencio con el índice sobre los labios y el perentorio y poco amable «No fume». Y que allí estaba Marcelo, embebido en la lectura de una edición algo antigua de Mecánica Popular.

-Buenos días, Marcelo.

Marcelo se incorporó de un salto. Susto, sorpresa y finalmente una expresión de alegría brillaron en su cara enrojecida.

-¿Es grave lo de tu madre?

-Un poco grave.

-¿El corazón?

-Los riñones. ¿Te sientas?

Elida se sentó, con las rodillas muy juntas y sosteniendo la cartera, como si temiera que la robaran.

-¿Qué dicen los médicos?

-Nada todavía. Hicieron un montón de análisis, radiografías, tomografías.

-Este parece un buen Sanatorio.

-Costó 40 millones.

-¿De guaraníes?

-De dólares.

«Dios, si me casaba con él seríamos un matrimonio de tímidos» se dijo Elida al comprobar que los dos se iban por las ramas y no abordaban la cuestión más importante. Finalmente, aspirando hondo, se decidió a romper el hielo.

-¿Pagaste la hipoteca?

Marcelo sólo hizo un gesto de asentimiento.

-Entonces la casa es tuya. Estamos dispuestas a transferírtela.

-Vale mucho más de lo que pagué.

-Si es así, podemos ajustar una diferencia, si te parece.

-Me parece correcto, Elida.

-¿Por qué lo hiciste, Marcelo?

-No sé, para ayudar. Conozco los otros problemas del Establecimiento.

-Realmente son problemas graves.

-Eso me parece. Quise ayudar.

-Ya lo dijiste, Marcelo.

-Es que debo decirte más. Mi interés en ti sigue en pie. Creí haber encontrado la mujer de mi vida. Y creo no haberla perdido del todo.

-Ya sabes que mis hermanas necesitan de mí.

-Y sé también por Cayo que esas chicas son muy capaces de cuidarse solas. Lo tuyo es una obsesión.

-¡Marcelo!

-Lo dijo Cayo. Y dijo además que tienes miedo de vivir, de lanzarte al agua profunda, y te escondes detrás de tus hermanas.

-¿Eso dijo Cayo?

Elida notaba una determinación creciente en Marcelo, como si avanzara recogiendo coraje para seguir adelante.

-Eso dijo. Y le creo. Es una buena persona, que admira a tu familia.

-Además es un entremetido y fantasioso -respondió enojada Elida.

-¿Dónde está su fantasía, Elida?

-Eso de que soy un conejito asustado...

-Eso no dijo.

-¡Pretendió hacerte creer!

-¡Lo malo es que le creí! No hubieras desaparecido de esa manera, con una cartita insulsa.

-¡Ahora me insultas!

-No, como dijo Cayo, debo sacudirte para que despiertes a la realidad. Óyeme, Elida. Demos por sentado que tienes vocación de madre. ¿Por qué no los ejercitas con tus propios hijos? Que yo sepa, tus hermanitas son un trío de grandullonas.

-¿Con mis propios hijos?

-Me corrijo, con nuestros propios hijos.

-¿No crees que estás muy acelerado?

-Es que vos tenés 29 y yo 35. Estamos contra reloj, o casi diría contra calendario.

Elida iba a replicar cuando avanzó deslizándose sobre el piso una enfermera que portaba un enorme jarrón de flores que fue a sumarse a otros que casi tapaban la puerta de la habitación 602 donde flameaba una cintita rosada. Los dos quedaron en silencio. «Él 35 y yo 29» se dijo Elida. «Todavía...»

-Creo que este no es el momento ni el lugar para discutirlo, Marcelo.

-Cayo estuvo aquí, y cree tener la solución. Por si no lo sabes, ya ha informado a tus hermanas sobre mi participación en el pago de la hipoteca.

-¡Ellas no me dijeron nada! ¿Y qué más hizo Cayo?

-Hay esta noche una reunión de familia, en tu casa.

-¿Ahora se hace todo a mis espaldas?

-Y también estaré yo. Me invitó Cayo.

-¡Otra vez Cayo! ¿Qué tienes que ver...?

-Me darán a elegir entre quedarme con la casa o quedarme contigo, supongo.

-¿Me estás chantajeando?

-Sí. Pero vale la pena.

-¿Y qué debo elegir yo?

-Entre ser una mamá postiza o una esposa legítima.

-¡Sucede que todos me están manipulando! ¡No lo acepto! Buenos días, y que tu mamá se mejore.

Se marchó con aire indignado, y cuando esperaba el ascensor, Marcelo le gritó.

-¡No olvides que la reunión es esta noche!

Gritó tan fuerte que una indignada enfermera le fulminó con la mirada.

Treinta y uno

Judith

Esa misma mañana, Marcelo solicitó una entrevista con el médico clínico jefe del Sanatorio, que lo recibió de inmediato.

-Me alegra hablar con usted. -Le dijo el médico- Iba a hacerlo llamar.

¿Mi madre está mal?

El médico le miró con cierta curiosidad.

-No, señor, salvo la artritis que debe ser dolorosa, su madre no tiene nada. Iba a decirle que puede llevársela a casa. Este Sanatorio tiene su ética, mi amigo.

-Pero ¿y los riñones?

-No hay nada en los riñones.

-¿Y las pruebas, análisis, radiografías, tomografías y todo los demás?

-Lo hicimos a su pedido, para tranquilizarla. No lo tome a mal a su madre. A su edad, las mujeres suelen ser hipocondríacas. Se creen depositarias de todo los males.

«Nada de eso -se dijo Marcelo- no es hipocondríaca, es una manipuladora. Parece que voy a morir sin ver a mis nietos... caramba, es como si esperara a que yo saliera a la disparada a buscar la primera mujer embarazable que encuentre».

-Tiene razón, doctor -dijo Marcelo- ha de estar un poco hipocondríaca. ¿Le puedo pedir un favor?

-Diga.

-¿La pueden tener una semana más?

-Usted paga, mi amigo.

-¿Otro favor?

-¿Sí?

-No le diga que está bien.

-Ella ya lo sabe, mi amigo.

-¿Ella ya lo sabe?

-Y nos pidió que no se lo dijera a usted. Pero usted sabe...

-Sí, entiendo, Doctor, la ética.

Treinta y dos

La familia

Elida se había negado a concurrir, pero la insistencia de María, el enojo de Celia y la cara de «esta solterona no tiene remedio» de María, además de un comentario de Cayo lanzado al azar, en dirección a la ventana de algo sobre la cobardía, la convencieron. Cuando entró en la sala tomó nota de que los asientos habían sido dispuestos de manera distinta a la habitual. «Esto parece un tribunal» se dijo Elida.

Las cuatro hermanas y Cayo conversaban de cualquier cosa mientras esperaban con cierta angustia el sonido del timbre anunciando la visita de Marcelo, de modo que cuando este sonó, ninguno pudo impedir un respingo.

Todos dirigieron la vista a Elida para que fuera ella quien recibiera al visitante, pero ella estaba sentada en la actitud de quedarse toda la vida en el sillón. Fue Dina quien recibió a un Marcelo algo vacilante, y a quien en nada tranquilizó los dos sendos y sonoros besos en ambas mejillas que le propinó la hermosa Dina. María y Celia se levantaron e imitaron su ejemplo, con la evidente intención de demostrar que allí había un clima civilizado y cariñoso, que casi se echa a perder con el frío saludo de Elida.

-Hola.

Apenas terminados de sentarse y hablar del calor de febrero, el cambio de clima y el agujero de ozono, cuando Cayo, se levantó ceremoniosamente y pidió la palabra.

-Queridas chicas. Mi amigo Marcelo Figueredo, fue el que un día me siguió hasta mi casa, se dio a conocer, y me contó que nuestra querida Elida, sin razón alguna le había dado calabazas. Yo, a mi vez, que me reconozco bastante chismoso, que me viene por vía materna, le conté lo que estaba pasando en la familia Ibáñez, y la razón por la cual, Elida, sin que le pidieran se disfrazó de mamá y se sintió mamá con tanta pasión, que relegó su amor por el estimado amigo Marcelo Figueredo Hoffman, que creyó de buena fe, que solucionando el problema de la hipoteca de la casa, Elida se sentiría menos mamá y ella misma, y volvería a los amantes brazos de su prometido. Fue Marcelo el que pagó la hipoteca, haciéndome jurar que no se lo contaría a la familia Ibáñez. La casa pertenece ahora, al menos moralmente a Marcelo Figueredo Hoffman, pero él ha sido claro. No quiere la casa, sino quiere a Elida, y apela a las hermanas.

-¿Puedo hablar? -preguntó Dina.

Cayo le dio la palabra con un majestuoso gesto de juez.

-Dividamos los hechos en dos -dijo Dina- primero la hipoteca. Es del todo real que la casa pertenece a Marcelo, con unos pequeños ajustes financieros. En ese sentido, no hay discusión. El otro hecho es el amor que parece haber entre Elida y Marcelo. No nos incumbe. Es una cuestión sentimental entre dos personas adultas. Pero se da el caso de que nosotras, yo, Celia y María, interferimos de alguna manera esa hermosa relación sentimental. Todas conocemos la naturaleza de esa interferencia. ¿Verdad, chicas?

Celia y María asintieron vivamente.

-Pues bien -prosiguió Dina- estamos profundamente agradecidas a Elida por su noble gesto de convertirse en madre substituta. Pero ocurre que ya tuvimos una madre maravillosa, que ya hemos crecido, no necesitamos mamá alguna, y para decirlo claramente, le digo a mi querida Elida, mirándola a los ojos como la estoy mirando que su obsesión maternal es agradecida, pero nos molesta, nos irrita y nos duele.

Elida tenía el cara pétrea, crispada. Pero Dina prosiguió implacable, como para dar un tiro de gracia.

-Además -dijo- en la obsesión de Elida hay algo de insano.

Elida rompió a llorar. Desde niña se acostumbró a asimilar la idea de que cuando faltara mamá, ella ocuparía su lugar. Siempre se preparó para eso. Hasta a sus muñecas fueron bautizadas con los nombres de sus hermanas. Y ahora todo se venía abajo.

Mientras lloraba Elida con la consternación de todos, Cayo estaba dando empujoncitos a Marcelo y enviándole señales con el mentón. Por fin Marcelo comprendió, se acercó a Elida, se sentó en el brazo de su sillón, y le tomó la mano. Elida le dejó hacer, y también aceptó el pañuelo que le ofreció Marcelo.

-Parece que todo va ocupando su lugar normal -dijo María- pero aún falta que pensemos un poco en voz alta. La casa pertenece a Marcelo. Pero si como parece, Elida no tiene

impedimento para aceptar la mano de Marcelo, se me arma un lío mental, porque Marcelo no va sacar a la novia de su casa, que es esta, sino la va a traer a su casa, que también es esta. Con lo que quedo en libertad para buscar un departamentito cerca del diario.

-Y yo ocuparé el departamento que tenía bien amoblado papá, no quiero pensar para qué, en el piso de las oficinas del Establecimiento -dijo Celia.

-Yo también tengo planes de mudarme al el centro -dijo Dina.

-¿Y la familia? -preguntó Elida.

-La familia se reúne todos los fines de semana en casa de la hermana mayor. Lo juramos -dijo Dina.

-Entonces... ¿se casan? -inquirió Cayo a la pareja.

Elida miró a Marcelo, Marcelo hizo un gesto afirmativo y Elida afirmó tímidamente:

-Sí.

-Perfecto -exclamó Cayo asumiendo nuevamente su apostura de Fiscal de la Televisión-. Ahora queda por resolver mi cuestión.

-¿De qué cuestión hablas? -preguntó Celia.

-He pedido tu mano, si no lo olvidaste.

-No, todavía no.

-¡Apelo a tus hermanas!

Esta vez no hubo consenso. María y Dina estaban demasiado imbuidas del sentido de la libertad personal para influir en la decisión de la hermana menor. Respondieron con gestos ambiguos a la apelación de Cayo.

-Parece que necesito más entrenamiento dialéctico -dijo tristemente Cayo.

Esa noche calurosa de un mes de febrero, la familia Ibáñez empezó la inevitable disgregación. La vieja casa familiar que había visto crecer dos generaciones de Ibáñez, vería asomar una nueva, suponiendo que los sueños de Judith Hoffman viuda de Figueredo, de tener un tendal de nietos, se cumplieran.

María

María no podía concentrarse en el artículo que estaba escribiendo. Su decisión de no tocar los hallazgos que había hecho la suponía la más acertada, sobre todo, después de su incursión a la casa del Coronel Corvalán, y de conocer a su nieto Ricardo. Además, con cierto sentimiento de culpa reconocía que ella había avanzado más que el Comisario Riveros, y que tenía información que como buena ciudadana, pero como mal periodista, debía proporcionar a la Policía.

Centurión, cuya actitud hacia ella cambiaba en la medida en que se ganaba el afecto y la buena voluntad del Director y del Administrador, había hecho un buen trabajo que le ofreció firmar juntos, pero ella rechazó la amabilidad algo interesada de Centurión, a pesar de su admiración por el brillante artículo del compañero de Redacción, resultado de algunas entrevistas, en las horas pecaminosas de los madrugones de la prostitución, realizadas a media docena de travestis, que revelaron esa mezcla de grotesco y de infierno biológico (o genético, rezaba el trabajo de Centurión) que producía esa ambigua especie de seres humanos lanzados a la caza de los viciosos de todo pelaje de la Sociedad «normal». María se preguntó qué frustración o qué fatiga profesional había vuelto tan holgazán a un periodista tan brillante, y donde se originaba de pronto ese entusiasmo fulgurante que le hacía producir las brillantes columnas que había leído con la firma de Centurión. Las excusas, las rebeldías, la búsqueda desesperada de una identidad que se les escapaba a los travestis, los shocks de las quiebras familiares, la impulso tribal de unirse, eran como piedras disparadas a la cara del mercado lector por la aguda pluma de Centurión, que María admiró y agradeció en la medida en que le daba una perspectiva más realista del problema en el que indirectamente estaba sumergida.

Por su parte decidió guardarse sus informaciones, con la idea egoísta de que ella las descubrió, a ella le pertenecía, y a ella le servirían para un explosivo y deseablemente escandaloso final de su serie de artículos. De tal manera, que lo que estaba escribiendo en la procesadora de palabras, era un relato algo literario, del velatorio y del entierro de Mafalda, o Mateo Ruiz, con sus aditamentos picantes como que el cura de la parroquia se había negado a concurrir a rezar un responso, aduciendo que la homosexualidad estaba condenada por la Religión Católica, y la lucha menor de llevar al travesti muerto a tierra consagrada en el cementerio. Su artículo se detenía morosamente en los detalles del velatorio, la asistencia alucinante de hombres -mujeres que lloraban y tenían en la cara surcos rojos y negros de lágrimas mancilladas por los maquillajes y las sombras para los ojos. Relató con perfiles agudos el dolor de la madre de Mateo, y la cara avergonzada y dolorida al mismo tiempo del abuelo, aquel anciano que caminaba en el cortejo llevando una silla como un viejo Cristo llevando su cruz hacia el Gólgota donde culminaba el sacrificio de su masculinidad herida por el nieto amujerado en mala hora.

Mientras escribía, en el fondo de su conciencia recordaba el momento en que de la mano de Ricardo, penetró en la casa antigua y maciza del Coronel Corvalán.

El viejo estaba en el patio, debajo de una frondoso árbol de mango, vestido solamente con un pantaloncito deportivo y nada más, torturando su viejo cuerpo flaco y nervudo en una barra de gimnasta, a cuyas exigencias los añosos músculos de 80 años respondía tensos,

con un vigor casi milagroso. El cabello totalmente blanco, cortado al estilo militar, la mirada dura y firme, el Coronel Jorge Corvalán, aún desnudo, tenía toda la planta de un militar que hace mucho había abandonado el cuartel, pero traía el cuartel en cada fibra de su cuerpo, en su actitud, su dureza y su parquedad.

-Abuelo, tenemos una visita.

El Coronel la miró con aire ausente, le estrechó la mano y María sintió que los huesos le crujían atezados por aquel saludo de soldado de hierro. Después, simplemente, el anciano se dedicó a sus ejercicios, como si no existiera nada más importante en el mundo.

Penetraron a la casa, en dirección a la sala, pasando por la biblioteca, donde había más armas en verticales armeros protegidos por cristales, que libros en los estantes. María no conocía nada de armas, pero a juzgar por el pulido de los metales y de las maderas, todas deberían estar en perfecto funcionamiento, de modo que, se dijo, allí había armas para acabar con todos los travestis del mundo.

-Qué hermosas armas -disparó un tiro por elevación.

-Son todas de abuelo. Es militar retirado. Su pasión son las armas.

-Yo no sé nada de armas, me dan miedo. Si me preguntaras donde está en este arsenal un rifle, no sabría decirlo.

Ricardo se había acercado a un armero especial, donde reposaban unas armas de fino diseño, largo caño y liviano aspecto.

-Estos son los rifles.

Abrió la vitrina vertical y extrajo una rifle, y con ese toquecito de orgullo machista de manipular un arma delante de una muchacha que les tiene pavor, le dictó toda una conferencia, manipulando cerrojos, cargadores y miras con seguridad masculina.

-Este es una Remington automática, muy precisa -dijo- y este es una Breno a cerrojo, fabricado en Checoslovaquia. ¿Sabes que los checos son los mejores fabricantes de armas? El que ves allí es una Colt y ese más alto, es el rey de los rifles, un Winchester.

-¿Están cargados? -preguntó María con aire temeroso justo a la ocasión.

-Por cierto que no.

-¿Pero funcionan?

-Claro, abuelo las pone como recién salidas de fábrica.

Pasaron a la sala, una enorme habitación recargada de muebles macizos, antiguos, lustrados hasta la exageración, inundados de carpetitas tejidas a mano al crochet, y en las

paredes, rodeando una solitaria fotografía de casamiento de un joven teniente vestido de gala y una rubia regordeta y feliz, otras viejas estampas de la vida militar del Coronel Corvalán, en el Chaco, en patios cuarteros austeros, en desfiles con uniforme de gala, y por fin, otra fotografía de casamiento, donde la joven pareja pasaban debajo de un arco de triunfo formado por las espadas de los camaradas del novio.

La sala era sombría, fresca, íntima y acogedora, un gran reino del silencio y de la memoria de tiempos pasados, donde todo era decoroso, ennoblecido del señorío que dan los años, y donde inevitablemente María se sintió incómoda por la serie de mentiras que la había llevado allí, donde todo respiraba las últimas verdades de dos vidas que se marchaban al ocaso.

Allí conoció también a la abuela Rosario, esposa del Coronel Corvalán. Vivaracha, gentil y no vencida por el reumatismo, que acogió a María como a un ángel venido del cielo, y corrió a la cocina a preparar una serie de bocadillos con jugos de frutas frescas.

-Tienes una familia hermosa, Ricardo.

-Pero adivino que estás intrigada, abuelos y nietos.

-Tus padres...

-No tenemos padres. ¿Recuerdas aquel accidente aéreo en día de Año Nuevo en que el avión se estrelló contra las montañas en La Paz?

-Sí.

-Allí murieron nuestros padres.

María tomó nota de que Ricardo hablaba de «nietos» y «nuestros padres».

-¿Tienes un hermano?

-Un hermano menor, sí. Ocho años menor.

-¿Dónde está?

-Prefiero no hablar de eso. Además, has venido a conocer la casa, no a la familia.

El tono desabrido no escapó de María. La mención del hermano menor irritaba a Ricardo.

-Perdón si fui indiscreta.

-Perdón si fui descortés.

Se rompió el momento difícil cuando reapareció la abuela Rosario con una bandeja llena de bocadillos y una gran jarra de jugo de naranja. Comieron y bebieron con apetito, mientras doña Rosario, sentada en su sillón como un Buda femenino y sonriente contemplaba la pareja como si por primera vez en su vida viera a una hermosa jovencita gozando de la hospitalidad de la casa.

-Tiene una hermosa casa, señora.

La observación abrió las válvulas de una alguna contenida ansia de comunicación que parecía padecer aquella señora que había presidido clases de cuarenta alumnos bullangueros y pendientes de su misión docente. Contó la historia completa de la casa, con un río de informaciones familiares que llegaban y pasaban como fugaces pantallazos de una memoria aún precisa y evocadora.

-La construyó mi bisabuelo -dijo- Gumersindo Alcaraz, que contrató a un arquitecto italiano que acababa de llegar al país. Mi bisabuelo Gumersindo fue Constituyente de 1870, con sólo 21 años de edad. La construcción terminó el 28 de agosto de 1891, y el 21 de setiembre de ese mismo año, día de la Primavera, saben, el bisabuelo cuarentón se casó y trajo a vivir aquí a mi bisabuela, Dorotea Del Carmen Servin, hija mayor del Coronel Servin, que había sobrevivido en Cerro Corá, pero murió en 1875 en una pelea con los negros de la ocupación brasilera. Gumersindo y Dorotea tuvieron dos hijos, Mártires y Juvenal, Mártires que acababa de recibirse de médico en Montevideo, murió en la epidemia de gripe que hubo aquí allá por 1920, no recuerdo bien pero mató mucha gente. Y Juvenal es mi abuelo, casado también cuarentón como su padre, con Elena Goiburú, una paraguaya que estudió magisterio en Buenos Aires y regresó a fundar en Asunción una Escuela. Hay una calle que lleva su nombre -terminó con orgullo.

-Abuela, la señorita estará cansada -aventuró Ricardo.

-No. No, es apasionante -replicó María.

Obscuramente, sentía que debía conocer las raíces de una casa y de una familia de donde salían tiradores a matar travestis. Entusiasmada, doña Rosario prosiguió: «Juvenal, que también era maestro y creo que con la presidencia de Manuel Franco fue Director General de Escuelas, y Elena, tuvieron dos hijos, Marcial y Verena Alcaraz. Mi tía Verena, tengo las fotografías, se las voy a mostrar, era una belleza y se casó con un diplomático francés, enviudó en París y entró en un convento donde llegó a ser abadesa. Marcial, mi padre, viajó a Venezuela donde estudió toda la obra didáctica de Andrés Bello, y volvió a nuestro país a enseñar Castellano en los colegios, en las mismas cátedras que dejara mi abuelo Juvenal al morir. Mi abuelo Juvenal había publicado textos de enseñanza de Castellano, que después mi padre enriqueció con la doctrina de Bello y son textos que se usan hasta hoy en los colegios. Marcial Alcaraz se casó con Albina Rojas, mi madre, que llegó a ser Directora de la escuela Normal, y de ese matrimonio nací yo, Rosario Alcaraz, y sin varón a la vista, termina la estirpe de mi bisabuelo Gumersindo. Fui devota discípula de mi padre, y enseñé castellano hasta que me jubilaron, a destiempo, creo».

-Merece un aplauso -dijo espontáneamente María, y la vieja dama rebotó satisfacción por todos los poros. Los olvidados fantasmas de su pasado de luz habían subido al escenario de la memoria, y he aquí que una jovencita los aplaudía.

-Después de soportar tu historia, la señorita merece que la invitemos a almorzar -dijo Ricardo.

María aceptó y la imprevista invitación originó otra entusiasta carrera de doña Rosario a la cocina.

Después del almuerzo, que presidió el Coronel Corvalán, ya duchado y vestido con un pijama celeste abotonado hasta el cuello como si fuera un uniforme de servicio, Ricardo habló de sí mismo, tomando café en la galería de la casa, y después de que el joven recordara a su abuela que los seguía a todas partes y parlotaba aún sobre el bisabuelo Gumersindo, que debía hacer la siesta, según el reglamento conyugal que el Coronel parecía aplicar puntillosamente.

Así, Ricardo le informó que era doctor en veterinaria, y confesó con cierta desconfiada vergüenza que en el patio contiguo tenía un hospital de perros y gatos abandonados, además de una clínica para animales domésticos de lujo, y que vivía de eso, soñando con un futuro en que pudiera aplicar sus conocimientos profesionales a actividades más importantes.

De su misterioso hermano menor no dijo una sola palabra. Y finalmente, invitó a María a conocer su clínica. Cruzaron todo el gran, patio arbolado de la casa donde las cigarras trizaban el silencio de la siesta, y a través de un portón de apretadas rejas penetraron en la propiedad adyacente, donde más de una docena de perros jubilosos, de todo pelaje y en diversos estadios de curación de la sarna, de mordiscos, palos, pedradas y quemaduras de agua caliente, corrieron a hacer fiestas y a morder los bordillos de los pantalones de Ricardo.

-Aquel es el edificio de la clínica -decía Ricardo.

Pero María no miraba el edificio, sino a un coche negro de pesadas líneas y de poderoso aspecto, obviamente el Buick de ocho cilindros en línea, que reposaba a la sombra de un espeso limonero, a cubierto de toda mirada indiscreta desde la calle. La chapa identificatoria, aunque del año, estaba curiosamente oxidada y los números eran apenas visibles.

Más tarde, camino a su casa, María se debatía en el problema existencial más complejo e intrincado de su vida. En aquella casa vivía un héroe militar y una heroína de la educación de hondo linaje, un hombre idealista que recogía animales abandonados, y un misterioso hermano menor. De allí sólo podía proyectarse vida y amor. Sin embargo, había visto reposando la bestia oscura, el Buick poderoso y fantasmal que salía a sembrar muerte en las madrugadas de Asunción. Más tarde, llamó al Comisario Riveros.

-Hola

-Soy María, Comisario.

-¿Qué datos va a ocultarme ahora, señorita periodista?

-Depende lo que me ilustre, Comisario.

-¿Sobre qué?

-Sobre rifles.

-¿Qué hay de los rifles?

-Todo.

-Bueno, si le digo al respecto... ¿me va a contar algún descubrimiento suyo?

-Prometido.

-Todas las balas disparadas contra los degenerados salieron del mismo rifle.

-¿El rifle puede ser de cualquier marca?

-Todos los rifles usan el mismo proyectil, calibre 22. ¡Eh! ¿Qué sabe usted?

-Algo, Comisario, pero dígame por qué oí un retintín de sorpresa en su voz.

-Le cuento. Los proyectiles que se dispararon contra los dege... los travestis son raros. Parecen provenir de un rifle especial, por las marcas que dejan las estrías en el plomo, ¿entiende?

-Ni medio, pero si usted lo dice. ¿Pero qué es un rifle especial?

-Bueno. Hay rifles hechos a mano por armeros artistas. O de marca poco común.

-¿Remington es una marca común?

-Sí, es la más corriente.

-¿Breno, Winchester?

-No corresponden a los proyectiles. ¿Pero de donde está llamando? ¿De una armería?

-De mi casa. ¿Un Colt?

-¿Qué dijo?

-Un Colt.

Se produjo un silencio al otro extremo de la línea. «Un silencio cargado» se dijo María.

-Señorita periodista -dijo finalmente el Comisario en tono formal- si usted conoce quien tiene, ha visto u oído de un rifle Colt 22 Especial, ¿tiene la obligación de proporcionar inmediata información a las fuerzas del orden! ¡Hola! ¡Hola!

Sin contestar, María estaba colgando lentamente el tubo telefónico.

Treinta y cuatro

Dina

Para fines de marzo, el laborioso trabajo que le había encomendado la Fundación Goethe estuvo terminado, traducido al alemán y enviado a Alemania. Cuando el doctor Aparicio Montes le felicitó algo más calurosamente que lo necesario, Dina reconoció interiormente que sin la ayuda de Braulio y el entusiasmo de las dos jóvenes estudiantes de Derecho, Jazmín, una hermosa morena de origen árabe, y Elisa, espigada rubia de padre francés, que se habían lanzado valientemente a la zona rural con libretas de apuntes, grabadoras y cámaras fotográficas, nunca hubiera completado el voluminoso informe que estaba mereciendo las felicitaciones del doctor Aparicio Montes. Por añadidura, ayudando a las chicas que operaban las computadoras, Dina había aprendido rápidamente, con esa cualidad misteriosa de las personas dotadas para conectar su cerebro con el cerebro electrónico, a manipular los diversos programas de las poderosas IBM con que contaba la Fundación.

-Ya no soy la analfabeta del año 2000 -se dijo a sí misma recordando la sentencia de un añoso Profesor de la Facultad, de que los «analfabetos del año 2000 serán los que no manejan computadoras y no saben inglés».

Con el inglés aprendido en el Instituto de Idiomas de la Facultad en los tiempos de la Universidad, se manejaba perfectamente.

Por todas esas consecuencias de un trabajo aceptado con audacia y realizado con suerte, Dina se sentía agradecida, y en mayor medida, porque los datos recogidos sobre la pobreza en general, los dramas de la necesidad y del hambre, de la miseria y la desmoralización, le habían dado una perspectiva más madura de lo que era la Sociedad en la que soñaba incursionar como política, sin tener de la política otra idea que la de una competencia descarnada por el poder, sin más proyección que hacia la imagen y la notoriedad, y con abstracción completa de lo que significaba la misión, el servicio, el reconocimiento de los territorios terribles de la injusticia social, y la aprehensión de una realidad desgarrada que el político necesariamente debía conocer, administrar, y con ayuda de Dios, corregir.

Terminada la misión, la Fundación le dio un trabajo más cómodo, de oficina, que consistía simplemente en recopilar toda opinión publicada en los diarios del país, sobre la situación socio-económica y política en general.

-Para este trabajo no necesito más que una tijera -se quejó en voz baja, pero se conformó con la rutina con la convicción de que el resultado de su trabajo le abriría perspectivas más amplias, como efectivamente sucedió, cuando el doctor Montes le convocó a su oficina.

-He recibido una carta de Alemania que te concierne -le dijo provocando un aceleramiento de palpitaciones en su corazón.

-¿Sí?

-Pero antes, mi querida Dina, quisiera hablarte de algo que concierne a mí -agregó Aparicio.

-No veo la relación, Aparicio.

A esta altura de las cosas, después de aceptar algunas invitaciones a cenar de su Jefe, y hasta de ir a bailar un par de sábados en el piso 13 del Hotel Guaraní, ya se tuteaban. Y hasta allí llegaba la intimidad, por el bloqueo amable como una flor y firme como una roca que Dina oponía cortésmente a toda incursión de Aparicio al terreno sentimental, y una sola vez, para aleccionamiento definitivo de Aparicio, en el terreno sexual, que se esfumó súbitamente del repertorio de pasiones del hombre, cuando ella susurró como quien no quiere la cosa, la erizada palabra «acoso».

-Tienen relación las dos cosas, Dina. De hecho, están imbricadas. Es lo uno o lo otro -aclaró en tono pedante Aparicio.

-¿Por qué no dejas de hablar como un crucigrama?

-Lo uno, te ruego aceptes casarte conmigo. Lo otro, te invitan a un curso de especialización de dos años en Alemania.

-A lo uno, no. A lo otro, sí.

-¿Es definitivo, Dina?

-Totalmente, Aparicio.

-Quisiera conocer los motivos de tu rechazo, Dina. Y puedes golpear sin piedad, somos adultos.

-No es rechazo, Aparicio, sos un hombre atractivo y cualquier mujer se sentiría honrada con ir contigo al altar, llevar tu apellido, tener tus hijos, cocinarte y lavarte la ropa. Es que yo no estoy organizada para eso. Por ahora, no está en mis planes ser ama de casa, como

tampoco una esposa moderna, de las que se encuentra a la noche con su marido, después de las jornadas de trabajo y planifican para no tener hijos inoportunos. Respeto a esa clase de pareja, pero no es para mí. Además, hay algo fundamental, Aparicio. No te amo.

-¿Por qué?

-Digamos que no sos mi tipo.

-¿Qué tipo soy?

-¿No te vas a ofender?

-Palabra.

-Sos el tipo ideal para una mujer maternal, de aquellas que felices ponen el hombro para que sus maridos lloren, y tienen un enorme repertorio de palabras de consuelo.

-No sabía que...

-Déjame terminar, ya que me lancé. Aparicio, respeto el dolor de tu desgracia, pero lo que no acepto es que vivas compadeciendote a ti mismo, o usando tu infortunio para alguna especie de chantaje sentimental. Vos no querés una mujer que te quiera, sino que te consuele, que recuerde contigo lo hermosa que era tu hija y lo dorado que eran sus rizos. La pobrecita inocente merece algo mejor de su padre, Aparicio. Además, he leído alguna vez que la virilidad consiste en guardar el dolor para sí mismo. ¿Qué hay de la beca?

Sin decir palabra, Aparicio le extendió el sobre, empujándolo con una regla hacia ella, y cuando Dina se marchaba a buscar a una de las chicas que le tradujera la carta del alemán, podía jurar que los ojos de Omar Shariff estaban más húmedos que de costumbre.

Treinta y cinco

La familia

Con la velocidad que habría aplaudido Beatriz, su madre, Cayo estaba llevando adelante la sucesión de Bienvenido Ibáñez. Por alguna razón, la Financiera no había demandado a la sucesión, y los bienes iban en camino a ser herencia de las hermanas Ibáñez, pero otras emergencias ocupaban el tiempo y la mente de las muchachas. Los preparativos de la boda de Elida con Marcelo, como del próximo viaje a Alemania de Dina, y de la mudanza que proyectaban María y Celia, las tenía abrumadas. María había llegado a un acuerdo con Celia para compartir el departamento del edificio del Establecimiento, después de una fumigación completa que las jóvenes esperaban que borrara todo rastro de la utilización pecaminosa que había hecho Bienvenido Ibáñez del departamento.

Celia, con un creciente entusiasmo por los razonables resultados obtenidos con la ayuda de don Narciso, había viajado al Establecimiento, conversó con capataces y peones, y todos, con esa sabiduría rural que siempre da en el blanco, le habían dicho «patrona, si se maneja bien y nos atienden un poco a nosotros aquí hay mucha riqueza». Además, los rústicos trabajadores habían cuidado razonablemente del ganado, esperando tiempos mejores y sacrificando algunas reses para comer. Esa Estancia era su trabajo, y abandonarla equivalía a la desocupación, y mucho hacían para tenerla funcionando. Además, la Providencia apareció en forma de un anciano borracho que una noche pidió posada y resultó ser un «Idóneo Veterinario» frustrado de su profesión y de la vida, que encontró agradable el universo de la Estancia, y decidió quedarse a trabajar allí a cambio de comida, empleando su dinero sólo para la diaria botella de caña que lo mantenía vivo. «Patrona, e guapo cuando no está tomado», le informaron, dándole detalles de las tareas de sanitación que había efectuado oportunamente don Armindo Soler, que así se llamaba aquel hombre providencial.

Por Elida, se enteraron de que ante la noticia del casamiento de Marcelo, Judith curó velozmente de sus males renales, censuró acremente a la liviana Brunilda Beckembauer que había roto su compromiso con Marcelo para casarse con un conde alemán según le explicó Marcelo, y después de alguna resistencia, y sólo cuando vio el título de propiedad en manos de Marcelo, aceptó mudarse con su hijo al antiguo solar de los Ibáñez, cuando se establecieran allí. Dina había tomado un curso acelerado de alemán básico, Celia dependía cada vez más del eficiente don Narciso, y María se sentía devorada por la duda y otros serios conflictos interiores.

Treinta y seis

Beatriz

-Miguel, el expediente lo tengo yo.

-Eso sospechaba, por eso decidimos no demandar a la sucesión de Bienvenido Ibáñez. Estaba esperando que dejaras de jugar al Robin Hood con polleras. Nunca vi nada más torpe que tu simulación de un robo. Le tuve que sobornar al Comisario para que no te denuncie.

-Que tenga yo el expediente no quiere decir que lo tengas vos.

-¿Cuál es el chantaje ahora, querida mía?

-Ante de ponerte un precio, quiero contarte una historia.

-Venga la historia.

Beatriz sintió una gota de compasión al ver las grandes bolsas bajo los ojos de su marido, y en toda la cara, la carne que parecía ir separándose de los huesos. Era un accionista importante de la Financiera, pero no toda la Financiera era suya. Habían otros grandes intereses, y la desaprobación unánime por la pérdida del expediente provocó en don Miguel un daño moral y una depresión que Beatriz no había previsto. Sin embargo, se prohibió seguir compadeciendo.

-Entregué el expediente a las hermanas Ibáñez -dijo.

-¿Qué hiciste?

-Ellas lo devolvieron.

Nunca como entonces vio tanta consternación y asombro en la cara de su marido.

-No consideraron correcto salvar sus bienes de esa forma.

-¿Que no consideraron correcto, dices?

-Todavía hay decencia en este mundo, Miguel.

-¿Y el expediente?

-Lo tengo yo.

-¿Me lo vas a devolver?

-Sí. Pero quiero recordarte algo, Miguel. Los poemas con que me enamoraste. Nuestro matrimonio se basó en la mentira. Cuando debías pedirme perdón, reíste como si me hubieras hecho un gran chiste intrascendente. Hiciste que me casara con un hombre que no era el que yo amaba. Vos eras dos personas, el que escribía poemas hermosos, y el que pagaba a un pobre infeliz para que los escribiera. Me casé con el hombre equivocado. Ahora tienes oportunidad de rehabilitarte.

-Decime cómo.

-Siendo poeta, no financiero. Un hombre de sentimientos, no de números. Solamente así, después de 25 años de matrimonio, ganarás mi respeto y tal vez haya un poco de paz en esta casa.

-¿Qué quieres que haga?

-Eso lo dejo a tu conciencia.

Diciendo esto, Beatriz subió con su inagotada gracia femenina las escaleras del altillo, abrió el viejo arcón que fuera baúl de viaje de la abuela y estaba llena de semiborradas

etiqueta de hoteles ya desaparecidos de Londres, Berlín y París, y de sus profundidades extrajo el expediente.

Sin decir palabra, fue a entregárselo a Miguel.

Treinta y seis

María

Completó la mudanza al departamento del Establecimiento que iría a compartir con Celia y se instaló cómodamente, en el centro y muy cerca del diario, y hasta encontró en la cochera del edificio un lugar que todavía tenía en la pared, el nombre de Bienvenido Ibáñez. Lo cambió por el de María Ibáñez y estacionaba el estropeado Honda Civic allí. En la casa sólo quedaban Dina y Elida, y pronto la primera viajaría a Alemania y María no quería pensar en cómo reaccionaría Elida al encontrarse sola en la gran casa.

-Ojalá los preparativos de su boda la aturdan lo suficiente para no ponerse a llorar todo el día -pensó.

Sentada en el gran diván cerca de la ventana, vestida con buzo de algodón, shorts y zapatos de tenis, esperando a Ricardo que vendría a tomar el té y después ir a caminar, recordaba los dos encuentros posteriores que tuvo inicialmente con Ricardo. En el primero, fueron a caminar en el Parque Ñú Guazú. El segundo fue para cenar en un restaurante alemán del barrio Herrera de donde salieron indigestados con el «Eisbein con Chucrut». No había insinuación sentimental alguna en la actitud de Ricardo, y María lo agradecía en la medida en que una relación de ese tipo la involucraba con una familia a la que a todas luces iba a aplicar una puñalada por la espalda.

Porque todo apuntaba al viejo Coronel, como el asesino en serie de los travestis. Frases aisladas, recogidas de su conversación con Ricardo, iban confirmando sus sospechas, que no participaba en absoluto al Comisario Riveros, a pesar de las insistentes llamadas telefónicas del policía, y hasta de una carta con tono oficial que le enviara requiriendo, «para bien de la comunidad y el castigo ejemplar de la delincuencia que revele los datos que tenga sobre un Rifle Especial Colt 22...» añadiendo un poco más adelante que tenía «gran respeto al Cuarto Poder, pero el periodismo no tiene por qué obstruir la Justicia».

-Los abuelos tienen una manía -le había dicho Ricardo mientras caminaban y sudaban en el Parque Ñú Guazú-, abuelo tiene que demostrarse que aún tiene reflejos juveniles, y abuela lo acompaña.

-¿En hacer qué?

-Saca su viejo Buick después de medianoche y pasean, evitando la locura del tránsito. Abuela ya debe saber de memoria todos los cuarteles y unidades militares donde estuviera

de servicio abuelo. No me preocupo por ellos. El coche es un verdadero tanque. Además, yo les cuido el auto. Cambio de aceite, cargar combustibles, etc.

«Mi querido Ricardo, tu abuelo sale a matar travestis en compañía de la dulce abuela, y llevando un rifle Colt que tiene loco al Comisario», quiso replicar María, en medio de todo, satisfecha de que Ricardo no parecía tener la menor idea de las actividades nocturnas de la venerable pareja.

En otra ocasión, Ricardo había mencionado a su hermano menor, como Óscar, «ese infeliz», lo que la llevó a meditar sobre el significado de la palabra. Los paraguayos decimos infeliz a un malvado, y también a alguien que ha caído en desgracia. ¿En qué categoría estaba Óscar?

«Supongamos que quiso decir que Óscar cayó en desgracia -meditaba-, entonces por qué el tono de repulsa en la voz del buenote de Ricardo. No se impreca contra los desgraciados, se los compadece. Por lo tanto, puede ser un malvado. ¿Pero qué maldad puede cometer un chico de 16 ó 17 años? ¿Y donde está?

Se sentía perdida, pero continuaba: «Vamos a rebobinar esto empezando por algo distinto. El abuelo mata travestis. Es viejo y militar, con la misma mentalidad que el Comisario Riveros con respecto a los pobres diablitos ambiguos. Pero a su edad resulta imposible convertirse en Charles Bronson el Justiciero Solitario de la Sociedad y salir a limpiar las noches de lo que considera degeneración intolerable. Para complicar más lo acompaña la dulce abuela Teresa. La dulce abuela Teresa comparte con él algún tipo de sacrificio ritual. ¿En aras de qué? ¿De Óscar? ¿Y que le pasó a Óscar? Pensemos de nuevo. Busco dos puntos de referencia. El primero: travesti. El segundo, adolescente. ¡Eureka! Óscar fue corrompido y se volvió travesti, o homosexual. Saltaron a los viejos poros del Coronel Corvalán el orgullo machista del soldado y el acerado filo del honor militar y familiar violados hasta lo insoportable, degradado hasta el abismo por un nieto degenerado. Conclusión, el Coronel no puede matar al nieto, pero puede matarlo simbólicamente en cada travesti que recibe una bala de Colt Especial 22 entre los ojos. Pero... ¿Por qué lo acompaña la abuela? Las abuelas no matan nietos ni por interpósita persona. María no sirves para Sherlock Holmes».

Lo malo era que sus artículos en el diario iban cada vez más por las ramas, pero el Jefe de Redacción, don Carlos Rueda, ni el Director se quejaban. María tenía la justificación de que la investigación policial estaba en punto muerto, de modo que pidió permiso para escribir una serie sobre la pobreza de los barrios marginales que gustaba mucho al Director, y que ella plagió descaradamente de los borradores del trabajo de Dina, que lo había dejado abandonado en la sala. «Total, todo queda en familia» había tranquilizado su conciencia.

Cuando llegó Ricardo, ella preparó rápidamente una merienda liviana para dos. Discutían en qué coche iban, si en el Honda Civic de Ella o en el Mercedes de él, cuando sintieron accionar la llave en la cerradura, y apareció Celia. Fue un momento mágico que hombres y mujeres recuerdan toda la vida. Celia quedó pasmada mirando a Ricardo, y Ricardo no sabía que hacer con las manos mirando a Celia.

-Vaya flechazo -murmuró María presentándolos.

Tomaron té con masitas. Celia mencionó el establecimiento e inmediatamente Ricardo se lanzó a una nutrida disquisición sobre los logros genéticos modernos, la prevención de la aftosa y la mosca de los cuernos, la sanitación, la desparasitación y la aplicación prudente de los vermífugos más adecuados, para terminar confesando que como doctor en Veterinaria, tenía una Clínica y un asilo de perros y gatos abandonados, a los que aplicaba métodos científicos de recuperación, incluso apelando a la Psicología Animal, una ciencia en la que también se consideraba experto. Celia escuchaba con la misma atención que prestaría a Einstein explicando la Teoría de la Relatividad, asintiendo como una alumna atenta. «Aquí comienza un romance ganadero» pensó María.

-Tanta cháchara sólo para mirarse a los ojos. Pobre Cayo, te van a dar calabazas -se dijo después.

Decidió marcharse a caminar sola, sin ninguna objeción de Ricardo, y cuando se marchaba, oyó que Celia invitaba a Ricardo a visitar el Establecimiento.

Treinta y ocho

Celia

Siguiendo los consejos de don Narciso, Celia había visitado los dos bancos donde el Establecimiento tenía sus saldos en rojo, y en ambos encontró buena voluntad, tal vez por la admiración que despertaba la joven ejecutiva que afrontaba valientemente tantas desgracias. Los saldos negativos en Cuenta Corriente, fueron transformados en créditos a tres años de plazo, con pequeñas amortizaciones mensuales, y con un interés que don Narciso consideró excesivo, pero se conformó diciendo que «los bancos son los bancos y no hay que forzar su buena predisposición». Se sintió satisfecha de sí misma, y la otra satisfacción que no podía ocultar, era haber conocido a Ricardo, que dejó su clínica animal a un colega y asociado, y concurría la oficina del Establecimiento, hizo reparar la emisora de radio que comunicaba con la Estancia, y se pasaba horas reuniendo información para hacer lo que él llamaba un relevamiento completo, de lo que existía en ganado, el estado de las pasturas artificiales, las alambradas, aguadas y potreros y los mil detalles que hacían parte de una buena andadura del Establecimiento. Cuando Celia ofreció un sueldo a Ricardo, el hombre aceptó «como expresión de una relación laboral que excluye la presunción de que voy detrás de la fortuna de una chica ganadera», según dijo.

La sorpresa de la semana para Celia fue la visita que una mañana recibió del doctor Miguel Rodríguez, el padre de Cayo, accionista de la Financiera y culpable de perder el expediente de Bienvenido Ibáñez. Lo invitó a sentarse en un sillón de su despacho, y ella ocupó otro, sin valor para permanecer muy ejecutivamente sentada en el escritorio.

-Aprecio mucho la actitud que tuvieron de devolver el expediente, señorita.

-Consideramos justo hacerlo, doctor.

-Todo se debió a una actitud equivocada de mi señora.

-No quisiera enterarme de cuestiones familiares.

-Perdón. Ocurre que el motivo de esta visita es otro, señorita.

-Le escucho.

-He comprado de la Financiera todas las deudas de Bienvenido Ibáñez, lo que significa que las herederas no deben a la Financiera, sino me deben a mí.

-Desearía saber si eso a qué conduce, Doctor. ¿Va a demandar a la Sucesión?

-No. Voy a asociarme al Establecimiento. Aporto toda la masa de dinero implícita en las obligaciones de Bienvenido Ibáñez, y creamos una Sociedad en partes iguales. ¿Qué me dice?

-Que es injusto.

-¿Quiere explicarse?

-Es injusto para usted, doctor. Lo que debía mi padre, más los intereses, es como el 75% del valor de todo. ¿Por qué tan generoso de repente?

-No lo puedo decir. Usted no quiere enterarse de cuestiones familiares.

¿Acepta?

-En principio, sí.

-¿En principio?

-No tengo mucha experiencia en cuestiones financieras, debo consultar.

-Con Cayo no, porque será parte interesada. La idea es que sea Cayo el dueño de la mitad del Establecimiento.

«Y marido de la dueña de la otra mitad» vislumbró Celia.

-No, doctor, no voy a consultar con Cayo, sino con don Narciso.

-Hace bien, señorita. En caso de que acepte. La idea es que Cayo comparta la administración con usted.

«Sólo falta que traiga el anillo. La impredecible Beatriz está detrás de todo esto».

-¿Me permite una pregunta personal, señorita?

«Ahora viene»

-Por cierto, doctor.

-¿Tienen planes matrimoniales con...?

-¿Con Cayo? No.

La negativa tomó de sorpresa al doctor Rodríguez.

-Pero él y Beatriz, Beatriz es mi esposa, dan por sentado que...

-Me hace un honor con sus intenciones. Cayo es una maravillosa persona, pero no está en mis planes casarme, doctor. ¿Varía eso su oferta de sociedad?

-De ninguna manera, permanece en pie -dijo el doctor Rodríguez, que parecía más duro de repente, más formal-, pero le agradecería que me diera una respuesta antes que la Sucesión termine. Sería otro acto de corrección de parte de la familia de Bienvenido Ibáñez.

Poco después, el doctor Miguel Rodríguez se despidió y se marchó con el aire tieso de quien había alcanzado sólo la mitad de sus objetivos.

No extrañó a Celia que una hora después Cayo lo llamara por teléfono.

-Celia. ¿Qué eso que me dijo mamá?

-No sé lo que te dijo tu mamá.

-Lo que le dijo papá.

-¿La oferta de sociedad?

-¡Al diablo la oferta de Sociedad! ¿No aceptas mi mano?

-No, Cayo.

-Si no entiendo mal, somos novios.

-No, somos amigos, Cayo.

-¡Los amigos no se besan!

-En las sociedades civilizadas, sí.

-¿Hay otro?

-No -mintió evocando el rostro de Ricardo.

-Mamá está muy enojada, Celia.

-Lo siento mucho.

-Y yo también. Estoy enojado. Soñaba ser un marido amoroso y me obligas a ser un socio terrible. No vas a firmar un cheque sin mi permiso.

-¿Estás bromeando, Cayo?

-Sabes que sí. No tengo pasta de hombre malo. Mamá te hace decir que no sabes lo que te pierdes.

Treinta y nueve

Dina

La boda de Elida y Marcelo se realizó sin mucha pompa, y la fiesta posterior se hizo en el antiguo solar de los Ibáñez, que pasaría a ser solar de los Figueredo, de entonces en más. Para la asistencia de Judith se montó todo un operativo que incluía una ambulancia que no debía sonar la sirena y una silla de ruedas. Dina había cursado invitación a Aparicio, que no asistió, y a Braulio, que no concurrió a la Iglesia porque consideraba el rito «como una gran macana arcaica». Pero sí participó de la fiesta, vestido con su eterno vaquero y remeras, aunque en homenaje a la solemnidad cambió sus sandalias de franciscano por una bota de combate maciza, al estilo Rambo. También tuvo el pudor, extraño en él, de no meterse en el salón con semejante atuendo, limitándose a sentarse en un banco en el Jardín, donde se pasó atormentando al mozo con pedidos de vino y comestibles que devoraba en cantidad prodigiosa.

La boda, inicialmente programada para la primera quincena de mayo, tuvo que realizarse a fines de abril, porque el 1 de mayo, al día siguiente de la boda, Dina tomaría el avión a Alemania.

Después de que los novios bailaran el vals y desaparecieran rumbo a la luna de miel, y que la ambulancia se llevara a una Judith un poco acalorada por el champaña, Dina se aprovisionó con una gran bandeja llena de manjares y una botella de vino chileno, y fue a acompañar a Braulio. Se sentó a su lado.

-Perdóname que te tuve abandonado, Braulio.

-Lo estoy pasando muy bien.

-Sabes que mañana voy a Alemania por dos años.

-Te extrañaré, Dina.

-Yo también, Braulio. Sabes que todo lo que me sucede de bueno, te lo debo a ti. Ya no reciclo basura, Braulio, me has despertado y ayudado.

-Fue un placer, Dina. Y una tentación. No creo conocer el amor, pero lo que siento por vos, debe ser lo más aproximado al amor.

-Es amor, Braulio.

-Enhorabuena, sólo que me ha tocado un amor no correspondido.

-Llévame a tu pensión, Braulio.

-¿Ahora?

-Ahora mismo. Esta noche es tuya.

-Espera un momento. ¿Por qué lo haces?

-Un hombre considerado no pregunta eso.

-No soy un hombre considerado. ¿Por qué lo haces?

-No es por gratitud ni por recompensa, si eso tranquiliza tu hombría.

-Entonces... ¿Por amor?

-No lo sé, pero estoy ansiosa de ir contigo.

-¡Un momento! ¿Estás borracha?

-Sólo tomé una copita.

-Entonces, vamos. La víspera de su viaje a Alemania, Dina pasó la noche con Braulio. No fue exactamente una luna de miel, pero lo pareció.

Cuarenta

María

María sonrió recordando la súbita atracción que se despertara entre Celia y Ricardo, tanto, que Ricardo invitó a su hermana para conocer a los abuelos. Una noche Ricardo que vino a cenar al departamento, logró llevarla aparte.

-¿Por qué me mentiste, María?

-No recuerdo haberlo hecho.

-No estudias arquitectura. Sos periodista. Me lo dijo Celia. ¿Qué buscabas en casa?

-¿Hay algo digno de buscar en tu casa?

-Que yo sepa, no.

-Entonces, estaba buscando a mi perrito que se perdió. Posiblemente decidió quedarse entre tus perros vagabundos.

-Me estás tomando del pelo.

-Sí.

-¿Por qué?

-Porque no tengo respuesta a tu pregunta.

A la mañana siguiente, cuando decidió ir caminando hasta el diario que quedaba apenas a seis cuadras del departamento, escuchó al pasar una voz masculina.

-Plagiaria, la señorita periodista.

Se volvió a mirar al hombre. Por el aspecto desaliñado, las sandalias franciscanas y el «divino perfil griego» como decía Dina, descubrió inmediatamente que era Braulio. Sabía que había estado en la fiesta de Elida y Marcelo, pero al parecer no se atrevió a ir más allá del jardín, de modo que en aquella oportunidad no lo vio.

-¿Braulio?

-El mismo.

-El amigo y maestro de Dina. Conozco tus hazañas intelectuales.

-Dina se marchó a Alemania.

-Lo sé.

-Y ocurre que yo tengo una fijación por las hermanas Ibáñez. Se fue una, salgo a la pesca de otra.

-No me hace gracia. ¿Qué es eso de plagiaria?

-Tus artículos sobre la pobreza. Plagiaste a tu hermana lo que le ayudé a escribir yo.

-No fue plagio. Lo hice con el permiso de ella -mintió.

-Todo bien, entonces. ¿Podemos ser amigos?

-Por supuesto.

-Sé mucho de periodismo, y de la gente. Te puedo ayudar.

-Me gustaría mucho.

-¿Podemos cenar esta noche en el San Roque?

María ya conocía las inversiones en cenas que tuvo que realizar Dina para tener cerca a esa mina de inteligencia escondida entre ropa casi haraposa.

-Está bien, a las 9, en el San Roque. Invito yo.

-¡De ninguna manera!

-¿Qué dices?

-Que de ninguna manera. Ocurre que esta mañana cambié unos cien marcos alemanes. Algún descuidado los dejó caer y los encontré yo.

-¿Dónde?

-Eso no lo puedo decir.

-Está bien. Pagás vos. Adiós.

Indiferente al adiós, Braulio caminó a su lado, y se sintió un poco molesta por esa astrosa compañía en pleno centro y a la luz del día. Braulio se detuvo de golpe.

-Está bien, me voy.

-¿Qué hice yo?

-Nada. Tienes vergüenza. Eso es lo que pasa. Dina decía que leo el pensamiento de la gente. Chau.

Saltó a la calzada, hizo un majestuoso gesto de alto a un enorme camión cervecero que frenó con un peligroso ruido de botellas sacudidas, y se perdió en la otra acera.

-Vaya personaje -se dijo María.

Cuando discutía con Centurión qué hacer para mantener vivo el interés en el asesino del rifle, sonó el teléfono, lo atendió.

-Hola, María, soy Cayo.

María estaba enterada de que la Sociedad propuesta por el doctor Miguel Rodríguez estaba ya en pleno proceso de escrituración, pero sabía también que Cayo se había negado firmemente a representar a su padre en la misma, herido por la actitud de Celia, y más herido aún por su evidente atracción por «ese médico de perros» según decía.

-Hola, Cayo, gusto de escucharte. ¿Pasa algo?

-No, María, nada. Supuse que uno de estos días podríamos salir a cenar.

-Por cierto. Te llamo yo.

-No tardes en hacerlo. Necesito un hombro para llorar.

-Te voy a prestar el mío, palabra. Adiós.

«Se está volviendo común la fijación por las hermanas Ibáñez» -pensó.

Terminó su artículo de la serie sobre la pobreza, y tomando un taxi fue a visitar al Comisario Riveros.

-¡Por fin! -le saludó el Comisario, que siguió consumiendo su tereré y llamando al ayudante que instantáneamente trajo un jarro cuartelero, enlozado, de mate cocido caliente y muy dulce.

-No tengo ninguna información, Comisario.

-¿Por qué mencionó un rifle Colt?

-Lo saqué de un catálogo.

-Mentira, señorita.

-Dígame por qué le interesa tanto el Colt.

-Prométame no publicar. No queremos alertar al tirador.

-Prometido.

-Bien -dijo el Comisario- la Interpol envió los proyectiles al FBI, para su análisis. La conclusión, con un 90% de seguridad es que esa bala salió disparada por un Rifle Colt Especial 22, de una serie fabricada hasta 1929. Fuimos al Registro de Armas de Industrias Militares, y no hay registrado un solo Colt, lo que no quiere decir que no exista. Convocamos aquí a los socios del Club de Caza y Pesca, y ninguno ha visto siquiera en su vida un rifle de esa característica. Y corríjame si me equivoco. Estoy llegando a la conclusión de que el tirador no es un deportista, pero tiene una puntería asombrosa. No un aficionado al tiro, sino un profesional del tiro. ¿Me sigue?

-Me parece escuchar al Inspector Maigret.

-¿Quién es el inspector Maigret?

-Un viejo detective francés que siempre anda resfriado, según Simenón, el escritor que lo inventó. Pero siga -dijo María, sintiendo que el corazón se le aceleraba. El Comisario se estaba acercando.

-Bien, siga. ¿Quién es un tirador profesional típico? Un militar. Un militar de mucha edad, tal vez retirado. Y un hombre viejo.

-¿De dónde sacó la conclusión de que es viejo?

-El rifle Colt Especial 22 se dejó de fabricar en 1929. Supongo que su poseedor lo tiene desde entonces, o desde un poco después de ese año. Ahora, por amor de Dios, dígame la razón de su referencia a esa arma. Si me dice que lo sacó de un catálogo, miente, y si miente, tiene algo escondido. ¿Qué me dice?

-¿Usted respeta la libertad de prensa, Comisario?

-Seguro.

-Entonces conocerá el derecho que tenemos de no revelar las fuentes de nuestra información.

El Comisario se había puesto rojo de ira.

-De modo que guarda un secreto, y mientras usted guarda su bienaventura secreto profesional, el tirador puede salir a matar a un ser humano, ¡aunque sea un degenerado de mierda!

María se sintió cohibida y tocada. El Comisario tenía razón. Solo, que ella no se imaginaba al Coronel en la cárcel y a la dulce abuela Rosario, que se pasó la vida enseñando, en la penitenciaría del Buen Pastor, suponiendo que fueran culpables.

-No me gusta su lenguaje, Comisario -dijo y se levantó para marcharse. -Gracias por el mate cocido.

-La próxima vez le pondré una droga para que hable en sueños, palabra.

Esa misma tarde, ya usando su coche, visitó la casa del Coronel. El militar no estaba, pero sí doña Rosario, feliz de una visita a la hora del té, que tomaron justamente en la biblioteca, donde los libros alternaban con la colección de armas.

-¿Usted conoce de armas, doña Rosario?

-Soy la esposa de un militar con cincuenta y tres años de antigüedad -respondió la anciana.

-A mí las armas me fascinan. Le voy a confesar una cosa, de mujer a mujer. Las armas me excitan.

-¡Jesús, que manía!

-Es que dicen que simbolizan el órgano sexual masculino.

-¡Dónde vengo a saberlo! Nunca fui fuerte en psicología.

-¿Puedo tocarlos?

Ruborosa, la anciana asintió.

-Está bien, niña, pero no se excite mucho, y me condeno que le permita cometer un pecado. Mire que cabezuda y desvergonzada es la juventud de hoy.

María extrajo de la vitrina un rifle, y otro, y un tercero. Les daba una ojeada y los devolvía su sitio. Finalmente extrajo el Colt, de caño más largo que los demás. Un sello grabado en el metal, decía «República de Bolivia» y tenía el escudo de ese país.

Un trofeo de la guerra del Chaco. Después, Braulio le diría que en las guerras no se usan rifles de calibre 22, sino fusiles, pero a los oficiales les estaba permitido llevar el arma que prefirieran. El Comisario estaba acertando en todo, menos en la procedencia del arma.

La noche de ese día, suscitó otra sorpresa en María, cuando se preparaba para concurrir al San Roque a cenar con Braulio, Celia parlotaba sentada frente al espejo y cepillando sus cabellos, sobre las grandes virtudes, la cortesía, y los utilísimos conocimientos de Ricardo. Sumida en sus pensamientos, María no prestaba mucha atención, cuando una frase de Celia la sobresaltó.

-¿Qué dijiste sobre no sé qué desgracia?

-Me refería al hermano de Ricardo. Creo que sintió alguna obligación moral de contarme, porque lo nuestro va para serio, y por eso del contagio. Yo le dije que no se preocupara. Según entiendo, no es enfermedad de familia ni hereditaria.

-¿Pero qué pasa con el hermano de Ricardo?

-Está muy enfermo de Sida, internado en Lacimet.

Concluyó con un nudo en la garganta, con el cepillo suspendido sobre la cabeza:

-Va a morir.

Cuarenta y uno

Celia

Viajaron durante seis horas para llegar a la Estancia, en una Mitsubishi Montero que Ricardo consiguió prestado. Don Narciso, que hacia veinte años no viajaba al interior, se negó tozudamente a viajar en «ese monstruo», pero al fin fue convencido cuando Ricardo le prometió que no andaría a más de sesenta kilómetros por hora. También fue con ellos el doctor Dionisio Valiente, economista, Gerente adjunto que representaba los intereses de don Miguel Rodríguez, era de la misma edad de Ricardo, y se hicieron rápidamente amigos.

-Es una buena persona -le había dicho Ricardo- tiene ideas interesantes pero no es de los que imponen sus ideas, sino los discute, vas a trabajar bien con él.

El primer día fue de trabajo intenso, y el Establecimiento empezó a adquirir orden y vigor. Por la noche, después de la cena alumbrada por una lámpara de kerosene, porque el generador estaba muerto desde años atrás y debía reemplazarse, Celia y Ricardo salieron a la galería a contemplar la noche estrellada como nunca había contemplado Celia en una Asunción que perdiera su cielo por la polución luminosa, y también de las otras. Nunca había hablado de romance con Ricardo, pero daban por entendido que marchaban velozmente por ese camino, como algo hermoso que caía de maduro.

-Se me ocurrió decirte que nos consideres a las hermanas Ibáñez, como unas chicas promiscuas -dijo.

-¿De dónde viene eso?

-Al parecer hubo algo con María.

-No hubo nada con María. Además, te cuento, María siempre estuvo a la defensiva. No sé por qué.

-Me alegra oír eso, Ricardo. Tenía vergüenza de aclararlo con María.

-No hay nada que aclarar.

-Entonces existe otra cosa. María está abrumada por algo que no conozco. Antes me contaba detalles de la investigación periodística que estaba llevando adelante. Ahora se cierra como una ostra.

-¿Investigación periodística? ¿Sobre qué?

-¿No lees los diarios?

-Sólo deportes y los suplementos agrícolas y esas cosas. ¿Qué investigación?

-El personaje que mata travestis.

-Algo de eso vi en la televisión.

-Los mata con un rifle, al parecer.

-¿Rifle?

No comprendió la razón de que Ricardo se pusiera tenso de pronto.

-¿Y dices que María investiga por su cuenta?

-Por cuenta del diario, vamos.

-¿Quieres contarme todo?

-¿Por qué ese interés repentino?

-Digamos curiosidad, nada más.

Celia le relató lo poco que sabía de las andaduras y los artículos de María, y el entusiasmo con que ejercía su investigación.

-No dudo del entusiasmo -dijo Ricardo con sorprendente acritud -la lleva hasta a meterse en casas desconocidas.

-¿A qué viene eso?

-Nada, no es más que una suposición.

-Yo no supongo nada. Estoy viendo un cambio en María. Es como si hubiera perdido su alegría, anda meditando, y hablando de la promiscuidad de las hermanas Ibáñez, anda como en pandilla conspiradora con Cayo y Braulio.

-¿Quién es Braulio?

-Un grotesco personaje, muy inteligente pero absolutamente holgazán que ayudó mucho a Dina.

-Oye, Celia, el plan es regresar a Asunción pasado mañana, ¿no?

-Sí... ¿Por qué?

-¿No podemos regresar mañana?

-Estabas tan entusiasmado en el trabajo...

-Sí, sí. Te prometo trabajar mañana todo el día. Y salimos de noche.

-Don Narciso se morirá de miedo.

-Aguantará.

Celia suspiró. Pensó que Ricardo la había invitado a salir a contemplar la noche para susurrarle palabras de amor en el oído. Pero nada de eso ocurría. De pronto parecía más viejo, pálido y tenso, y no abandonó esa actitud ni al día siguiente, cuando trabajó como un loco, fue a caballo con los peones a revisar todo, no concurrió al almuerzo y parecía esconderse detrás de una actividad enloquecedora, para estar solo.

Cuarenta y dos

María y la pandilla

Cayo y Braulio se hicieron rápidamente amigos desde la primera vez que María invitara a los dos a cenar en el San Roque.

Tenían puntos de vista absolutamente opuestos, discutían sin darse por enterado de la presencia de una dama, y hasta se arrojaban insultos.

-Me pudren los abogados -decía Braulio-, creen que basta abrir un Código para solucionar todos los problemas humanos.

-A mí me dan náuseas los hippies envejecidos. Lo que pasa es que si se aplicara la ley estarías preso por vagancia y no sé cuantas faltas más.

-¿Viste? ¿Viste?. Mentalidad retrógrada, hermano. Llamas vagancia a la libertad.

-¿Quieres decir que sos un hombre libre?

-Absolutamente, yo, tan libre como vos metido en el cepo de las convenciones estúpidas de una Sociedad que se va suicidando, porque se aferra a la ley y olvidan al hombre.

Atenta, María soportaba este fuego cruzado de dos hombres de temperamento fogoso y de tan distinta formación, esperando su turno con paciencia. Y «su» turno llegó, cuando después de que comprobara que entre Braulio y Cayo se producía una especie de relación odio-amor, y se repelían y se necesitaban al mismo tiempo para abrir las válvulas de sus volcanes interiores, les invitó a ambos, después de la cena y el café en el San Roque, a pasear por la Costanera.

El reloj de la Catedral daba las diez campanadas de la noche, cuando fueron a instalarse en un banco, cerca del edificio del Cabildo, desde donde se contemplaba la hermosa vista de la Bahía, una mancha oscura en medio de la iluminación de la ciudad, y hasta donde subían también los acres aromas de la miseria del barrio marginal creciendo continuamente y poniendo sitio a la ciudad.

-Quiero confesar -dijo María- que tengo un fin egoísta con ustedes. Los voy a utilizar. Por eso los reuní.

-No es muy estimulante, yo creí que te caía bien -dijo Cayo.

-Yo ya me dí cuenta -dijo Braulio-, María investiga un crimen. Se siente rebasada y quiere ayuda.

-Habló Mandrake el Mago -dijo Cayo.

-Lo que dijo es verdad, en parte. Escúchenme.

Les relató la historia sin ocultar nada. La identificación del coche por Otazú y los dos pasajeros del mismo. El Buick, el rifle Colt, el viejo Coronel que era un certero tirador. La dulce abuela que lo acompañaba en sus correrías nocturnas. Y lo que había averiguado en Lacimet. Que Óscar Corvalán había contraído Sida, y «que le sirva de lección -según un médico de la clínica- porque a los diez y siete años no se puede andar en patota divirtiéndose con los travestis en la madrugada. Se está muriendo ¿Quiere verlo?». Se negó.

-Es totalmente seguro que el Coronel es el que sale a matar travestis. Puedo publicar un artículo sensacional. Pero no puedo, como dice Braulio, estoy rebasada. Mi conciencia es como una telaraña, un laberinto.

-Con esos datos no hay duda -dijo Cayo- pero hay algo que no encaja. La abuela. La has descrito como una silenciosa prócer de la educación. ¿Cómo una dama de semejante alcurnia moral va a salir a una cacería humana? -dijo Cayo en tono demasiado pedante para el gusto de Braulio.

-¡Error! -dijo- como siempre el abogado es miope. Sólo focaliza la abuela. La abuelita de cuento de hadas. Pero se da el caso que esta abuela, dos veces madre, se siente tan herida y justificada como el esposo. Le han destruido a su nieto, ella trabajó toda su vida para que

su nieto viva en una Sociedad normal, pero han aparecido los monstruos a devorar a su nieto. Los monstruos deben morir. Es lo lógico, lo matemático. Además, mi querido leguleyo, doña Rosario es la esposa de un militar, lo es por más de medio siglo, y en ese tiempo, algo le habrá entrado al espíritu sobre la obediencia, pilar de la mentalidad militar.

-¿Viste a doña Rosario como una asesina vengativa? -preguntó Cayo a María.

-De ninguna manera. Es tierna y amable, ansiosa de complacer a todo el mundo. Un alma de Dios. Siempre me pregunté cómo podía ocultar la tragedia de su nieto enfermo y el ansia de venganza que llevaba adentro.

Braulio rió.

-Pisen tierra -dijo- los viejos matrimonios lo comparten todo. Se funden el uno al otro.

-Nos has contado que fuiste a examinar los rifles -murmuró Cayo a María- ¿Me quiere explicar el Doctor en Filosofía por qué no desconfió?

-Misión -respondió Braulio.

-¿Cómo dices?

-Lo que los viejos están haciendo, lo consideran una misión de matiz apostólico. Limpiar de escoria la Sociedad. Al menos están convencidos de ello, por haber sufrido el mal en su carne y en su sangre. Entonces se vuelven descuidados. Dios está con ellos. Les libraré de todo mal.

-Y al fin... ¿Qué hago? -preguntó María con cierta desesperación.

-Publica tu artículo y que se desencadene el mecanismo de la Justicia -dijo Cayo.

-¿Quieres dejar de hablar en tono tan presuntuoso? ¡Apesta! -Exclamó Braulio- ¡Publica tu artículo! ¡Ridículo!

Se dirigió a María.

-¡Vivirás con eso en la conciencia toda tu vida! ¿Quién te nombró juez para condenar a tu prójimo?

-¿Y quién le nombró juez para perdonar? -replicó Cayo.

-¡Callarse la boca no es perdonar!

Tengamos calma -dijo Cayo- existe una solución simple. Soy abogado. He jurado como auxiliar de la Justicia. Me he enterado de varios crímenes y de sus autores. Mi obligación es denunciar.

-Estoy segura que no harás eso, Cayo.

-No lo haré. No tengo tripas para eso.

-¿Entonces, qué, por Dios? -exclamó María, levantándose de un salto y caminando hasta donde las rejas delimitaban dos mundos, el de arriba y el de abajo. Respiró hondo y tuvo envidia de la noche tan apaciguada y tranquila, tan llena de paz. «¿En qué me metí, Dios mío? ¿Puedo enviar a la cárcel a un viejo soldado y a una honorable maestra? ¿Por la muerte de unos degenerados? ¡Jesús, ahora me parezco al Comisario!». El rumor de la agria discusión entre sus amigos le llegaba, trepidando en la noche como lejanos cascos de caballos de guerra. Y de pronto, se hizo el silencio. Se volvió y allí estaban Braulio y Cayo.

-Tenemos la solución correcta -dijo Cayo- es legal.

-Y también es humano -agregó Braulio.

-¿Qué hago?

Sus amigos le dijeron, y ella empezó a sentir un poco de paz. En el reloj de la catedral, sonaron las doce campanadas (¿Triunfales, agoreras?) de la medianoche.

Cuarenta y tres

Judith

-Mentira, no te creo.

-Es cierto, mamá.

-Últimamente te has vuelto algo mentiroso. No te creo.

-Está confirmado, mamá.

-Que venga ella a decírmelo.

-Bien.

Marcelo salió de la habitación, aquella que fuera alcoba de Bienvenido Ibáñez y Niní, y llamó a Elida desde el extremo de la escalera. Elida subió.

-Mamá no me cree. Vas a decírselo. Ella no me cree.

Penetraron en la habitación donde Judith reposaba entre almohadones.

-¡Usted afuera! -ordenó Judith a Marcelo- esto es cuestión de mujeres.

Marcelo salió y cerró la puerta. Suspiró y se preguntó si había hecho un buen negocio. De soltero tenía una mamá sobreprotectora, y casado dos, porque Elida volcaba en él todo el afán que quedó sin poder aplicarse a tres hermanas.

Adentro, Judith miró con aire severo a Elida.

-¿Estás embarazada?

-El médico dice que sí.

-No se te ve la panza.

-Son apenas dos meses.

-¿Va a ser varón?

-Todavía no se puede saberlo.

-Tiene que ser varón. Las familias numerosas empiezan bien con un varón. Yo lo sé.

-Haré todo lo posible, Judith.

-Oye, es falso eso de que las embarazadas no deben trabajar ni agitarse. Son cuentos.

-No sé a qué viene eso.

-Es que con el pretexto del embarazo, las mujeres se vuelven holgazanas y no atienden al marido como es debido. Deme un beso, hija.

Cuando Elida se inclinó y la besó, ella le palpó el vientre con el dedo índice.

-No se nota nada.

-Está ahí.

-Espero que sí. Y ahora quiero descansar.

Elida salió. Oyó a Marcelo hablando por teléfono, y al parecer pedía precio a un decorador de cuarto de niños.

Se palpó el vientre. Contempló la amplia casa que fuera de los Ibáñez. En su vientre estaba el primero de los Figueredo. Ojalá fuera niña. Y después, otras tres más.

Cuarenta y cuatro

Beatriz

-¿Me lo muestras?

El doctor Miguel Rodríguez se sonrojó un poco, y escondió el trozo de papel en la espalda.

-No -dijo avergonzado- falta pulir un poco. Sabes que nunca lo hice.

-Si lo pules va a parecer artificioso.

-¿En serio?

-Así dicen los críticos. Quiero verlo.

El doctor Miguel Rodríguez todavía se mostraba renuente, avergonzado.

-Y bueno -dijo por fin.

Le entregó el papel. Ella lo guardó en su seno.

-¿No lo lees?

-Lo leeré en el jardín, como hace mucho tiempo.

Salió al jardín. Se sentó en su lugar preferido. Un asiento de madera bajo un arco que sostenía rosales en flor. Y leyó el poema escrito por su marido, de su puño y letra.

-Es horrible -dijo- ¡Pero que amoroso!

Cuarenta y cinco

María

No tuvo más remedio que contar todo a Ricardo. Desencajado, pálido, con una barba de dos días y los ojos afiebrados, literalmente la había acosado contra la pared.

-¡Quiero toda la verdad!

Ella le dijo toda la verdad, y Ricardo se echó a llorar como un niño.

-¿Que vas a hacer?

María se lo dijo.

-¿Puedo estar presente?

-Es tu casa, Ricardo.

Con el Comisario Riveros fue más difícil.

-Usted señorita periodista, conoce quien tiene el rifle Colt y quien lo disparó, según entiendo. ¡Tiene la obligación ciudadana de informar a la Justicia!

-Lo haré.

-¿Cuándo?

-Mañana, si Dios quiere.

¡Dios no tiene nada que ver en esto!

-Tiene mucho que ver.

Don Carlos Rueda, el Jefe de Redacción, fue más comprensivo.

-Puede ser un artículo sensacional, muchacha -dijo después que María le relatara todo.

-No lo escribiré aún.

-Explícame por qué.

María se lo dijo. El viejo periodista reflexionó por largo tiempo.

-Bien -dijo- no hay nada que obligue al periodista a ser cruel. Contra la opinión de mucha gente, también tenemos corazón de vez en cuando. Estoy contigo. Y suerte.

Cuando ella se alejaba curiosamente observada por Centurión que intuía algo gordo que no alcanzaba a comprender, Don Carlos la llamó. Ella se volvió.

-Me recuerdas a mi hija. ¿Ya te lo dije?

-Ya me lo dijo, don Carlos, y gracias.

Al atardecer llegó Cayo en su automóvil. Fueron a buscar a Braulio, y los tres enfilaron hacia el barrio Herrera. Cuando llegaron, María tuvo la sensación de que los estaban esperando.

«Ricardo encaró a su abuelo» se dijo. Fue el mismo Ricardo quien los recibió fríamente y los encaminó a la sala. Allí, sentada, recogida sobre sí misma, casi en posición fetal, como atemorizada por todas las maldades de este mundo, lloraba quedamente doña Rosario. El Coronel Corvalán, sorprendentemente, vestía un uniforme militar completo, antiguo, botas, chaqueta abotonada con botones de bronce hasta el cuello, cinturón, talabarte y sus presillas de Coronel en los hombros. En el pecho, sus condecoraciones de guerrero del Chaco. Rígido, firme, con las manos en la espalda, como observando la formación de una tropa de fantasmas.

-Abuelo está enterado de la razón de esta visita de ciudadanos respetuosos de la Ley -dijo Ricardo con un matiz de ironía.

Doña Rosario lloraba mansamente. El Coronel le hizo una imperiosa seña a Ricardo, que continuara.

-Sí, abuelo. Ya llegaré a eso. Ya has tomado tu decisión. Pero yo tengo una pregunta. ¿Vale la pena sacrificar a dos ancianos que fueron íntegros toda su vida por cinco degenerados?

Ninguno le respondió. Guardaron sus respuestas. «Son vidas humanas» pensaba María. «Nadie tiene derecho a tomar la Justicia en su manos», Cayo. «Se enfrentó a una Sociedad corrupta, y eso se paga inevitablemente», Braulio.

-Procede, muchacho -dijo el Coronel rompiendo el silencio.

-Mi abuelo confiesa todos los crímenes...

-Las ejecuciones -le corrigió el Coronel.

-... y considera que ustedes han cumplido con generosidad su deber de ciudadanos. Abuelo.

El Coronel extrajo del bolsillo de su chaqueta un manuscrito de dos páginas, con pulida letra de soldado, se la ofreció a María, sin moverse de su sitio.

-Es una confesión completa -dijo- y en este punto apelo a la generosidad de ustedes. Yo excluyo de toda participación a mi esposa. Espero que ustedes también.

María se adelantó a tomar el papel. Allí estaba su éxito de periodista y su dolor de ser humano. No sintió júbilo alguno, sino una pena terrible que le mordía el alma.

-Si ustedes me disculpan -dijo el Coronel-, quisiera estar solo y meditar sobre todo. Necesito algunas respuestas.

Miró a María y por primera vez sonrió.

-No me voy a escapar -dijo, y salió al jardín.

María no comprendió la terrible palidez de Ricardo ni la razón de que le estaban crujendo los dientes. Doña Rosario sí lo entendió, saltó de su silla y gritó con un alarido que era el final de una vida compartida con luchas y sacrificios. Corrió hacia la puerta del jardín. No llegó a salir.

-¡Llévame contigo!

Afuera, en el jardín, sonó un disparo.

Epílogo

María obtuvo un éxito total al publicar facsimilarmente la confesión del Coronel Corvalán. Centurión la felicitó ocultando valientemente su envidia. Cayo y Braulio le ofrecieron una cena en el San Roque. María los oía discutir agriamente. Cayo le había insinuado un cierto grado de relaciones sentimentales, y Braulio le invitó ya una docena de veces a vivir en pareja. Pensó con cierto remordimiento, que nunca diría sí a ninguno de los dos. También sintió que tardaría mucho, en borrar su pena por el Comisario Riveros, que fue trasladado a una ruinoso Comisaría de Ñeembucú. Al parecer no le perdonaban que la prensa le ganara de mano.

Celia se recompuso rápidamente de la pérdida de un enamorado y un veterinario al mismo tiempo. El Establecimiento andaba a las maravillas, y el doctor Dionisio Valiente, era simpático, cortés, y soltero.

Dina, en Alemania, se distinguía en el curso que llevaba, y la Fundación le urgía a que lo terminara para enviarla al África, donde había mucha pobreza. Con firmeza, ella había manifestado que quería volver a su país, donde tenía mucho que hacer.

Elida contemplaba el cuarto de niños que había diseñado prolijamente, con profusión de moños, lazos y cervatillos de Disney, ositos de peluche y campanillas colgantes sobre la cuna, un arquitecto evidentemente maricón, y se acariciaba el abultado vientre, feliz de que la tomografía indicara que era niña. La primera, faltaban tres.

Beatriz tenía ya una carpeta de poemas de su marido, entusiasmado por el asombroso resultado del primero, y de la expresión bobalicona de su esposa al leerlos. Beatriz contemplaba la carpeta. «Es basura, pero los escribió él», se decía, pensando que la paz y el regreso del amor bien valía fingir y soportarlos. «Después de todo, hay esposas que hasta fingen orgasmos» concluía.

Judith había conseguido que el cuarto de niños estuviera en el piso alto, contiguo a su habitación. No estaba enterado que se esperaba una niña, y pensaba que fuera un varón, a quien ya había bautizado. «Se llamará Erich, como mi papá. Y si alguien me dice que Erich Figueredo no suena bien, lo mato».

Doña Rosario sigue enseñando a alumnos aplazados. Por las tardes, al anochecer, escucha en el solar vecino la baraúnda de los perros vagabundos, en jubilosa bienvenida. «Ha llegado Ricardo» se dice.

A las dos de la mañana, Prudencio Peralta, o Marlene, fatigado y con los testículos irritados por las medias bombachas no diseñadas para él espera al último cliente en la esquina de Caballero y Herrera. Suspira feliz. Se ajusta el corpiño, se ajusta la minifalda. Un coche oscuro se viene acercando.

La vida continúa. La muerte también.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo